



LA AMERICA

CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Florida blanca, núm. 3.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Rios, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Bequer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campomor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Fernandez y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejo, Pita, Félix Pizuela, Garcia Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, José Feliu, José Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Labaila (D. Jacinto), Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poe, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Ro Friguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcazar, Teodoro Llorente, Trueba, Torres Mena (D. J.), Varea, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general.—Ultramar.—El día de los Reyes, por D. Jacinto Labaila.—Viaje alrededor de una tarjeta fotográfica, por D. J. L.—Estudio preliminar sobre la ley providencial del progreso, por D. F. J. Moya.—La peregrina del Rhin, por la baronesa de Wilson.—Fernán Caballero. A mi hermana Ofelia, por D. Adriano Paez.—Parangones monárquicos, por D. José Torres Mena.—Fantasías campestres, por D. Luis Alfonso.—La misión de la mujer, por D. Enrique Conscience, traducción de D. Elis Malartida.—Creación de Academias en América. Informe de la comisión y acuerdo de la Academia española.—Los estudiantes de Heidelberg.—El hogar, por D. Adriano Paez.—Los héroes se van, por D. Antonio Laberia.—Bibliografía, por D. José Joaquín Ribó.—Pensamientos, por D. Pedro Yago.—A la mujer (poesía), por D. Miguel Angel Sanchez y Pesquera.—El poeta (poesía), por D. G. Belmonte y Maller.—Elisa (poesía), por D. Lorenzo María Lleras.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 28 DE ENERO DE 1871.

REVISTA GENERAL.

I.

El período electoral, próximo a inaugurarse, se anuncia por medio de la grande actividad que en tales casos despliegan los partidos. Si esta es, y ha sido en todos tiempos, circunstancia distintiva de unas elecciones, mucho mas lógica, mucho mas motivada nos parece en esta ocasion, en que ya no son ciertas clases ó individuos privilegiados los que están llamados á entender en el asunto que mas gravedad y trascendencia encierra para la vida de nuestro pueblo, sino el sufragio universal, genuino y fiel intérprete de la voluntad de todos en lo que al bien de todos interesa.

Nada, por consiguiente, mas propio, nada mas digno de una sociedad que por su esfuerzo ha conquistado el derecho de intervenir en su política ó imprimirle el impulso conveniente; nada mas laudable en un país á quien asiste tan legitima atribucion, que la agitacion de estos momentos, inaugurada desde los primeros dias de la quincena que hoy nos corresponde examinar.

El sufragio universal, rodeado de las garantías firmísimas con que nuestra Constitución lo ha sancionado; la legalidad establecida, que se ofrece como arma legal de todos los partidos, para sostener la lucha pacífica de las doctrinas en conquista de la pública opinion; autoriza y aun requiere para consolidar su fuerza, para hacer patente su excelencia y para dar prestigio á aquello que al fin resulta adoptado por la mayoría del país;

que á la lucha electoral que se prepara vengan todos los intereses y todas las opiniones que aspiran á su planteamiento en las esferas del poder. Y los que tenemos cifrado nuestro orgullo y puesta nuestra fe en la verdad y justicia de las reformas que han venido á dar poderoso impulso á nuestro progreso; los que anhelamos ver comprendida, hasta por sus mas fuertes enemigos, la grandeza de la doctrina moderna; los que en la política buscamos la verdad de la idea, no la ficción del error; la preponderancia del derecho, y no la fuerza ó la astucia del privilegio; nada mas grato podíamos ver, nada mas fundadamente podíamos aplaudir, que la disposición en que se presentan los partidos todos y los aprestos que hacen para obtener las ventajas con que á amigos y á enemigos brinda la moderna doctrina del sufragio universal, síntesis verdadera del derecho político.

Monárquico-liberales y republicanos, es decir, aquellas fracciones cuyos principios y aspiraciones, posibles ó utópicos, sensatos ó peligrosos, determinados y confusos, se hallan de todos modos fundados en el hecho y derecho revolucionario, justo era que acudieran á practicar lo mismo que han proclamado; y si es satisfactorio que de tal modo procedan, no hacen al cabo mas que obrar en consecuencia con sus actos, con sus tendencias y con su significacion política. Aquellos partidos, empero, de quienes no ha merecido el alabando de nuestra patria, mas que un vivo recrudescimiento de su antigua oposicion, y cuyas predicaciones no se dirigen á otro término que la ruina de lo creado; olvidándose por un momento, y segun saben hacerlo en todo caso, cuando lo que segun ellos es inconveniente pueda serles de alguna conveniencia, de lo que defienden y de lo que combaten disponense por su parte á llevar su actividad á la práctica y explotacion del principio que condenan.

Aplauso, no reprobacion, es lo que guardan los partidos liberales para los que de esta suerte vienen á auxiliarles en el arraigamiento de las conquistas revolucionarias. El empleo que de la mas preciada de todas ellas, puesto que es su fundamento y sosten, se disponen á hacer los partidos que las combaten, es la mayor victoria á que podíamos aspirar; que quien á lucha pacífica acude, no solo prueba que considera útiles las armas que en ella emplea, sino tambien que se conforma con seguir la suerte que le quepa, como resultado de la contienda.

II.

Nada observariamos, por lo tanto, á no ser por expresar nuestra satisfaccion ante el espectáculo que nos dan los elementos oposicionistas de toda especie,

preparándose para salir vencedores en la próxima lucha electoral. Pero los preparativos y trabajos que con tal objeto se hacen, ofrecen un carácter á todas luces repugnante, y en manos de los partidos contrarios á la actual situacion, el derecho de sufragio no va á ser mas que una corrupcion de tan pura doctrina.

Luchara cada partido, con la franqueza del leal, con la decision del creyente, con las aspiraciones que le son propias, y enarbolando la bandera que siempre ha tremolado; y entonces fuera su modo de luchar digno y patriótico. Pero no sucede así; examina cada partido sus doctrinas, mide sus fuerzas, medita acerca del apoyo que en los votos del país puede encontrar, y sin temor á demostrar pública y solemnemente el convencimiento de su impotencia que no puede menos de asistirle, presintiendo derrotas, que ni aun sufridas en buena lid quiere aceptar, tanta es la torpeza con que interpretan todos ellos el principio que se disponen á practicar, no vacilan en hacerse políticamente delincuentes, sujetaado á sacrificios y á transacciones, aquello de que nunca debe abjurar un partido honrado, el ideal que cada uno representa.

La palabra coalicion, representante de un pacto nefando y vergonzoso, ha sido ya pronunciada, al propio tiempo que se estrechaban larguissimas distancias, se cerraban profundos abismos, y se unian en una sola hueste los bandos al parecer irreconciliables de federales, borbónicos y carlistas.

Nosotros comprendemos perfectamente que sin aprension, ni reparo, hayan cedido los dos últimos partidos á la idea de aprovechar en su favor unas fuerzas que les son contrarias: ni el moderado, ni el carlista son partidos que se hayan distinguido jamás por su fe política: su ideal es la realizacion de mezquinas miras, su objeto es la ruina de la libertad, su aspiracion la nulidad del grandioso esfuerzo que ha hecho el país para alcanzar su regeneracion. Condenados ambos partidos á perpétua desgracia, por el espíritu moderno á quien combaten, ¿qué mas esperanza les queda, sino es la de combatir sin regla, ni concierto, librando batallas á la civilizacion donde quiera que se les ofrezca, valiéndose de todos los recursos, amparándose á todas las defensas y aceptando todos los apoyos?

Pero el partido republicano federal, aquel que pretende ostentar sus títulos de revolucionario, aquel que se llama partido del porvenir, aquel, en una palabra, que se dice servidor de la libertad y centinela avanzado de la civilizacion, ¿en qué momento de locura ó ceguismo, aceptó el deshonoroso pacto segun el cual, alejando sus soldados del campo liberal en que los tenia colocados, ha de

conducirlos á los reales de los reaccionarios, para que allí contribuyan al triunfo de las doctrinas que abominaron y á la elevacion de los hombres que les persiguieron?

¡Ah! qué bien demuestra el federalismo la impotencia que en sí mismo descubre! ¡Qué bien prueba reconocer el éxito desgraciado que le han valido sus predicaciones desatentadas, su conducta insensata y sus ideas exageradas é imposibles! ¡Qué bien prueba sentir el peso de la desconfianza y repulsion con que la opinion del país, ya ducha, entendida en estas materias, escucha las sollicitaciones que la dirige la doctrina de la desmembracion de la patria, de la política rencorosa, de la justicia sangrienta, de la preponderancia de los osados y de la supeditacion de los doctos!

Mas tambien, ¡cuán errados no son los cálculos que apropósito de su alianza liberticida, están haciendo las partes que la han formado! Ante una situacion como la que en España se ha creado, merced á la sabiduría y acendrado patriotismo de la extinguida Asamblea Constituyente, ante la prosperidad que se va determinando en todos los elementos de nuestra vida social; ante el reinado del orden y de la justicia, hermanados con la mas genuina y extensa libertad; no es posible que el país, en quien tuvo origen tan magnífica obra, y en cuya voluntad y sancion esta se funda, se deje sorprender y conducir por los que conspiran contra lo establecido y consolidado.

La coalicion, engendra la para instrumento de pelea contra la dinastia popular de Amadeo de Saboya y contra la Constitución democrática de 1869, no será al fin medio dañino mas que para los mismos que le han fraguado. Sus autores adquiriran la realidad, tanto mas triste, cuanto desusado ha sido el esfuerzo por obtenerle en contrario de que no hay fuerzas bastantes á luchar con la razon; y los republicanos, que á todo culpable extremo han llegado, expiarán su culpa en el desprestigio en que tras una segura derrota, han de verse condenados por un pueblo muy liberal, para sufrir los engaños y manejos de liberales disfrazados, de hoy en mas, servidores de la reaccion.

III.

Entre tanto, los partidos consecuentemente revolucionarios, que han contribuido á crear el estado, en que hoy dolorosamente nos hallamos, reconociéndose encerrados en la extensa órbita que el Código fundamental les marca, continúan prestando su apoyo á la obra de las Cortes Constituyentes, viendo en ella la base de todas sus evoluciones políticas.

De entre las comunes y ordinarias de su vida á que los partidos expresados se

han entregado durante el período que revistamos, merece particular atención la de los elementos conservadores de la revolución, encaminada á formar comunión. Dentro de un buen sistema constitucional, en cuya pureza y regularidad deben estar interesados los primeros aquellos que contribuyeron á su establecimiento, es indudablemente un partido necesario, de existencia, por tanto, lógica, el que funda su doctrina en la conservación de lo creado. Por esto nosotros que, ante todo, aspiramos á la perpetuidad de la obra de Setiembre, felizmente terminada, saludaremos con placer la aparición de ese partido que en estos momentos se está formando, y que indudablemente ha de hacer sus declaraciones, antes que lleguen los días de asistencia á los comicios.

Reservémonos, empero, el juicio acerca de lo que ha de ser; aplacemos nuestros aplausos y nuestra satisfacción, hasta el día próximo, en que ya resuelta la cuestión hoy todavía pendiente entre los elementos reunidos para levantar la nueva bandera conservadora. Si en esta vemos escrito como tema fundamental el respeto á lo existente, y señalada como objeto del nuevo partido la conservación de la Constitución democrática y de la dinastía de Saboya, no hemos de ser ciertamente los últimos en reconocer la utilidad que de aquel ha de recibir la patria y el deber que le asiste para entrar á compartir el poder, en el terreno pacífico de los partidos.

IV.

Un hecho recientemente acusado por el telégrafo, viene á cambiar totalmente la faz de los sucesos referentes á la guerra franco-prusiana. No es ciertamente un hecho inesperado, ni aun raro: la razón dejaba predecir lo que hoy acontece.

Tras el sinnúmero de derrotas sufridas por la Francia, y sobre todo, después de vencidos los tres ejércitos que se dirigían á salvar á París, la condición de esta plaza se halla completamente en los límites de lo natural.

La gran salida verificada por los sitiados de París el 19 fué el último gran esfuerzo de la Francia en la presente guerra. Rechazada aquella salida, enfermo, tal vez herido, el general Trochu; encargado del mando el general Vinoy; batidos y arrojados muy lejos de su objetivo los tres ejércitos de Chanzy, Faidherbe y Bourbaki, y privado, por consiguiente, París de toda esperanza formal de socorro, parecía llegado el momento de reanudar las negociaciones para una paz que Francia necesita para impedir su total ruina.

El telégrafo, en efecto, nos ha comunicado ya la noticia, por la vía de Londres, de que el presidente del Gobierno de la defensa nacional, M. Julio Favre, se había presentado, según despachos transmitidos al Times, en Versalles, con proposiciones para la capitulación de París, la principal de las cuales consiste en que la guarnición salga con los honores de la guerra.

Suponemos que esto quiere decir que dicho ejército quedará libre, proposición que no sabemos si admitirá M. Molke, si bien una vez rendido París la guerra tiene pocas probabilidades de continuar en Francia.

Sea de esto lo que fuere, lo importante es que el primer paso para la paz está dado; que los parisienses se reconocen inhabilitados para proseguir su indudablemente gloriosa resistencia, y que el bombardeo que aquella capital ha sufrido, en medio de los horrores, ha servido al menos para dar fuerza á la gran masa de la población favorable á la paz, y para contener á los discolos é intransigentes que querían la guerra á toda costa.

Reconocida esta situación de las cosas por el Gobierno republicano, se nos figura que el paso dado por M. Favre no ha de ser estéril.

Si París no puede dejar pasar muchos días en negociaciones, porque el hambre de impulsó á la capitulación tanto como el bombardeo, Prusia por otra parte se ha granjeado con su misma fortuna, con su arrogancia y con su impolítica é injustificada negativa, á suministrar á M. Favre el salvo-conducto que necesitaba para asistir al Congreso de Londres; se ha adquirido, decimos, demasiadas antipatías en Europa para que no comprenda el peligro que habría para ella en reducir á la desesperación á un gran

pueblo que ha luchado enérgicamente con la desgracia.

Suponiendo que el despacho de Londres, siempre muy verosímil, resulte exacto, creemos, pues, próxima la paz. que los sucesos de los últimos días hacían cada vez mas necesaria á la Francia. La opinión, sin embargo, no debe precipitarse, sino esperar con calma la confirmación de la anterior noticia, y la llegada de otras sucesivas sobre las negociaciones, en verdad no muy fáciles, que han de preceder á la paz. En particular sobre el armisticio entre los beligerantes delante de París, y quizá en el resto de Francia, preliminar indispensable para la terminación de la guerra.

La Coronación de Guillermo I, emperador de Alemania, que ha tenido lugar en Versalles, y la circular recientemente expedida por el cardenal Antonelli, á propósito del último viaje de Víctor Manuel, son los dos objetos que, después del que acabamos de mentar, merecen atención en nuestra revista de la quincena.

Nada observaremos acerca del primer suceso; esperado y anunciado desde hace tiempo, lo hemos comentado ya bastante, para que hoy volvamos á insistir en él.

La circular de Antonelli á los nuncios apostólicos, no tiene otro objeto que protestar de nuevo y por centésima vez, de la noble conducta seguida por el Gobierno de Florencia al satisfacer las justas y legítimas aspiraciones del pueblo italiano.

El viaje de Víctor Manuel, que á los ojos de todo el mundo no ha obedecido á otro propósito que al de reanimar con su presencia el abatido espíritu del pueblo romano, después de los desastres causados por el desbordamiento del Tíber, recibe del cardenal Antonelli una interpretación tanto mas extraña, cuanto que se lo relaciona con la especialísima circunstancia de haber discutido y aprobado la alta Cámara del reino el proyecto de ley para la aceptación del plebiscito.

En dicha circular se consigna, en primer término, que por medio de un hecho inesperado se ha pretendido cerrar el camino á las observaciones contrarias que hubiera podido presentar tal ó cual potencia, precisamente cuando todas las naciones civilizadas de Europa han mostrado su asentimiento á la conducta del Gobierno de Víctor Manuel desde que las tropas italianas tremolaron la bandera de la libertad sobre los muros de la eterna y antigua ciudad de los Césares.

El cardenal Antonelli, deteniéndose en el recibimiento entusiasta de que fué objeto Víctor Manuel á su entrada en Roma, lo califica de frío y pobre, circunstancia que atribuye el ministro de Su Santidad, si bien de una manera ambigua, á las usurpaciones cometidas en detrimento del patrimonio de San Pedro. «A excepción del príncipe Doria—dice este documento—y de un Sr. Placidi, abogado, la misma municipalidad, aunque invitada y prevenida á tiempo, no acudió á la estación para recibirle.»

No podemos menos de leer con extrañeza las aseveraciones consignadas en la circular de Antonelli, recordando las noticias que no hace muchos días publicaron los periódicos de Italia relativas al espontáneo y brillante recibimiento obtenido por Víctor Manuel en Roma, no obstante el estado aflictivo del pueblo.

La circular, pues, de Antonelli es una nueva prueba del profundo despecho que ciega á los defensores de la escuela ultramontana, en vista del júbilo y la gratitud que ha despertado en el reino de Italia el triunfo de la unidad.

ULTRAMAR.

LA CONSTITUCION DE PUERTO-RICO.

VIII.

No por agotada la materia, sino por no incurrir en prolijidad y pesadez, concluimos hoy de ocuparnos de la parte dogmática del proyecto de Constitución porto-riqueña, para ocuparnos desde el próximo artículo, en la parte orgánica, con la brevedad que nos exige ya, la extensión que va alcanzando nuestro trabajo.

En resumen de todas nuestras consideraciones acerca de la primera de ambas partes, y sintetizándolas aquí para formar un juicio concreto sobre la misma, no podemos expresar mas que el

descontento, que, en general, ha sido resultado de nuestro examen.

Con espíritu francamente revolucionario, aunque no sin tener en cuenta las razones de especialidad que lo templaran en aquellos puntos donde esto fuese necesario, buscamos en el proyecto que nos ocupa los caracteres que le hicieran genuina emanación de las nuevas influencias que en nuestra patria se han determinado. Allí donde hemos creído que la idea moderna podía ser planteada en toda su verdad, sin perjuicio, ni peligro, dadas las condiciones especiales de la población porto-riqueña; allí hemos abogado porque la decisión reformadora y la fe en los buenos principios liberales, se demostrase abiertamente y sin dar oído á meticolosidades ridiculas por un lado, y funestas por otro.

Allí, empero, donde hemos tropezado con alguna consideración relativa al carácter del país, ya en atención á sus condiciones históricas, ya á su estado presente; allí hemos detenido nuestro deseo y alogado nuestras aficiones, porque si revolucionarios decididos somos, no estamos tan reñidos con nuestro ideal, que vayamos á conspirar por su ruina, exigiendo su aplicación sin medida, sin prudencia y sin observar la marcha que su naturaleza impone.

Eso justifica nuestro criterio, y presenta nuestras aspiraciones como dignas de atención, por no tener nada absolutamente de peligrosas.

Ello es cierto que no falta quien amigue en teoría de innovaciones, jamás se dispone á practicarlas, hasta que el hecho consumado viene á darle lo que su actividad y afán, jamás hubieran logrado; pero si un Gobierno y unas Cortes deben, para ser inteligentes, desechar todo reparo, acomodando sus obras con sus ideas; si la misión que en determinados momentos se recibe de un pueblo, no ha de ser desfigurada por los que han de cumplirla; la vacilación y la suspicacia apropiada de unas doctrinas cuya excelencia se defiende, no pueden nunca entrar en una obra constituyente, sobre todo en ocasiones de triunfo revolucionario, que para quedar seguro debe dejar arraigadas sus conquistas.

En el proyecto de Constitución de Puerto-Rico falta esa resolución, que es primera cualidad de toda reforma liberal. Si con la nueva organización política que se da á la isla de Puerto-Rico, se aspira al doble objeto de llamar aquella provincia á la vida común de la patria, y de dar en su suelo fomento y existencia al derecho modernamente proclamado, estúdiense el texto y espíritu de la Constitución no discutida, y se verá que por sus disposiciones no llega á ninguno de los dos expresados términos.

No es posible que los elementos de vida porto-riqueña se decidan á venir confiados y enteros, á aumentar la fuerza política de la entidad nación, mientras en la metrópoli de esta, separada y aun reñida por tanto tiempo con la colonia, conserve á pesar de sus justos propósitos de enmienda, las tradiciones malhadadas de la desconfianza y la supremacía, bien que sean ambas demostraciones envueltas en los actos de un sistema algo mas expansivo. Dejando el papel de dispensadores de mercedes al otorgar la libertad y la reforma á Puerto-Rico, apropiéanse nuestros legisladores, el mas justo y verdadero de justicieros, no negando nada de lo que en realidad cabe, de sabios, no alterando ó sofisticando la idea que tratan de aplicar, y de sinceros revolucionarios no desconfiando de sus propias obras, ó desviándose del camino que por sí mismos se trazaron.

Entonces, y solo entonces, la cooperación de los porto-riqueños será real y eficaz para la vida y prosperidad nacional; que entonces, y solo entonces verá aquel país representada en sus reformas, no la exigencia á que de mal grado se cede, sino la solicitud nacional por hacer justicia y dar caracteres de igualdad con los de la metrópoli, en las reformas que se proyecten y lleven á cabo.

No tanto deberemos decir para demostrar que la idea revolucionaria no entrará en Puerto-Rico, ni, por consiguiente, la moderna doctrina ejercerá en él su eficacia, mientras no se la acate por completo en la Constitución que se proyecta. La libertad es una, y el carácter imperativo y categórico de su ideal no admite transacciones con el ánimo temeroso ó irresoluto: admitelas, si, con el estado

de los pueblos, con sus accidentes propios, únicos á que hemos atendido nosotros, únicos á que debe atender el Gobierno que presente ultimado el proyecto y las Cortes que lo discutan.

Hé aquí lo que forma la síntesis de nuestros humildes estudios sobre la parte dogmática del proyecto porto-riqueño, creemos que los que estén llamados á plantearlo deben tener presente que la idea que debe presidir, no la que debe entrar como accesoria, es la revolucionaria que hoy tiene ya en España carta de naturaleza. Si hay transacción necesaria, admitase; no se admite empero al sacrificio.

Así se hacen reformas, así se progresa, así las revoluciones se hacen fecundas. De otro modo, no son estas otra cosa que revoluciones de resultados mas ó menos duraderos, pero nunca firmes, nunca dichosos, nunca decisivos para la causa de la civilización.

EL DIA DE LOS REYES.

En este día los pueblos cristianos conmemoran aquel de las santas tradiciones de su religión, en que descendiendo de su altura las majestades de la tierra se apresuraron á pagar tributo á la majestad de la idea que en el mundo venia á simbolizar el Dios hombre.

Grande, inmensa, la promesa de paz que entonces nacia con el sublime esplendor de la modestia y de la humildad (grandezas desconocidas, antes que el ejemplo del Dios humanado nos las enseñase) habia de pasar por innumerables vicisitudes y habia de llenar la vida de generaciones sin cuento.

Simbolo la débil existencia mortal de la tierna criatura que entonces nacia en el modesto portal de Betlem, de la azarosa vía que por espacio de muchos siglos habia de recorrer la idea destinada á redimir á toda la humanidad, aparecía sin defensa ninguna ante los fuertes de la tierra.

Siempre la verdad aparece sola y rechaza toda ayuda; la verdad no necesita sino de sí misma. Así debia parecer ante sus enemigos el Dios de la verdad y de la justicia.

Aquella vida, cuya riente aurora alegraba el miserable asilo de Betlem, habia de concluir en tenebrosa noche de tempestad y horrores; aquella vida, débil arbusto que iba á combatir el huracán desenfundado de las pasiones humanas, habia de caer al impetuoso furor de estas.

Dios lo sabia: la fe del hombre hubiese vacilado; Dios, empero, hacia cumplir sus designios irrevocables, porque al extinguirse el aliento vital en los labios del Redentor, no se habia de extinguir la idea de redención.

Nuevos mártires habian de sucederse, y la idea habia de correr oculta á través de ellos y á través de las generaciones, para reaparecer siglos adelante, y decir á los hombres: «Yo soy la idea del Redentor del mundo que vengo á recordaros el martirio que por vosotros sufrió el hijo de Dios; que vengo á daros la interpretación del santo misterio que enrojeció con divina sangre la cumbre del Gólgota.»

A esto venia al mundo el Hijo de María, para esto nació en pobre lecho de paja el Rey de reyes; para identificarse con la causa de los pobres, de los humildes, de los desamparados de la tierra.

Siglos y siglos ha sido preciso que trascurriesen para que la profunda enseñanza que este hecho simbólico encierra, dejase de ser un secreto guardado dentro de la tradición, como la perla dentro de su concha, y se revelase en hechos, y se infiltrase en los lazos y manera de ser sociales, y lo comentara la ciencia y llenara el mundo.

Así ha sido. Los designios de Dios se están cumpliendo; inmenso es el desarrollo del germen salvador; nosotros lo vemos cada vez y donde quiera que vemos la mano de la caridad derramar consuelos; empero todavía el germen espera la hora de fructificar; todavía el error y la injusticia prevalecen en la tierra; la idea que subió al Gólgota con Jesucristo, todavía mana sangre en Polonia y exhala secretamente dolorosos ayes en Hungría, en Irlanda, en Italia y en la India.

A esto venia al mundo entre pobres pañales el Hijo de María, para esto nacia

la vida mortal el Dios-Hombre; esto era lo que iban a solemnizar en tan modesto asilo las majestades de la tierra; la idea de Dios encarnada en cuerpo humano, la idea del bien destinada a cernerse sobre diademas y harapos, sobre señores y esclavos, sobre los desvalidos y los poderosos.

Esto conmemora el día de los Reyes. Para los niños, según les cuentan sus cariñosas madres, todos los años nace el Hijo de Dios en el mismo humilde portal; todos los años en la misma noche los reyes magos han de ir a adorar al recién nacido cargados de ricos presentes, tanto mas ricos para su infantil imaginación cuanto mejor saben; tanto mas ricos cuanto mas se parecen a los que a sus ojos ostentan las adornadas coniferas que en la velada de este día acaban de recorrer con sus padres.

Con esta cándida preocupación en la suerte, los niños recuestan su cabecita sobre la almohada, seguros de que aquellos reyes que van a adorar al Dios niño han de pasar su calle y de camino para el santo portal de Betlem, han de escalar sus balcones para depositar en ellos una parte de los regalos que llevan al objeto de su adoración.

Tan bella creencia da motivo para que en la noche de reyes, gente de mal gusto, siguiendo una costumbre arraigadísima, recorra en grotesca comparsa las calles de la población a la luz de hachones de viento, llevando adelante uno ó dos muchachos vestidos con ridículos harapos y ceñida su frente con una corona de cartón.

Sigueles el infernal rumor de cencerros y gritos de los que los acompañan, entre los cuales suele ir alguno con una escalera de mano sobre sus hombros, en la cual se supone que debe encaramarse uno de los de la comitiva para divisar desde lejos a los reyes que vienen. Efectivamente, esas grotescas comparsas figuran que van a esperar a los reyes.

Ibamos a concluir este artículo manifestando nuestra opinión en contra de esta costumbre; pero desistimos de hacerlo, por la respetable razón de ser que tiene toda práctica arraigada, y porque vemos que toda tradición que permanece viva a través de las generaciones, solo vive comunemente traducida y adulterada a los ojos de la multitud con semejantes demostraciones.

Esto significa para el mundo cristiano; el día de los Reyes es para los creyentes el día de los humildes.

JACINTO LABAILA.

VIAJE

ALREDEDOR DE UNA TARJETA FOTOGRAFICA

Un tren del ferro-carril de Zaragoza a Madrid acababa de llegar a la estación del Mediodía de la corte.

Multitud de pasajeros, al momento que los empleados abren las portezuelas de los coches, saltan a tierra firme con la velocidad con que los pájaros se escapan de las jaulas cuando los niños les abren las puertas.

El hombre, al transportarse de un punto a otro, pierde su libertad por mas ó menos horas encerrándose espontáneamente en la cárcel de un coche, y debe darse por satisfecho y por feliz siempre que puede confiar su libertad y su autonomía a la fuerza rápida del vapor; que muchas veces, por su desgracia, tiene que sepultarse en una peregrina diligencia, ó en una lenta galera, ó poner sus piernas en arco durante muchísimas horas para oprimir á horcajadas los escueto lomos de algún rucio físico.

De todos modos, al llegar al término de su viaje, esto es, al recuperar su libertad perdida por algún tiempo, salta veloz a tierra para volver a disfrutar de esa facultad inata é inalienable en el hombre.

Por eso los pasajeros del tren de Zaragoza se apean con velocidad de los coches y acuden en masa á invadir la sala de los equipajes: entre los viajeros debemos mencionar á un joven, vivo como una ardilla, tan joven, que el vellosito bigote que sombreá su labio superior, y las facciones poco pronunciadas que animan su fisonomía, dan á entender que apenas raya en la juventud, ó por lo menos que es uno de esos jóvenes añados, cuya edad no es fácil adivinar con certeza.

Dicho joven, impaciente por llegar, antes que el tren hiciera alto, abrió la portezuela de su coche y saltó á la estación; fué el primero por consiguiente que se dirigió á la sala de los equipajes á recoger sus bultos.

Como la sala estaba cerrada tuvo que esperar; mientras esperó se le juntaron sus compañeros de tren, y su impaciencia fué inútil; todos entraron á la vez cuando se abrió la puerta del departamento de equipajes.

Nuestro joven recogió sus dos bultos, llamó á un gallego, éste los acomodó en su coche, tras los bultos se acomodó él, el gallego, después de subir al pescante, hizo crujir el látigo en silencio, el rocío comprendió la indirecta é hizo rodar el vehículo con celeridad por Atocha, internándolo en el Prado.

Huertas, 56, gritó el joven al cochero. El gallego por toda contestación movió la cabeza en señal de haber comprendido, y sin detener un instante la carrera del coche.

El joven, así como iba internándose en el Prado, se le iba ensanchando el corazón; la alegría de éste se comunicaba hasta los ojos, que miraban con avidez todos los sitios que iban presentándose á su vista y que sin duda á la luz de sus recuerdos, volvían á ver como á otros tantos amigos de una ausencia.

El Botánico, el Museo, el monumento del Dos de Mayo, todo, todo le alegraba.

Envisimado el joven en lo que veía, que acaso le recordaba lo que no veía, llegó el coche á la mencionada casa de la calle de las Huertas, y se detuvo; el joven se apeó con rapidez, haciendo cargar al gallego con los bultos, subieron la escalera y en el cuarto segundo tiró con fuerza del llamador que sonó con un largo campanillazo.

Poco después del campanillazo, una criada abrió la puerta, y el joven, que sin duda conocía muy bien la casa, dijo al gallego—«sígueme» y se internó en las habitaciones diciendo á la criada—«dile á la señora que ha llegado D. Carlos.»

Nuestro incógnito, cuyo nombre nos ha revelado él mismo, hizo alto en un gabinete exterior, amueblado regularmente y con buenas luces que penetraban por el vano de un balcón; el cochero dejó allí el equipaje, recibió la paga del señorito y salió al tiempo que entraba una señora muy acicalada con un peinado muy reluciente y con un traje de colores; dicha señora había pasado ya de la juventud, pero se adornaba como si fuera joven, echaba miradas tan fulminantes como si no tuviera mas que veinte años, se sonreía de continuo como si pudiera enseñar una dentadura modelo, y andaba con la lijereza de una garza, como si no le pesaran las carnes.

Era la patrona de huéspedes de la casa de la calle de las Huertas.

—Bien venido D. Carlos, dijo saludando al recién llegado.

—Bien hallada, doña Ramona, contestó el joven.

—Recibí su carta de Vd. ayer, y como usted verá, ya tiene el gabinete aviado.

—Ya lo veo, doña Ramona, es Vd. la actividad misma.

—¿Si Vd. me hubiese conocido á los veinte años... ¡entonces era un azogue!...

—No oche Vd. de menos esa edad, doña Ramona, cada año le encuentro á Vd. mas fresca, mas joven, digámoslo así.

—D. Carlos, ya soy un jamon rancio.

—Jamon sí, pero jamon... comible...

—Vd. no pierde nunca su buen humor... me mira Vd. siempre con ojos de estudiante.

—No, doña Ramona, la miro á Vd. con los ojos de la imparcialidad... ¿Y diga Vd. cuántos huéspedes hay en la casa? preguntó Carlos, variando la conversación.

—Un cura de... no recuerdo el nombre del pueblo... está en las inmediaciones del ferro-carril; un cura muy amable, muy fino...

—La religión no está reñida con la amabilidad...

—Es cierto, pero como Vd. sabe que en ese ramo hay de todo...

—Sí... sí...

—Además del cura, tengo un empleado en Gobernación que no hace mas que dormir...

—¿Duerme las veinticuatro horas del día?

—¿Quiere decir que no come en casa, que solo duerme.

—¡Ah!

—Y hace dos días ha desocupado el gabinete de Vd... (yo ya no llamo de otra manera á esta habitación) un joven valenciano, que no traía á Madrid mas ocupación, que pasear, concurrir á los cafés, á los teatros y á todas las diversiones... ¡Como que es muy rico por su casa!

—No me disgustan las ocupaciones de ese joven valenciano.

—Si viera Vd. que atento es, qué fino, qué amable, qué bien educado!

—Doña Ramona, le ha entrado á Vd. por el ojo derecho...

—¿De cada uno se debe hablar como se merece... figúrese Vd. que algunas noches me llevaba al café de Diana y me hacía tomar, y un día tuvo la humorada de hacerme ir á Capellanes y me llevó del brazo!... ¡Ya ve Vd. si es amable y bien educado!

—¿Y fué Vd. á Capellanes, doña Ramona!

—¡Una señora como Vd.!

—Si fué á Capellanes... pero fué disfrazada... de otro modo ¿cómo había de ir á semejantes salones, una señora de mi categoría, á confundirse con costureras... y...

te de D. Carlos, y éste empezó á sacar la ropa del baul, á meterla en una cómoda y arreglar su habitación.

II.

Después de concluida la operación de arreglar la ropa blanca en la cómoda y de colgar en las perchas las piezas mayores, sacó el huésped del fondo del baul un revolver con la intención de colocarlo en la alcoba en el cajón de la mesilla de noche.

Abrió dicho cajón, y al depositar en él el arma, se encontró con una caja vacía de pastillas para la tos y un papel envuelto y lleno de algo que la curiosidad le incitó á descubrir.

Desenvolvió, pues, el papel y se encontró frente á frente á un retrato fotográfico de tarjeta, de un retrato de mujer, exclamando casi admirado.

—¡Qué mujer tan divina! ¡qué mujer tan aristocrática!

—Grande fué la impresión que el retrato produjo en el huésped, como puede colegirse por sus hiperbólicas exclamaciones.

Para cerciorarse bien de que no se equivocaba, salió de la alcoba, donde había poca luz, y se sentó junto al balcón contemplando como en éxtasis el pedazo de cartulina que representaba á una mujer, volviendo á exclamar:

—¡No me equivoco! ¡es una mujer divina! ¡joven aristocrática! ¡debe ser de alta posición!... ¡la fotografía no miente!

Y continuó contemplándola estático como queriendo adivinar hasta su carácter por los rasgos de la fisonomía.

Mientras se extasia D. Carlos con el femenino retrato, daremos á conocer á nuestros lectores al joven impresionable que acaba de llegar de Zaragoza.

Hijo de una familia acomodada de la suso licha capital, su padre le enviaba todos los años á Madrid á estudiar leyes, y al mismo tiempo para que viera mundo y que aprendiera los modales y el buen trato de la corte; D. Carlos, dotado de una imaginación fogosa, de temperamento nervioso, empapado en la lectura de poetas, calaveras y de novelistas aventureros, era poco á propósito para consagrarse en cuerpo y alma al estudio del Heineccio y de los cánones de Cavalario; la libertad de que disfrutaba un joven lejos de su familia y mucho mas viviendo en Madrid, donde reina la anarquía en las costumbres, el temperamento y la imaginación inquieta, y sobre todo la edad, eran causas mas que suficientes para que nuestro huésped en vez de estudiar la ley Papiá Popea estudiase la ley de simpatía que une al sexo masculino con el femenino; en una palabra, que procurase estudiar el libro tan difícil que se llama *corazón de la mujer*.... Estudiar leyes para él era un pretexto para estudiar otras cosas mas halagüeñas, á la juventud; podía ignorar las causas de las renunciaciones de los obispos, podía no saber cuántas clases de censos se conocen, pero es bien seguro que conocía al dedillo todos los cafés de la corte, sabía qué funciones ejecutaban todos los días en cada teatro, y dónde vivían y qué eran muchas jóvenes bien parecidas que se pasean por Madrid.

Con estos antecedentes ya no extrañarán nuestros lectores que impresionara tanto al huésped el retrato de una mujer que no conocía y que acaso por esta sola razón le tenía extático; la curiosidad, que las mas de las veces tomamos por una cosa frívola, en ciertos temperamentos y á cierta edad es una verdadera pasión... ¡lo incógnito tiene tanto atractivo para el corazón humano!... el hombre no debía ver nada en este mundo mas que entre celajes, ver las cosas á medias, como si dijéramos; desde que las ve como son, pierden el encanto con que las doraban las ilusiones, y al perder las ilusiones pierde el hombre la felicidad.

—¡Quién será esta mujer! se decía á sí mismo D. Carlos mas fascinado, cuanto mas la contemplaba. La tengo de conocer y la amaré, porque ya la amo, porque es un tipo delicioso y me dá el corazón que esta aventura ha de ser una aventura extraordinaria... ¡Ya estoy en mi elemento! Me he enamorado sin saber de quién... pero lo sabré... ¡vaya si lo sabré! Este retrato debe pertenecer al joven valenciano que acaba desocupar este gabinete... si será por ventura su amada... ó acaso amiga nada mas... ahora está tan en moda cambiar los retratos con personas que uno ha visto hasta dos veces, que nada tendrá de particular que el valenciano no esté en relaciones íntimas con ella... si estuviera no se dejara aquí este retrato, debe habersele olvidado... y dejar con cierto desden una efigie femenina en una casa de huéspedes arguye indiferencia hacia el original. ¡No debe ser amante de él!...

En estas reflexiones estaba distraído el huésped cuando asomó en el gabinete la figura de doña Ramona que le sacó de su distracción diciéndole:

—Cuando Vd. quiera almorzar...

—Venga Vd. antes, doña Ramona, ¿conoce Vd. este retrato?

—¡Vaya! ha debido olvidarse el valenciano... era suyo.

—Bien, pero ¿conoce Vd. á la persona retratada?

—No; él me lo enseñó diciendo que era de una amiga suya.

—¿No cree Vd. que fuera otra cosa?

—No, D. Carlos; amiga suya nada mas.

—No le parece á Vd. que debe ser divino el original, que tiene el aire distinguido...

—La cara me parece regular, pero el aire... el aire es de mujer que tiene coche propio.

—Eso digo yo; una mujer de figura tan dis-

tinguida debe tener coche... no tardaré en conocerla...

—¿Y cómo?

—En el anverso del retrato está el nombre del fotógrafo; vamos á almorzar, que después del retratista me la hará conocer.

—¿Qué curioso es Vd., D. Carlos?

—Sí, sí, muy curioso... vamos á almorzar doña Ramona.

—Vamos.

Patrona y huésped, concluidas estas palabras se dirigieron al comedor.

III.

Concluido que hubo D. Carlos de almorzar, vistiéndose y metiendo el retrato envuelto en el papel en su cartera de bolsillo, dejó la casa de la calle de las Huertas, saliendo precipitadamente.

Iba á buscar al fotógrafo con la idea de que éste le hiciera conocer á su desconocida.

Directamente, sin detenerse en ninguna parte por el camino y con paso acelerado, se encaminó á la fotografía y subió los escalones de dos en dos; llegó á la sala de espera y la encontró invadida por gente de todos sexos, de todas edades y de todas condiciones; se dirigió á un joven que escribía en unos libros grandes sobre una mesa-escritorio, y al abrir la boca para hablarle se vió interpelado por dicho joven del modo siguiente:

—Caballero, tenga Vd. la bondad de esperar un momento, el gabinete, como Vd. vé, está ocupado y la galería tambien. El fotógrafo tardará aun en poder retratar á Vd.

—No vengo á retratarme; vengo á hacerle dos preguntas.

—Tenga Vd., pues, la bondad de volver mas tarde, porque ahora está muy ocupado.

—¿A qué hora podrá hablarme?

A las tres y media, cuando ya no podemos sacar negativas... á la hora de fiar, que es cuando baja de la galería, le contestó el joven del escritorio.

—Volveré á esa hora, dijo D. Carlos despidiéndose y abandonando el gabinete fotográfico.

Nuestro héroe bajaba pausadamente la escalera de la fotografía profundamente contrariado; tenía que esperar algunas horas, y su carácter vehemente, su curiosidad inquieta y su imaginación fogosa le atormentaban de una manera indecible.

Al verse en la calle sacó el reloj y vió que era la una.

¡La una todavía! exclamó. ¡Dos horas y media han de trascorrir antes de que yo averigüe quién es mi incógnita! ¡Qué hástia hasta entonces!... ¡Pensar en el tiempo que he de tardar en saberlo, es impacientarme mas, es desesperarme, es no vivir!...

¡No quiero pensar en el original del retrato hasta las tres y media!... Entraré en el Suizo, tomaré café y encontraré acaso algunos amigos, con los que pasaré sin sentir esas dos horas y media mortales... ¡Buena idea!

Concluido este monólogo, que á sí mismo en silencio se dijo D. Carlos, se encaminó al Suizo y entró.

En una de las mesas vió sentados á dos jóvenes, amigos suyos, y con ellos tomó café y entabló diálogo.

Después de la conversación de ordenanza entre amigos que se ven por primera vez después de algunos meses de ausencia, D. Carlos, siempre fijo en su idea, desenvolvió el retrato y, presentándolo á sus compañeros de mesa, les dijo:

—¿Conoceis al original?

—No, contestó uno de ellos.

—Yo tampoco, respondió el otro.

—¿Vosotros que estais introducidos en los altos círculos de la corte, no conocéis á esta mujer?

—¿Es de la nobleza?

—Lo ignoro... Presumo que sí... Pero no la conozco...

—Pues, chico, estamos iguales.

—¿Qué os parece? ¿Os gusta?

—A mí, dijo uno, no me desagradó la figura, pero la cara no me place... No tiene mi tipo.

—Este está por el tipo flamenco, añadió el otro.

—¿Y tú? le interrogó D. Carlos.

—Yo... estoy por los tipos de todas las escuelas; me gustan el francés, el americano, el español, el inglés, en fin, todos.

—¿Y éste volvió á interrogarle D. Carlos, señalando la targeta.

—Hombre, éste... No me disgusta... Si tuviera la nariz mas corta... Me parecería divino.

—Pero, ¿y los ojos!

—Sí, ¡los ojos son hermosos! grandes como dos huevos.

—Federico, no has nacido para hacer comparaciones, contestó algo picado D. Carlos á su interlocutor.

—En cambio, tú has nacido para enamorarte; apostaríamí reales, si los tuviera, á que estás loco de amores por el original de esa fotografía, exclamó el llamado Federico.

—Y no los perderías...

—¿Oyes, Eduardo? Ya se ha enamorado otra vez Carlos, dijo Federico dirigiéndose á su amigo.

—¿Cuántos esa aventura, y así mataremos el tiempo, añadió Eduardo.

—Estoy en el primer capítulo, que puede llamarse así: «De cómo Carlos Rojas se enamoró de una targeta fotográfica y de los pasos que empezó á dar para conocer á la mujer retratada.»

Eduardo y Federico al oír esto, á coro arrojaron una carcajada franca y burlesca.

—¡Aun queda un Don Quijote en el siglo XIX! exclamó Federico.

En efecto, está enamorado de una Dulcinea del Toboso, que nunca ha visto, añadió Eduardo, corroborando la idea de su amigo.

—Eso es llamarme loco!
—Eso es decirte, le contestó Federico, que tienes dos defectos, ser algo loco y algo joven.

—¡Es verdad! repuso Eduardo, que casi siempre afirmaba lo que decía su amigo Federico.

—¡Conque soy algo loco! ¡Porque soy enamorado! ¡Eres tú mas cuerdo, Eduardo, que te enamoras de las mujeres flamencas, esto es, de la carne de las mujeres, y llamas á esto amor cuando es otra cosa muy distinta? ¡Eres tú mas cuerdo, Federico, que dices que te enamoras de todos los tipos femeninos conocidos y por conocer, cuando sé que te gustan todas las mujeres y que no te enamoras de ninguna?

—¡No encuentras diferencia entre lo que nosotros hacemos y lo que tú haces? ¡Pues apenas es distinto hacer el amor á una mujer de carne y hueso despues de verla y de gustarnos, á enamorarse de un pedazo de cartulina! le contestó Federico.

—Eso lo dice y lo hace por el otro defecto que le encontramos; por ser demasiado joven, añadió Eduardo.

—Cuento tantos años como vosotros; he cumplido 23, objetó Carlos.

—Has cumplido veintitres, pero no tienes mas que quince, le replicó Federico.

—¡Eso es llamarme niño!

—Esto es decirte que todavía has de hacer muchos disparates antes de que obres como nosotros, esto es, antes de que cuentes nuestra edad, antes de que veas las cosas como son, dijo Federico.

—Esa idea es digna del que compara á dos huevos los ojos de una mujer hermosa; si fueras poeta tendrías estilo, le contestó Carlos.

—Mas fácil es que tú lo seas; que te enamoras de un retrato hecho á máquina! añadió Eduardo.

—Esa idea también es digna del hombre que gusta de las mujeres flamencas; si fueras pintor tendrías manera.

—Carlos es incorregible.

—Es un pecador recalcitrante.

—Y vosotros sois unos jóvenes gastados, que la echáis de viejos y hacéis alarde de no sentir en la edad en que debiera ser ridículo no estar enamorados, y en la que debiera ser ridículo hasta tener juicio.

—¡Este como está loco, quiere que todos lo pierdan!

—¡Carlos, siendo tan joven debías tener la cualidad de la juventud, la abnegación, permitiéndote que seamos cuerdos!

Dejemos á Federico y á Eduardo que se burlen de nuestro héroe, y que éste se defienda de sus bromas, y á las tres y media nos volveremos á juntar con él para seguirle la pista.

IV.

Son las tres y media.

Carlos ya está en la fotografía dirigiendo esas palabras al fotógrafo:

—Dispéñeme Vd. la libertad que me tomo, pero ¿quiere Vd. decirme si esta tarjeta es obra de su establecimiento segun creo?

Esta pregunta la hizo nuestro héroe desentendiéndose por supuesto, el consabido retrato, y enseñándole al fotógrafo.

—Es obra mia, caballero, contestó éste.

—¿Quiere Vd. hacerme el obsequio de mirar en los libros el nombre del original, si Vd. no lo recuerda... creo que ustedes lo apuntan?

—Sí... voy á verlo... no tengo presente su nombre, el negativo de esta prueba lo recuerdo por el traje... Mire Vd. caballero ¡qué detalles! ¡qué tono! pueden ponerse estas ropas al lado de las de Disderi ó de Kent, exclamó el fotógrafo en un arrebato artístico contemplando y haciendo contemplar á Carlos la tarjeta.

—Tiene buen vestido, contestó éste, pero la cara es maravillosa.

—Sí... pero está poco limpia; ¡si hubiera salido como las ropas seria un positivo modelo! Ah caballero, en este momento recuerdo que traje á esta señora un escritor, D. Primitivo Vargas.

—Primitivo es íntimo amigo mio... ¡Vino con él exclamó entre alegre y admirado el estudiante.

—Sí, verá Vd. como consta en los libros.

—Esto diciendo, el fotógrafo se puso á hojearlos hasta que encontró el nombre del escritor mencionado; entonces dirigiéndose al estudiante le dijo:

—Ah caballero ¡qué desgracia! no puedo complacer á Vd.

—¡Qué quiere Vd. decir!

—Que en los libros no consta el nombre del original de ese positivo, solo anotamos el de su compañero: mire Vd. la apunación.—D. Primitivo Vargas la primera prueba y doce mas.—

«La señora que vino con D. Primitivo la primera prueba y veinte mas.»

Al oír la lectura de esas dos apunaciones, nuestro héroe quedó desconcertado, quedó frío, mortal.

El fotógrafo debió conocer la impresión que esta noticia hizo en el joven, y procurando consolarle le dijo con mucha amabilidad:

—Siento en el alma no poder complacer á Vd., no es mia la culpa; pero supuesto que usted es amigo de D. Primitivo Vargas, él puede enterarle de lo que desea saber.

Esta idea del fotógrafo fué un rayo de luz para Carlos, el que recobrando su valor se despidió del retratista con estas palabras:

—Tiene Vd. razon, voy á buscar á Primitivo,

y doy á Vd. un millón de gracias por su amabilidad y por su idea.

V.

Nuestro héroe volvió á tener esperanza de conocer á su incógnita.

Era ya empeño, lo que empezó por deseo y por curiosidad.

Dirigióse, pues, á la calle de Toledo donde vivía su amigo Vargas, ¡con qué impaciencia andaba el largo trecho que media entre la fotografía y casa de su amigo!

Carlos no iba al paso regular, iba á galope tendido, parecía que tuviera alas en los pies; hubiera querido ser pájaro.

Si en este mundo fuéramos siempre lo que queremos ¡cuántas veces nos arrepentiríamos de realizar nuestros deseos absurdos con frecuencia!

Nuestro estudiante llegó por fin á casa de su amigo, preguntó por él y le dijeron que ya no vivía allí, que se mudó por vivir con un paisano suyo, en la calle del Sordo, junto al Prado.

Á Carlos volvió á caerle el alma á los pies... Otra contrariedad. Sudando y rendido por la velocidad con que había recorrido tan larga carrera, no tuvo mas remedio que detener á un coche de alquiler, que por allí pasaba, y precipitarse en él vehicularmente.

Cayó desplomado en el asiento, pudiendo apenas dar la dirección al cochero.

—¡Desde la calle de Toledo hasta el final de la calle del Sordo hay una legua! ¡Si no me llevarán yo no podía ir! ¡En Madrid en tres meses todo se cambia de arriba á abajo! ¡Nadie vive en la misma parte! En esta maldita corte no se puede buscar nada ni á ninguno! Aunque me cueste medio año de carreras y de fatigas tengo que conocer á mi incógnita; me lo he propuesto y lo conseguiré.

Este razonamiento hacia entre sí Carlos entre colérico y cansado.

Por fin hizo alto el coche y nuestro héroe subió á la casa de la calle del Sordo en busca de su amigo.

Abríó una señora que tomó por la patrona de huéspedes, y le espetó en seguida á boca de jarro la siguiente pregunta:

—¿Vive aquí D. Primitivo Vargas?

—Sí señor, pero no está.

—¿A qué hora podrá verle?

—Dentro de ocho días; no está en Madrid... esta mañana ha marchado á Logroño.

Al oír estas frases de la patrona, Carlos sintió escalofríos; la noticia de la ausencia de su amigo por ocho días, fué una puñalada que se le clavó en el corazón y sintió frío en él como si efectivamente le hubiera traspasado un acero.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano bajó la escalera y se dirigió á su casa mohino y cariacontecido, exclamando: ¡Estará de Dios que no he de conocer á la mujer del retrato!

—Es preciso discurrir otro medio... no puedo vivir ocho días con esta impaciencia... Voy á morir de curiosidad.

VI.

Subía pausadamente nuestro héroe la escalera de su casa sombrío y hosco, cuando de pronto se paró, y su fisonomía triste y fruncida súbito tomó un aire risueño y apacible; una idea feliz acababa de iluminar su pensamiento, una idea para realizar sus deseos, para acabar con su monomanía.

Entró en su casa con celeridad y antes de llegar á su gabinete llamó á doña Ramona con toda la fuerza de sus pulmones.

Sentado en la mesa escritorio esperó á su patrona que hizo sentar á la otra parte diciéndola:

—Doña Ramona, ¿conserva Vd. las señas de Valencia del huésped que acaba de desalojar este cuartito?

—Vaya... me dió una tarjeta al despedirse y la conservo muy guardadita dentro del almanaque.

—¿Quiéreme Vd. darme sus señas?

—¡Por qué no! ¿Piensa Vd. escribirle?

—Sí... él es el único que puede satisfacer pronto mi curiosidad... él me dirá quien es la mujer del retrato.

—¿No se lo han dicho en la fotografía?

—No, esa señora no está apuntada en el libro... no me queda mas recurso que escribir á ese caballero. ¿Cómo se llama?

—D. Luciano Gonzalez.

—Bien; le escribiré, aunque no le conozco.

—El le contestará á Vd., es muy fino, muy atento; es un filósofo, D. Carlos, un hombre de ideas muy extraordinarias, pero no crea Vd. que porque digo que es filósofo, es un hurón ó un hombre insociable, al contrario, es muy amante de la sociedad y no falta á nadie.

—Doña Ramona, los filósofos de hoy no se parecen á los antiguos, hoy son hasta dandys, ya no son como antes, como Diógenes, por ejemplo... ¿Sabe Vd. quién era Diógenes?

—No.

—Pues Diógenes era un filósofo que vivía dentro de un tonel.

—Como si dijéramos en una casa de Madrid.

—No, doña Ramona, en un tonel verdadero.

—¿Qué hombre tan raro!

—Un día fué á visitarle el emperador Alejandro y le dijo que le pidiera un favor. ¿Sabe usted qué favor le pidió el filósofo del tonel?

—No... pero calculo que le pediría una casa.

—No; le dijo: «Te pido el favor de que te quites de delante; que me tapes el sol.»

—¡Qué poca sustancia de hombre! Despues que el mismo emperador iba á visitarle á su tonel...

—Ahí verá Vd., doña Ramona... ¿me quie-

re Vd. dar las señas de D. Luciano Gonzalez?

—Voy á traerlas.

VII.

Nuestro héroe tomó la pluma y dirigió á don Luciano Gonzalez la carta siguiente:

«Muy señor mio y de toda mi consideración y aprecio: Ruego á Vd., ante todo, que me dispense la libertad que me tomo de escribirle, aunque no le conozco, y que despues de disimularme esta, me disimule otras varias libertades que voy á tomarme con Vd., abusando de la amabilidad y demás prendas recomendables que sé que constituyen la base de su carácter.

Yo soy un estudiante leguleyo, que tengo la desgracia de haber nacido con una imaginación tan impresionable que de todo me apasiono sin poderlo remediar; pero al mismo tiempo tengo la fortuna de ocupar, hace ya tres años, el gabinete que Vd. desocupó hace algunos días, en la calle de las Huertas en casa de doña Ramona; y digo que es fortuna, porque en el cajón de la mesilla de noche de la alcoba, encontré envuelto en un papel un retrato fotográfico de mujer que Vd. sin duda dejó olvidado, y que es el móvil que me hace dirigirme á Vd.

Pues bien; yo estoy enamorado de ese retrato, y deseo que Vd. me haga conocer á la mujer retratada, se lo confieso á Vd. sin rubor y con la franqueza que me es propia; pero si, lo que no creo, tiene Vd. relaciones amorosas con ella, confídesmelo también con la misma ingenuidad, y á correo seguido, le remitiré la tarjeta fotográfica y cesaré en mis pesquisas amorosas, no turbando á Vd. en la pacífica posesión de esa alhaja semoviente.

Yo creo que ella, amigo mio, pertenece á la aristocracia; el aire distinguido de su figura parece que lo indique, y además la hermosura de su fisonomía no es una hermosura comun, tiene algo del tipo greco-latino.

Mi impaciencia es indecible por conocer cuanto antes á mi hermosa incógnita, si Vd. me enterara de su nombre y apellidos, de su vida y milagros, de su posición y de su carácter, le consagraré mi eterna gratitud, y no tome usted esta frase por una de las muchas multillas sociales que se estilan en esta tierra que piso; yo no soy cortésano, soy aragonés y basta.

Inútil creo decir á Vd., que desde hoy debe reconocermelo por un amigo que se vería complacido si pudiera servirle á Vd. en algo.

Cuente Vd. con la inutilidad de quien se repite de Vd. con la mayor consideración S. S. y A. Q. B. S. M.

Carlos Rojas.

P. D. Afectos de doña Ramona, que no se olvida nunca de sus convides de Vd. al café de Diana y á los salones de Capellanes.»

Un día y otro, hasta seis, estuvo esperando D. Carlos contestación á la anterior epístola, con la febril ansiedad que pueden suponer nuestros lectores; por fin, el sexto día, estando almorzando con doña Ramona, el cartero le trajo una carta con timbre de Valencia.

Era la contestación tan deseada de D. Luciano Gonzalez: doña Ramona, que era de la misma masa que todas las patronas de huéspedes, hizo leer en alta voz la carta á D. Carlos para enterarse de su contenido, así como días atrás había hecho leer también á éste la que dirigía al valenciano con la misma idea y para que no se olvidara de poner la posdata que ella le dictó.

Decía así:

«Sr. D. Carlos Rojas

Muy señor mio y de mi mayor consideración y aprecio: Me creo muy favorecido con las libertades que Vd. ha hecho muy bien de tomarse conmigo: soy hombre muy abordable y me gusta que se me dirijan personas tan originales como Vd.

No tengo relaciones amorosas con la señora retratada, cuya tarjeta dejé por olvido en el cajón de la mesilla de noche, porque yo, amigo mio, soy muy floco de memoria; tengo otra clase de relaciones con ella que no deben inspirar á Vd. ningún desvelo; en otro tiempo pude hacerla un favor, y desde entonces su gratitud, no su cariño, la pone dignísimo así, bajo mi protección: soy, pues, su protector, no su amante; y, aunque no soy aragonés, soy franco también hasta la imprudencia, y algunas veces hasta la grosería, como tendrá Vd. ocasión de ver cuando nos tratemos, que espero será muy pronto.

Pero, amigo mio, tiene Vd. que refrenar su impaciencia por conocer á su incógnita durante algun tiempo, y esto tiene Vd. que hacerlo obligado por la imperiosa ley de la necesidad: dicha señora está en el extranjero, en Italia, donde permanecerá hasta dentro de quince días, pasados los que regresará á Madrid. Entonces, y yo lo sabré al momento, escribiré á Vd. dándole el nombre y las señas del cuarto que ocupe la señora en cuestion, é irá Vd. á visitarla con una carta mia que le abrirá las puertas de su casa, y si Vd. lo desea, puede que las de su corazón.

Hasta que Vd. pueda asediarme, es inútil que Vd. sepa quién es, que carácter tiene y demás detalles que puedan interesarle, por eso no se lo digo ahora; yo soy enemigo de hacer las cosas fuera de sazón.

No obstante, si su impaciencia es tanta que no admite espera y se decide Vd. á marchar á Italia para conocerla mas pronto, escribámelo

Vd., y á correo seguido, le remitiré sus señas en el extranjero y la carta prometida.

Diga Vd. á doña Ramona que pienso volver pronto á Madrid, que se lo participaré con tiempo para que me reserve habitación en su casa, ya por el gusto de vivir con ella, ya también porque deseo conocer á Vd., que debe ser uno de esos tipos que yo gusto de estudiar, uno de esos tipos de jóvenes que tienen azogue en la imaginación, uno de esos tipos que ya escasean en nuestra sociedad.

Aprovecho esta ocasión para ofrecer á Vd. mi amistad y mi apoyo, no solo para el lance de la incógnita consabida, sino para cualquier otro en el que yo pueda servirle de algo.

Soy de Vd. con la mayor consideración S. S. y A. Q. B. S. M.

Luciano Gonzalez.

VIII.

Quedó D. Carlos anonadado con la lectura de la carta anterior; quince días habían de trascorrir antes de que su incógnita se presentase en Madrid.

La suerte parecía como que se burlaba de la impaciencia de nuestro héroe dilatándole mas cada vez el suspirado momento de conocer á la dama fotografiada. Y no solo la suerte, sino que también creía tras ucir cierta mofa irónica al través de la eterna epístola de D. Luciano Gonzalez. Para cerciorarse de esto último volvió á leer y á releer la susodicha carta, de cuya lectura tenaz le abstraigo doña Ramona, diciéndole:

—¿Piensa Vd. aprender de memoria la carta de D. Luciano?

—Nada de eso; lo que pienso es que D. Luciano se ha reído de mí.

—Eso es imposible, D. Carlos, un hombre tan fino, también educado... le argulló la patrona.

—Pues, doña Ramona, ese hombre se burla de mí. ¿Le pregunto quién es mi desconocida, su nombre, su carácter y su domicilio, y en vez de satisfacer mis deseos me contesta] que me lo dirá dentro de quince días, ¿No es esto una burla?

—Como no puede Vd. verla hasta dicha fecha y él dice que no quiere hacer nada fuera de sazón, por eso contesta así.

—¿Y no es tacharme de loco ó de extravagante decirme que si no puedo esperar quince días á conocerla y pienso marchar á Italia que me enviará la dirección de mi incógnita en el extranjero?

—Eso lo dice por un exceso de amabilidad, D. Carlos, le respondió doña Ramona, defendiendo á D. Luciano.

—Y no es tratarme de animal raro ó de otra cosa semejante decirme que soy un tipo de los que él gusta de estudiar? ¿Es esto una extravagancia ó una burla? Yo no lo sé.

—Ya dije á Vd. que D. Luciano es un filósofo y que no debe Vd. ofenderse por su modo de ver las cosas.

—Sí, sí, doña Ramona, me voy convenciendo de que es mas loco que yo.

—Dentro de quince días conocerá Vd. á esa señora, dijo doña Ramona aprovechándose de una pausa de conversación, y apartando de ella, digámoslo así, el nombre de D. Luciano para que el huésped no se ocupase de él en mal sentido.

—La conoceré entonces, pero antes sabré de ella por otro amigo que también lo es suyo y que regresará á Madrid dentro de poco. Mi incógnita debe ser una dama de muchas campanillas... está en Italia; lo que quiere decir que todavía no ha regresado de su escursión veraniega... será de la nobleza, no me cabe duda... cuando pasa los veranos en el extranjero!...

Aun estamos á primeros de Setiembre y la gente con el *faut* no ha regresado á Madrid... todavía no ha empezado el teatro Real, ni las reuniones nocturnas...

—Ni la clase... pero ya espiran las vacaciones. Prepárese Vd. doña Ramona, que esta noche pienso llevar á Vd. al Circo del príncipe Alfonso.

—Entonces comeremos mas temprano.

IX.

Dos días despues de la anterior conversación cumplió el plazo de los ocho que debía pasar en Logroño D. Primitivo Vargas, el amigo de nuestro héroe.

Volvió impaciente D. Carlos á buscarle en su casa de la calle de Toledo, y supo, por su patrona, que todavía no había regresado á Madrid.

No quedaba mas recurso que esperar otros quince días hasta recibir la carta de D. Luciano Gonzalez.

Con tanta contrariedad estaba el estudiante desesperado, y ni asistía á clase, ni visitaba á nadie.

Pasaba esperando los quince días, que le parecían eternos, ó en la cama ó en el café.

La tarjeta fotográfica no se separaba de su persona ni un segundo, y no trascurrían cinco minutos sin que la sacase para contemplarla con una especie de éxtasis.

Hubo momentos en que temió que su monomanía erótica pudiese llegar á interesar su cerebro y privarle de la razón; y no iba fuera de camino.

JACINTO LABAILA.

(Concluirá.)

ESTUDIO PRELIMINAR

SOBRE LA LEY PROVIDENCIAL DEL PROGRESO.

VII.

Cómo se consolida la libertad.

Ninguna guerra ha tenido objeto verdaderamente social, si se exceptúan las titánicas de la Convención francesa, cuando, alentada por el espíritu de fraternidad, exaltada por la temeraria hostilidad de todas las aristocracias, reconociendo al pueblo francés hermano de todos los pueblos, declaró en su nombre la guerra á todos los reyes con sublime audacia. La guerra ha sido el perpetuo azote de la humanidad, emprendida siempre con menosprecio del derecho, dirigida contra la libertad de las naciones, que se han dejado arruinar y esclavizar fascinadas por el falso prestigio de la gloria, que no ha recaído, sin embargo, en ellas, sino en los jefes y capitanes.

La casa de Austria, con sus reyes fanáticos y crueles; la corte francesa de los Borbones, con sus orgías y reyes monstruos; Enrique VIII, la revolución inglesa y Cromwell; las guerras religiosas de Alemania; la de sucesión á la corona de España, que termina con la batalla de Almansa; la Vendée, Napoleon y sus invasiones; la lucha inmortal de la independencia española; Fernando VII, D. Carlos, Cabrera y tanto monstruo, y nuestras farsas constitucionales con sus reacciones dejan en pos de sí ancho reguero de sangre, cuya pérdida no compensan con mucho la exigua libertad que disfrutaban los pueblos víctimas de tales horrores (1). El derecho no cubre aun con su égida á las falanges proletarias, que por su número, su ignorancia y sus costumbres forman dentro del Estado otro aparte, salvaje y hostil al orden social existente, al cual no se hallan, por desgracia, ligadas por otro vínculo más que el de la fuerza, siendo la consecuencia de semejante perturbación que aquellos de sus individuos que se educan, se ilustran, se elevan, todo por la casualidad, se conviertan, por regla general, en sus enemigos, rudos adversarios del progreso y declamadores contra la igualdad.

Solo la pretension de los Felipes austriacos de sostener el catolicismo romano y la influencia de su casa en la Europa entera, ha costado á España más hombres y tesoros, que bastarian para que hoy nadara en la abundancia, continuando la primera entre las grandes naciones del mundo. La impotencia y la estólida superstición de Carlos II, el *Hechizado*, para eterna ignominia del neocatolicismo, produjo una guerra europea prolongada, inhumana y sangrienta, que devoró millares de hombres y de millones, sin que los pueblos que más directamente sufrieron el cruento azote, sacaran más fruto que el engrandecimiento de una familia, el cambio de amo, la ruina de países enteros, el estermio de sus hijos, divididos por la cuestión dinástica, vergonzosa cuestión, indigna de pueblos cultos, y el oprobio de que una junta de diplomáticos se los repartiese á sus señores á la manera que acostumbraban distribuirse los berberiscos los esclavos que el saqueo y el botín les proporcionaban. Por el pacto de familia se comprometieron los Borbones españoles á vengar los ultrajes que recibiera el jefe de su casa, y esta nación, que habia paseado sus castillos y leones triunfantes por todos los continentes donde alumbraba el sol, testigo de su gloria, vió arruinada su marina, empobrecida su agricultura, y desterradas las artes y el comercio de su suelo por la satisfacción de haber recompensado con sacrificios generosos los agravios que de inmemorial venia recibiendo de los monarcas franceses.

No debe olvidarse al estudiar los principios más conformes al derecho en que han de fundarse las futuras Constituciones de los pueblos, que toda la humanidad sufre lo mismo, porque la ley de su solidaridad es idéntica, lo mismo en la adversa que en la próspera fortuna, por lo cual, aunque no fuera una necesidad

social, ley absoluta é ineludible de la naturaleza, que necesariamente se cumplirá, deberían los amantes de la justicia aplicar todas las especulaciones de la ciencia á imprimir en la conciencia pública el sentimiento de la fraternidad. Toda la humanidad sufre lo mismo: el nuevo y el antiguo mundo arrastran las cadenas de un poder feroz, bárbaro, ateo. Lo mismo con el Corán que con la doctrina católica de los clérigos; lo mismo los adoradores de Brahmá y de las otras teogonías; en los pueblos atrasados, salvajes, como en los más cultos y civilizados; en las colonias como en las metrópolis, por todas partes la dominación es dura, insolente, y la servidumbre abyecta. Solo en los pueblos donde penetró la reforma religiosa, se hace sentir un yugo menos pesado; los derechos políticos alcanzan á mayor número, la instrucción mejora la condición humana, y no es tan tirante el mecanismo constitucional, aunque vicioso, que impida á las clases trabajadoras intervenir en el movimiento político por el medio indirecto con que la opinión influye allí donde la prensa y las reuniones son libres. (1)

Nos hallamos, sin embargo, en una nueva época, que comienza en 1789, pues desde entonces adquiere grandes proporciones el espíritu liberal, y se extiende por Europa y el nuevo Mundo el régimen constitucional, progreso que hacia mucho tiempo inauguraron los sucesores de los bárbaros apoderados del imperio de Occidente, y que en Castilla y Aragón produjo grandes resultados; pero que después de la revolución francesa se ha perfeccionado cuanto cabe.

Del rápido é incompleto exámen que hemos hecho de las Constituciones despoticas, si Constitución puede llamarse el estado de arbitrariedad que regia en la antigüedad, resulta que todo su fundamento estaba en la fuerza, siendo la conquista el título del poder establecido con menoscabo y punible agravio del derecho de los pueblos. Deberemos, pues, fijar preferentemente la atención de los hombres de ciencia, amantes de la justicia, en lo deleznable del principio, de pura convención y circunstancias, en que han fundado las modernas Constituciones nuestros predecesores, señalando de ese modo la causa de la inseguridad é incertidumbre que caracteriza el orden nuevo (2), porque reconocido, por un error grosero, ó por una generosidad inconveniente é inoportuna, como derecho el hecho resultado de la fuerza, y consignada como ley la teoría de la reciprocidad de derecho y deberes entre el poder hereditario emanado de la conquista, y el poder de la soberanía nacional, de imprescriptible legitimidad, era necesario, fatal, que el primero dirigiese toda su política á falsear la representación del segundo.

La experiencia demuestra *a posteriori* lo que la recta razón enseñaba *a priori*, y aun cuando sea cierto que en la conciencia de los modernos constituyentes estaba el convencimiento de que serian inútiles los intentos del poder hereditario para recobrar su absolutismo, no por eso fué menor la torpeza con que procedieron dejándole espeditos los medios de acción, seducción é inercia que habia de poner en juego por el instinto de su conservación, á fin de burlar el pacto constitucional, utilizando él solo sus facultades, y abusando de la iniciativa que se reservaba. Lo que es absurdo, aun cuando se admita por vía de transición, siempre es funesto, y no podia menos de serlo, no debe extrañarse que, consignada la reciprocidad y perfecta igualdad de derechos; contratando el pueblo con los monarcas de poder á poder, omitida en suma la importante declaración de que no hay gerarquía alguna, por elevada y necesaria que sea en razon de la conveniencia pública, que no haya de ser subordinada al soberano, conspirase resueltamente el elemento hereditario para restablecer su antigua autoridad, que por una preocupación, cuanto se quiera censurable, pero lógica, considera amenguada y vulnerada.

Dado el prestigio que la tradición ejerce sobre la ignorancia de las masas; teniendo en cuenta la alianza de tiempo inmemorial sellada entre las dos tiranías,

(1) Escribíamos esto en 1845, y bien se comprende con cuánta razón.

(2) Orden: palabra de vário sentido, cuya verdadera significación es objeto también de estos estudios.

la de la superstición y la de la fuerza; considerando el influjo que sobre la ambición de los que por su aulacia se elevan mantiene el brillo de la majestad real que á los monarcas se ha conservado, y discurriendo con el criterio de una razón ilustrada, fácil era comprender de antemano que sería peligroso el ensayo constitucional, y que jamás habia de verificarse el equilibrio de los poderes, porque como el poder es, y necesariamente tiene que ser, único, no estando aún preparado el pueblo para ejercerlo por sí propio, los príncipes habian de explotarlo por completo. Que obrando de mala fe camina á su pérdida esa institución vieja y gastada por sus excesos, acelerando la hora de la caída, que será estrepitosa por su culpa, pudiendo ser suave, hasta insensible por lo natural, no hay por qué dudar; pero de todos modos, la perturbación que sostiene; la detestable ambición de dignidades que alimenta y exagera; el vergonzoso envejecimiento de los hombres pequeños á quienes encumbra para que dóciles la sirvan; las conmociones que atiza, promoviendo sin cesar motivos de ódio y rivalidad entre las pandillas que favorece con su gracia, y la inmoralidad que excita con su dolosa conducta, son causa de grave desorden y mal estar que muy bien pudo ahorrarse á los pueblos.

Sin género alguno de duda la institución monárquica estaba llamada á subsistir un largo periodo de tiempo, cooperando activamente al progreso; pero hubiese sido menester para llenar esa misión prescindir en las nuevas Constituciones de las antiguas razas reales, elevando nuevas dinastías, si no parecia desde luego preferible el método electivo y vitalicio, á fin de que todo su derecho arrancara del mismo origen que la soberanía, y no tuvieran siquiera pretexto para seducir á los incautos, con la reivindicación de la legitimidad tradicional y hereditaria (1). Los reyes de razas históricas no se resignan á dejar de ser soberanos, ni los pueblos están bastante ilustrados para dejar de creerlo, mientras por una hipocresía y cálculo infame oyen de continuo hablar á los hombres de Estado del derecho de las dinastías y del monarca. No es extraño, por tanto, repetimos, que se hagan estos la ilusión de que á su voluntad detendrán los sucesos y variarán su curso por completo, pues los autores de ese grave error que compromete la existencia de la institución, que ha costado la vida y el trono á tantos príncipes, que amenaza envolver á la Europa en nuevas catástrofes, son los mismos constitucionales para mengua de su gloria. Queda por realizar una série de emancipaciones, que los Gobiernos debieran disponer lentamente y pacíficamente, si no obedecieran á la presión de príncipes imbéciles, que amamantados en el despotismo, educados en la tradición de sus pretendidos derechos alodiales, ni tienen quizá conciencia del mal que causan, porque las nociones del bien y del mal son convencionales para los ignorantes, ni de seguro miden la profundidad del abismo á que corren desatentados, y al cual rodarán despedazados entre los escorbos del carcomido y agrietado edificio de especulación, ágrio y monopolio que sujeta á la civilización á una servidumbre ruinosa para el trabajo, la moralidad y el orden.

Cuando el géneo de la revolución, luchando brazo á brazo con el viejo coloso del despotismo tradicional, hirió de muerte la raquítica y bastarda institución de la soberanía personal y hereditaria, creyó que la sepultaba con el cadáver del infeliz Luis Capeto, mártir de la preocupación, sacrificado á los manes de tantos millares de mártires del derecho, y hubo un momento solemne en la historia en que pudo creerse desarraigado el árbol secular de la tiranía en Europa. Aquellos hombres, gigantes del noventa y tres, comprendieron que herir el orgullo del monarca, mutilar su poder y subordinarlo al del pueblo era una falta política que aquel no podría perdonar á los vasallos sublevados, y su única equivocación consistió en privar de la vida á quien sobradamente habrían castigado privándole de la corona. Por lo demás, la historia y la ciencia han hecho

(1) El tiempo y los sucesos han justificado este juicio, pues no hemos tenido libertad en España hasta después de expulsar á los Borbones.

ya justicia á su prevision política, tan firme, tan general en aquel pueblo iniciador de todas las verdades, que, á pesar de las reacciones que su inconstante carácter le ha atraído, la antigua dinastía de los conquistadores francos vive y muere por esterilidad en el destierro.

Otro tanto ha sucedido en Inglaterra, siendo digno de notarse que en esta nación no se consolidó la libertad á que debe su grandeza hasta la definitiva expulsión de los Estuardos. El ejemplo de Bélgica es bien elocuente (1). Y si en Portugal y en Italia se afianza á nuestra vista la libertad, se debe á que en el país hermano del nuestro se ha renovado naturalmente la dinastía por la progénie de un príncipe ilustre por sus ideas humanitarias, procediendo por línea materna del graú Don Pedro, y en la península itálica ha bebido el rey en los campamentos de la guerra de la independencia, como soldado, y mezcladas con lágrimas esas generosas aspiraciones de progreso que exaltan á todas las nobles inteligencias. Pero en las demás naciones se ha soñado en una transacción imposible *a priori* y *a posteriori*; se ha desconocido la influencia fatal del resentimiento en almas viciadas por el orgullo, y se agitan violentamente en las convulsiones de la guerra civil, franca ó embozada, siempre latente, pugnando, como debía temerse, por rehacer su poderío la institución hereditaria, y revistiéndose con todas las formas de una organización hipócrita, que tan admirablemente se presta á todas las supercherías. El coloso no lucha ya de frente; aparenta transigir con las ideas liberales; finge adhesión al régimen vigente; corrompe á los representantes del país legal, les dá honores y oro, y consigue sin peligro su objeto, falseando la voluntad de esa misma oligarquía, sirviéndose de las formas como de un elemento más seguro para ejercer el despotismo, que comparte con unos cuantos prohombres, á condición de que sean sus primeros cortesanos.

F. J. MOYA.

LA PEREGRINA DEL RHIN,

POR LA BARONESA DE WILSON.

(Continuación.)

VIII.

—¡Oh, padre mío! exclamó Margarita, deseo ardientemente conocer á ese escultor, quién sabe, es extranjero, desconocido, nuestro apoyo no le será inútil y podrá llevar á cabo esa creación que es mi sueño dorado, el mas espléndido: ¿sois rico padre mío....

—Hija mía, ¿acaso las riquezas podrán algo en esa cuestión?

—¿Cómo? serán la base principal.

—No, no; respondió Salomon moviendo la cabeza, dicen que ha presentado un plano incorrecto, sin concluir... ¿Tendrá verdadero talento? Además, nosotros no entendemos de chapiteles, agujas, rosetones, columnas, ni encajes de mármol.

Margarita fijó en su padre sus límpidos ojos azules, movió la cabeza y le dijo:

—Padre mío, siento una voz secreta que me impulsa en favor de ese arquitecto desconocido, y tal vez pueda asociarme á su grande obra. Muchas veces he soñado que me veía rodeada de querubines, tan blancos, tan rubios, tan hermosos como las espigas de oro.

Tendian hacia mí sus bellas y flotantes alas, pareciéndome que, á la par que me cobijaban, me conducian suavemente á las celestes regiones, desde donde veía aquí en la tierra una verde y lozana colina, iluminada por los rayos melancólicos de la luna y en su cima un magestuoso edificio, severo y de una belleza artística sorprendente. Mi alma sentía dulcísima emoción, y en mi entusiasmo, mi mano trazó una copia de esa admirable y gigantesca obra: era una catedral, sí, una catedral á la cual solo le faltaba completar las torres, cuando en aquel momento me desperté á la realidad. ¡Ah, padre mío! ¿creéis que he olvidado mi sueño? No, no; Dios, á no dudarlo, me lo inspiró: todos en la tierra tenemos que cumplir nuestra misión. ¿Será esa la mía?

Margarita guardó silencio un instante, interior Salomon la contemplaba con asombro.

—¿Cómo habia adquirido tantos conocimientos? ¿Cómo se habia desarrollado de aquel modo su inteligencia?

—¡Cosa extraña! repuso la jóven; el hermoso edificio quedó sin concluir, y los ángeles le contemplaban con tristeza...

—Sueños, hija mía; tu imaginación es demasiado exaltada, y como verdadera hija de Alemania, te inclinas á todo lo maravilloso.

Margarita se acercó lentamente á su padre,

(1) Por fortuna ha seguido España este ejemplo, realizando la aspiración que ya en 1845 manifestaba con bastante claridad el autor de este estudio.

se sentó sobre sus rodillas, y rodeando con sus torneados brazos su vigoroso cuello, le dijo cariñosamente:

—Vámonos, padre querido; vos que jamás me habéis negado nada, procurad que ese desconocido artista venga a nuestra casa...

—Verdad es que nunca he podido negarme a tus deseos. Sin saber por qué ejerces sobre mí tal superioridad... pobre ángel mío; la idea de que tal vez sea corta tu estancia sobre la tierra, me abruma y me entristece: ¿qué sería sin tí de tu pobre padre?

Y dos gruesas lágrimas se deslizaron por las mejillas de Salomón.

Rembrat hubiera encontrado un cuadro digno de su pincel en aquella joven tan delicada, tan rubia, tan poética, tan bella como las vírgenes de Rafael, estrechamente abrazada con aquel hombre robusto, enérgico, en cuyos ojos negros se leía el vigor y la fuerza, y que, sin embargo, lloraba, sintiéndose dominado por aquel frágil y débil sér.

IX.

—Imposible me parece que concluyais vuestra obra sin mi auxilio, jóven.

Estas palabras, pronunciadas con acento sarcástico y burlón, hicieron levantar la cabeza a un hombre pálido, de hermosa y varonil fisonomía, aire noble y severo, ancha frente, en la que se reflejaba el talento, y ojos negros como el azabache, cuya mirada revelaba una voluntad incontrastable.

Al fijarse en su interlocutor, no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa, pues el personaje que se atrevía a turbar sus reflexiones, merecía un minucioso exámen.

Era alto, delgado, hermosísimo; su rostro presentaba una mezcla extraña de audacia, orgullo, burla y algo de satánico.

Sus ojos, vivos y penetrantes, lanzaban rayos, y su mirada causaba indefinible expresión.

Vestía traje negro, capotillo negro con bordes grana, medias del mismo color, y su gorra también ostentaba una pluma de color de fuego.

—¿Quién sois, y por qué interrumpís mis pensamientos? preguntó el interpelado.

—Escuchad: hace dos horas, antes de que la luna apareciera por detrás de esos frondosos árboles, habéis salido de Colonia cabizbajo, pensativo, y maquinalmente os habéis sentado al pié de este corpulento árbol, y con esa varita que tenéis en la mano, trazáis en la arena círculos, líneas, arcos, y nada os satisface.

Yo soy también extranjero, añadió con amargo acento; os he seguido, os he observado, y al ver la inutilidad de vuestros esfuerzos, me he acercado a ofrecerlos mis servicios.

—¿Y quién os ha dicho que son inútiles?

—Hace tres días que el desaliento os impide ver a Margarita, repuso el desconocido sin contestar a la pregunta que se le dirigía.

Una nube de tristeza empañó la frente del jóven.

—Hace un cuarto de hora que ignoro con qué derecho me estais interpretando y procurando adivinar mi pensamiento.

—¿Tu pensamiento? ¡Loco, pobre loco!

Y aquel hombre singular lanzó una carcajada irónica, vibrante, que repitieron los ecos del bosque.

—¿Tu pensamiento? repitió aquel extraño sér. ¿Acaso está oculto para mí? ¿No leo hasta en lo más profundo de tu corazón? ¿De dónde vienes? Nadie lo sabe; ¿quién eres? Tampoco: tu nombre brillará por un momento como un meteoro, y después desaparecerá para siempre, y la posteridad ignorará quien fué el arquitecto de la catedral de Colonia.

—¡Calla, calla, no digas eso, porque mi alma se perderá!

Una singular sonrisa vagó por los labios del personaje vestido de negro.

—Has concebido un gran pensamiento, continúa, pero no puede ejecutarse, porque es incompleto y no encuentras en tu imaginación una idea que perfeccione tu concepción. Margarita lucha en vano contra el desaliento que te domina, y empieza a dudar de su influencia, y sin embargo, la amas mucho...

—¡Ah! ¿Quién eres, exclamó impetuosamente el jóven, quién eres, que así adivinas los secretos de mi corazón, los que no he confiado ni aun a la que amo, para que no participe de las angustias, que me desgarran, de mis vacilaciones, de mis temores, de mis esfuerzos?...

—De tus noches de insomnio en que, fatigado física y moralmente te arrojas de tu lecho y con mano temblorosa, agitado por la fiebre, trazas líneas, agujas que se elevan hasta el cielo, rosaciones, arcos y caladas cornisas, analizas tu obra, fijas en ella los ojos, y entonces, desahogado, abatido, caes sobre tu asiento, exclamando: «Tampoco: no, no, mi pensamiento no está de acuerdo con la ejecución.» ¿No es cierto, Wilfredo?

El jóven lanzó una exclamación de asombro: nadie sabía su nombre más que Margarita; solo su apellido, un apellido humilde, era el que pocas personas conocían; pero el cual soñaba Wilfredo, llegaría a ser célebre.

—Ya ves que te conozco; preciso será para que creas en mis buenos deseos, que te ayude: te formaré el plano de la catedral tal y como tú lo deseas.

Un rayo de júbilo iluminó la fisonomía de Wilfredo.

—¿Completo?

—Completo.

—¡Ah! La gloria, la gloria para la posteridad; mi vida en cambio, mi alma...

—Margarita será tuya... tu nombre, colocado

en una lápida, será el asombro de las generaciones futuras...

—¡Oh! Tanta felicidad me abruma.

Wilfredo se había levantado, y extendiendo la mano hacia el desconocido, le dijo:

—Pedidme mi sangre... es vuestra; y decidme vuestro nombre para que yo le bendiga.

—¿Mi nombre? Llámadme el desterrado, no tengo nombre.

Y una expresión sombría y amenazadora invadió su semblante.

—Adios, Wilfredo, mañana por la noche espérame en tu casa, pero nada digas a Margarita; te recomiendo el secreto.

El arquitecto permaneció un momento pensativo, luchando, porque le parecía que su amada leería en su corazón y adivinaría.

X.

Cuando levantó la cabeza creció de punto su admiración: el misterioso protector había desaparecido.

Profundamente abstraído se encaminó a su albergue, y allí reflexionó con terror creciente en su misteriosa aventura.

Su orgullo sostenía una lucha terrible con sus ambiciones. ¿Era posible que él no pudiera finalizar su obra, tal cual la había soñado, y que debiera a otro la celebridad? Era una humillación: aquella falta de inspiración cuando sentía tan ardiente entusiasmo le hacía dudar de si alguna maldéica influencia se opondría a su gloria.

Calenturiento y confuso, agobiado por la multitud de ideas que surgían de su cerebro, aguardó el día; pero siéndole imposible entregarse al sueño, tomó su lápiz y procuró complacer su pensamiento.

—No, no; deber a otro mi gloria, que es el ensueño de toda mi vida, usurpar la celebridad... pero no a tí, imposible... siento en mí la inspiración y mi mano se niega a trasladarla al papel... ¡Dios mío, Dios mío!...

XI.

Margarita amaba al arquitecto: su amor era tan puro, tan virginal como su alma, y ningún pensamiento terrestre turbaba la paz de su existencia.

Las devoradoras angustias de Wilfredo, la tempestad que rugía en su corazón; no eran conocidas de la hermosa niña, quien exenta de ambiciones y solo aspirando a ser hermana de los ángeles, ni aun comprendía que las pasiones hicieran tan terribles estragos en la sociedad.

La aureola celeste que coronaba su frente, la elocuencia de sus palabras, naturalmente inspiradas, y el perfume de virtud que esparcía la jóven en torno suyo, habían convertido en adoración el amor de Wilfredo.

Al día siguiente de su encuentro con el extraño desconocido, temiendo el arquitecto que su amada adviriera, leyó en su corazón el secreto que tanto le preocupaba, no se presentó en casa de Margarita y aguardó la noche con febril impaciencia, decidido a aceptar el mismo apoyo que se le ofrecía.

Mas abatido aún que de costumbre, no pudo menos, al llegar la noche, de sentir un terror vago, un malestar indefinible, una inquietud extraña.

Poderosamente impaciente, calenturiento y entregado a las más absurdas reflexiones, vió llegar la tarde y acercarse la noche sin haberse acordado de tomar alimento ninguno desde muy temprano: la impaciencia le alimentaba.

A pesar de saber llegaría de un momento a otro, no fué dueño de reprimir un estremecimiento cuando sintió que subían la escalera y que abrían la puerta de su cuarto.

Era él. La misma sonrisa burlona vagaba en sus labios, el mismo desden se reflejaba en su rostro, y prestaba a su fisonomía el supremo orgullo del ángel caído.

Wilfredo le contempló con terror: aquel hombre tenía en sus manos su porvenir, su gloria, su ambición, sus ilusiones, su amor, todo en fin.

El desconocido tomó asiento y extendió hacia el arquitecto un pergamino, el que parecía que apenas tocaban la punta afilada de sus dedos.

—Ese es nuestro contrato, jóven, le dijo, firmadle y os daré el plano que apetecéis.

Wilfredo lo recorrió con la vista, y un sudor frío bañó su frente.

El pergamino no contenía más que estas palabras.

«Me comprometo a seguir dentro de un año, día por día desde la fecha, al que me presente este pergamino y a pertenecerle en cuerpo y alma.»

—¿Pero qué me proponéis? ¿A dónde iré? ¿Para qué deseáis imponerme esta condición?

—Son preguntas a las que no puedo contestar.

—Pues ignorando si en ello pelagra mi honor, no firmaré.

El desconocido extendió la mano para recoger el manuscrito.

—Bien, contestó, no alcanzarás gloria.

—Ya no la deseo.

—Ni riquezas.

—Tampoco.

—Ni obtendrás la mano de Margarita.

Aquel nombre causó un efecto mágico en Wilfredo: renunciar a su amor; aparecer a los ojos de su amada sin inteligencia, glorias, ni riquezas... era demasiado.

El jóven vaciló: un vértigo se apoderó de él, y lanzándose rápidamente así el manuscrito y firmó.

XII.

Cuando levantó los ojos arrojó un grito de asombro: delante de él, al alcance de su mano,

estaba un plano completo de la catedral de Colonia.

Era perfecto, maravilloso, espléndido; un prodigio de arquitectura. El pórtico magestuoso y severo, las naves grandiosas, elevadas, las columnas esbeltas, ligeras, y el todo revelaba un pensamiento atrevido, algo que sobrepujaba a la inteligencia humana, algo que era imposible auzar; pero que en lugar de elevar al ánimo hasta las esferas celestes, hasta el trono del Creador, hacia soñar é impulsaba al orgullo, a las glorias terrestres, a la ambición mundana.

Era una basílica sí, pero cuya prodigiosa belleza no era la de una noble y pura matrona, en cuyos ojos arde la llama de la virtud, sino la de una cortesana ataviada con lujosas y ricas galas.

No era la basílica cristiana, con sus magestuosas y solemnes capillas, con sus vírgenes y santos, con su calado y suntuoso coro, con sus pinturas religiosas y sublimes; era una obra maestra, pero a la cual faltaba la inspiración religiosa, la fe, la esperanza y el amor de Dios.

Wilfredo, ofuscado por aquella concepción extraña, no mirando en ella sino una maravilla artística, y soñando con la posteridad exclamó:

—Mi vida, mi vida entera por ese momento de triunfo. ¡Ah! ¡Cuánto os debo! ¿Cómo podré pagaros?

—Con una ciega obediencia, de la cual me responde tu ambición de gloria. Adios; presenta tu plano: te aseguro que no encontrarás inconvenientes y el porvenir será tuyo. Volveré cuando crea que me necesitas.

Y aquel hombre extraordinario sonrió con aire de triunfo, y salió sin que Wilfredo pudiera ni pensar en detenerle.

Corría el año de 1247, época en la cual empezaba a extenderse en Alemania el estilo ojival, que modificó poco a poco la ornamentación arquitectónica, y que dió por resultado catedrales como la de Meissen, Santa Isabel de Masburgo, y poco después la magnífica y suntuosa de Strasburgo, reputada en la Edad Media como la más bella de Alemania.

Wilfredo deseaba que la catedral de Colonia fuera rival suya, y no dudó un momento ni titubeó en adoptar la idea de que una lápida ostentase su nombre al frente de su obra.

Solo Margarita turbaba su conciencia y despertaba sus remordimientos. Aquel plano no era suyo; lo debía a otra inteligencia superior a la suya; pero, ¿cómo renunciar a él, cuando de su lápiz solo brotaban bosquejos incorrectos?

XIII.

Con el temor que inspira la falsedad, mostró a su amada el dibujo maravilloso que representaba la catedral, pero cuál no sería su sorpresa, cuando la jóven movió la cabeza y la inclinó tristemente sobre el pecho.

—¿Qué tenéis Margarita? ¿Os desagrada mi pensamiento? Hablad.

—Ve en él algo terrible; no, Wilfredo, no es esta la catedral que yo había soñado; mi catedral era la mística y fervorosa base de las virtudes, era la poética creación, hija del entusiasmo, el símbolo de todo lo grandioso, noble y elevado. No, no es esta la gloria que deseaba para vos, no; estoy segura que comprendéis como yo, que ese plano encierra algo de satánico, y que vuestra mano se ha dejado arrastrar por un impulso desconocido.

El jóven estaba aterrado. Las palabras de Margarita le habían hecho descender hasta la realidad, y veía con terror la verdad que encerraban las reflexiones de la jóven.

Desesperado pasó algunos días sin atreverse a emprender su obra, y el obispo de Colonia, uno de los principales que deseaban vivamente se comenzase la construcción, le reprochaba su lentitud.

Una tarde llegó mas desanimado que nunca en casa de Margarita, y la encontró radiante de alegría. Jamás le había parecido tan bella, jamás le impresionó como en aquel momento. En su fisonomía brillaba un júbilo celeste.

—Os esperaba, Wilfredo, exclamó, os esperaba con impaciencia: creo que ahora podré ayudaros.

—¿Cómo? contestó sorprendido el jóven.

—Sí; he soñado, he vuelto a ver mi catedral muy parecida a la vuestra; pero mas religiosa, mas conmovedora, mas digna del culto divino: corta es la variación, pero inmenso el resultado: dadme el plano; dadmele pronto.

Wilfredo no dudó un momento: su amada podía salvarle: Dios mismo la inspiraba. Sacó de su bolsillo el plano, y lo extendió sobre la mesa.

La jóven cerró los ojos, como si tratara de recordar, y con un lápiz borró, aumentó, dibujó sombras y dió la forma de una cruz al edificio. En el interior dejó todo lo que encerraba de bello, de espléndido, de prodigioso; pero con alguna ligera variación adquirió la magestad que le faltaba, borrando la hermosura profana y prestándole la celeste que eleva el ánimo hasta confundirlo con las puras y divinas alegrías, herencia del sér piadoso y justo.

Wilfredo cayó de rodillas y gruesas lágrimas se deslizaron por las mejillas del buen Salomón.

—¡Oh! ¡Dios mío! Ese era el pensamiento que se agitaba en mi imaginación; esa era la creación que acariciaba con infinito amor, sin que mi mano pudiera transmitir al papel. El cielo ha enviado uno de sus ángeles, para perfeccionar esa gótica maravilla. Hasta hoy ha dominado el estilo bizantino, pero el ojival se extiende rápidamente y la catedral de Colonia será una de las muestras mas acabadas y perfectas. Yo, yo seré el que lleve a cabo esa obra inmortal, yo soy el elegido....

Una nube sombría cubrió su rostro: la sombra del desconocido se presentó recordándole debía seguirle cuando lo exigiese....

XIV.

Margarita era feliz. El obispo Conrado había colocado la primera piedra de la catedral y la construcción adelantaba rápidamente. Honores y distinciones eran la recompensa del asiduo desvelo de Wilfredo, pero éste no se conceptuaba dichoso. Margarita, su amor, su ventura, su ángel tutelar, se había negado a sér su esposa. La casta jóven le amaba como a un hermano, pero su pureza no admitía, no comprendía otra unión: su esposo era Dios.

Habían pasado algunos años: su cúpula, el coro, estaban casi concluidos; una torre empezaba a elevarse, y los hijos de Colonia miraban con impaciencia creciente la rapidez con que se construía la basílica.

El primitivo autor del plano no se había presentado a Wilfredo, y éste, en medio de sus ensueños de gloria, lo había olvidado; pronto, muy pronto, se colocaría la lápida, y su nombre viviría mientras existiera la catedral.

Una mañana se esparció por la población una noticia terrible. El arquitecto había desaparecido, sin que fuera posible saber cómo.

Se practicaron activas pesquisas, se hicieron averiguaciones, todo fué inútil, imposible, averiguar su paradero. Jamás se volvió a tener noticias suyas.

A los dos días de su misteriosa desaparición, otra nueva no menos dolorosa y mas sentida aun, se divulgó con la velocidad del rayo.

Margarita Dassen, víctima de una enfermedad desconocida, se extinguía poco a poco como una lámpara. Sin dolor físico, sin agonía, bella, tranquila, risueña, espiraba en los brazos de su angustiado padre.

—Mi sueño, mi sueño, exclamó; mi catedral sin concluir... Wilfredo, tu nombre desaparecerá para siempre, hermano mío, y en vano se preguntarán los siglos venideros, quién fué el arquitecto de la catedral de Colonia... El géneo del mal y del bien han luchado contigo... has desaparecido como un buque sumergido por la tempestad... Dios escuchará mis súplicas... yo te salvaré.

Y Margarita lanzó un suspiro tan tenue como el soplo de la brisa; su hermosura resplandeció como la de los ángeles y su alma voló a los piés del Eterno.

Desde entonces, vanos han sido cuantos esfuerzos se han hecho para concluir la catedral: pesa sobre ella un poder sobrenatural.

XV.

La anciana concluyó su relato: blancas y agrupadas nubes velaban los rayos del sol, y la suave y perfumada brisa mecía las hojas de los árboles, cuyas raíces fertilizaba el Rhin, serpenteando majestuosamente por la verde campiña.

Había tal encanto, tanta poesía en aquel cuadro, estaba tan en armonía con lo que acababa de escuchar, que en vano procuraba volver a la realidad.

En aquel momento cinco campanadas graves, lentas, sonoras, me sacaron de mi arrobamiento: era la voz de la tierra que se elevaba hasta el cielo.

Descendí las escaleras acompañada por la venerable anciana, y pocos momentos despues saliamos de la catedral.

Al bajar la colina dirijí mi vista hacia la iglesia, pensando que tal vez jamás volvería, porque ¿cómo es posible saber lo que nos reserva el porvenir? La vida es una peregrinación, y rara vez el peregrino llega al término de su viaje por el camino que se ha propuesto seguir, porque se extravía en los numerosos senderos que a su paso encuentra, risueños y floridos algunos, cubiertos de espinas y malezas los mas.

Para visitar Demitz atravesé el Rhin, pues está situada en la orilla derecha. Es de origen y fundación teutónica, y en ella se admiran lindos jardines y una magnífica fábrica de porcelana, tal vez la mas notable de Prusia: en esta ciudad habitan numerosos judíos, y durante el verano multitud de familias de Colonia trasladan allí su residencia.

XVI.

El Rhin.

Había llegado el momento de embarcarme y surcar las ondas del histórico y poético río: lo deseaba vivamente. El Rhin, llamado en alemán Der Rhein, nace en un país salvaje y agreste de la Suiza, y dividido en tres brazos, baja impetuosamente por las montañas hasta reunirse en Reichenan.

Estos tres brazos se llaman Vonder rhein, Mittel rhein, ó Rin del centro, y Hinter rhein que nace en la nevada de Rheinwald, y que forma una espléndida cascada cerca de Sphigen y atravesando uno de los mas bellos paisajes de la Suiza, nombrado Via mata, se reúne con los dos primeros en Reichenan, y desde allí, serpenteando tamuluosamente, se arroja en el lago de Constanza, sigue su curso hasta Schaffhouse en donde se contempla su magnífica catarata de Rheinfall, pasa por Bale y Strasburgo, recoge en su veloz carrera las aguas que se deslizan por las montañas de los Vosges y las de Sehwarzevald ó Selya Negra, las del Neckar, las del Mosela en Coblenza, y se dirige a los Países-Bajos, en donde se divide en dos brazos: el de la izquierda toma el nombre de Lech, el de la derecha conserva el suyo nativo, y de este modo el hijo aliivo y poderoso de las montañas, despues de recorrer mas de 300 leguas, se pierde en el magestuoso Océano.

(1) «Rápido como el Ródano, ancho como el Loira, tortuoso como el Sena, histórico como el Tiber, y real como el Danubio, cubierto de tradiciones y fantasmas, cual los ríos del Asia, tal es el Rin.» Además ostenta la poesía que le presta ese bello país, patria de los antiguos y esforzados varones y de las blancas hijas del Norte, de ojos azules y rubia cabellera.

Abandonamos, pues, Colonia, pasamos por la torre de Bay-r, admirando las pintorescas campiñas que esmaltan las dos orillas, y después de Lulsdorf, llegamos á un lindo pueblecito, llamado *Niedel Cassel*, en la orilla derecha, y desde el cual se distinguen hacia el Mediodía las Siebengirges (Siete montañas) con sus escarpadas y altaneras crestas, coronadas de ruinas y casi cubiertas por las viñas y los árboles de los montes que las rodean.

A la derecha, un poco mas hacia el interior, se eleva Siegburgo, montaña aislada y en cuya cima se ven los restos de una antigua abadía de benedictinos, fundada en el siglo xi por Enrique, conde de Palatino.

En la orilla izquierda, y como complemento de este pintoresco panorama, contemplé á Graubündorf, con su antiguo monasterio, fundado en 1149.

Ya empezábamos á ver á lo lejos las torres de la mas antigua ciudad de Alemania, construida en forma de anfiteatro, bañada por el Rin y situada en una posición encantadora.

La blancura de sus edificios, la lozanía de sus campos y el extremado aseó que se advierte, justifican las siguientes palabras de una señora que, al verla, exclamó:

«Bona es una perla preciosa.»

Desembarcamos para visitar la antigua *Verona*, mencionada varias veces por Tácito.

Capital en su origen de los hubianos, llamada *Ara Ubiarun*, despues se nombó *Verona*, Bona, y Castro Bonensia, según Plinio y Florus.

Druso Germano mandó edificar una fortaleza y un puente, Julian el Apóstata la fortificó, Constantino el Grande la dotó con nuevas murallas, y Santa Elena fundó la catedral.

Saqueada por los romanos y medio arruinada, volvió á renacer en 1240, y Engelberto, elector de Colonia, arrojado de esta capital en 1268, fijó su residencia en Bona, y desde entonces cobró nueva vida y animación.

Su situación la dió gran importancia en las guerras de Francia y Alemania, y en medio de haber sufrido mucho, ha conservado su opulencia, gracias á su risueña posición.

Tal vez, y con razon, se admirarán mis lectores que me detenga demasiado en la parte histórica de cada poblacion, pero explicaré el por qué.

Siempre han tenido para mí un interés muy marcado los recuerdos históricos aplicados á las localidades, porque despues de recorrer algunas leguas, qué debe buscar el viajero con mas atención?

Los recuerdos del pasado, puesto que la Europa moderna va adquiriendo tal uniformidad en las costumbres, que pronto desaparecerá el tipo nacional de cada una de ellas, y solo las soledades de la India ó las tribus americanas que habitan aun los bosques vírgenes, encerrarán aun para el observador verdadero interés.

Pero con la historia todos los países son nuevos, y es la rica fuente en donde el viajero encuentra inagotables manantiales que fertilizan el pensamiento y enriquecen con lozanas flores el vasto campo de las ideas.

Se encuentran en su estudio ignorados encantos, los monumentos desaparecen para no ver en ellos sino la causa de su construcción, y los campos, ya fértiles, ya salvajes, nos presentan aun las huellas de las valientes legiones que los inmortalizaron.

Pero volvamos á Bona. La catedral, reedificada en 1180 por Gerardo Pagu, es un edificio gótico del siglo xii, sencillo y elegante.

En el interior está colocada la estatua de su fundadora, la emperatriz Elena. Son del mejor gusto artístico dos bajos-relieves que representan el nacimiento y bautizo del Salvador.

Las torres del centro, las ventanas de la nave y dos altares sumptuosamente esculpidos, llaman la atención del viajero artista.

(Continuará.)

FERNAN CABALLERO.

¡A MI HERMANA OFELIA.

Amada hermana mia:—Hoy cumplés catorce años. Tienes esa edad «en que se abrazan la niñez y la juventud en tan estrecha union, que necesitan á veces los años llamar las lágrimas en su auxilio para separarlas.» El pasado para tí no existe, pues queda oculta la niñez por un velo de sonrisas y de lágrimas, y el porvenir se te presenta como un país lejano medio oculto por blancas nubes, al través de las cuales se deslizan algunos rayos de sol. Estás en esa situación que describe así un gran poeta:

«Las ilusiones en tropel vistoso
Revelan sin cesar ante su vista
Sonidos armoniosos murmurando,
Murmurando de amor frases divinas.»

Y puesto que ha llegado para tí, hermana mia, la hora de los ensueños juve-

(1) Victor Hugo.

niles y vas á dar tus primeros pasos en el terreno escabroso de la sociedad, en el dia de tu cumpleaños quiero enviarte una guirnalda de rosas para coronar tu frente. El aroma de esas rosas purificará el aire en rededor de tí. Son flores cogidas en Andalucía, en las márgenes del Guadalquivir. Flores extranjeras; pero á pesar del tiempo y la distancia ¡son tan bellas, tan puras, conservan tan grato perfume! Un dia aparecieron de repente con vigor y lozanía singulares; y, atravesando el mar sin marchitarse, han llegado hasta mí. Te las envío, Ofelia, como la ofrenda mas bella que á un alma pura puede hacer otra alma pura tambien.

—Pero ¿esa guirnalda de rosas es tan bella como dices? preguntará tú.

—Esa guirnalda fué hecha en España por una mano muy hábil, y es tan hermosa como no te lo puedes imaginar. Cada rosa es de color diverso, de distinto perfume; pero reunidas ó separadas son bellas siempre.

—¿Y quién cultivó esas flores y formó la guirnalda?

—¿No lo adivinas? Solo una mujer pudo cultivar esas flores y formar con ellas tan preciosa guirnalda.

—¿Es jóven y bella esa mujer?

—Fué muy bella en los dias de su juventud. Sevilla la vió lucir en sus mas espléndidos salones, y hoy su fisonomía ajada por los años, revela la belleza de su alma, y aun tiene la lozanía de la virtud.

—¿Y el nombre de ese ángel? ¿Su nombre, por Dios!

—Lo vas á extrañar: se llama... Fernan Caballero.

—¿Cómo! Tú pronuncias el apellido de un hombre hermano mio: ¿Te burlas?

—Es verdad, mi querida hermana. Esa señora de que te hablo, tipo de la mujer cristiana y que formó tu guirnalda, siempre ha permanecido cubierta con un modesto velo, siempre ha ocultado bajo el nombre que te indico; y cada vez que en el jardin de la literatura española ha brotado una nueva flor, á orilla del Guadalquivir, todos han aspirado el perfume sin conocer el jardinero prodigioso.

Las flores que te envío son, pues, mi querida hermana, las obras de *Fernan Caballero*; es decir, de la señora que se oculta bajo ese nombre, honor de la literatura española. Las he llamado rosas, porque solo con ellas admiten comparación, aunque tienen mas perfume y pureza que las flores de los bosques americanos, que abren sus corolas en medio de la soledad.

Sin duda desearás conocer á la mujer angelical que formó tu guirnalda. A referirte paso lo muy poco que sé de su vida y á hablarte de sus obras, no con el escalpo de la crítica, que ni poseo ni quiero, sino con el sentimiento que hay en toda alma juvenil; no con el espíritu, sino con el corazón. Discipulo de *Fernan*, yo no sé pensar, sé sentir y estoy satisfecho.

FERNAN CABALLERO (ó sea la señora doña Cecilia Boehl de Faver) nació en esa bella y poética region de la España que se llama la Andalucía. Siento mucho no tener noticias acerca de los primeros años de su vida; pero puede asegurarse, hermana mia, que tuvo una madre inteligente y cristiana. Solo un sér favorecido por Dios pudo inspirar á la escritora de *Lágrimas* sentimientos tan religiosos y puros. Esta creció cada dia en hermosura y talento, esparciendo en rededor de sí el perfume del candor. D. José Francisco Pacheco refiere que, jóven y oscuro estudiante de la Universidad de Sevilla, conoció á Fernan que, dice, entonces no era él sino ella, figurando en primera línea en aquella ciudad, por su belleza y su inteligencia.

Fernan, á pesar de ser muy admirado, no se enorgullecía y estudiaba sin cesar. Pero cómo! No según acostumbra estudiar algunas de nuestras hermosuras, aprendiendo solo á deslizar el pié sobre la alfombra de un salon y los dedos sobre las teclas de un sonoro piano; no á usanza de muchos de nuestros jóvenes que, despues de haber leído á Sde, Dumas y Bentham, aprenden unas cuantas frases de memoria y se convierten en *espíritus fuertes*, filósofos despreocupados y otras zarandajas de la laya, que ni entiendo bien ni explicarte quiero. No:

Fernan estudió, en primer lugar, todos los clásicos españoles, desde el autor del poema del Cid hasta Quintana y Moratín; aprendió además muchos idiomas; estudió á Horacio; leyó con delicia á Lamartine; admiró á ese coloso que se llama Shakespeare, y se inclinó ante Schiller, siempre poético, elevado y grande. Conoce perfectamente la literatura de los diversos países de Europa.

Luego, mi querida Ofelia, ha tiempo que estudiaba mucho, ¿qué piensas que hacia Fernan? Una cosa que en nuestro fantástico y materialista siglo, pocos, muy pocos hacen: cumplir sus deberes. Despojado de sus magníficos vestidos (ya sabes que tengo que hablar de él á pesar de que es ella), visitaba las chozas de los infelices hijos del pueblo. Era y aun es la personificación de la caridad y de la bondad. Su voz grata y suave, intérprete de su gran talento, resonaba en esos recintos de duelo como un himno de amor y misericordia. En medio del pueblo de las ciudades, como del pueblo de los campos, Fernan estudiaba cuidadosamente las costumbres y reunía una colección de cuentos, versos y refranes populares, que luego ha ido derramando en sus obras como perlas preciosas en un cofre lleno de hermosísimos diamantes.

Esta dote de observador, que posee Fernan en grado muy alto, unida al estudio que ha hecho tanto de idioma español como de los dialectos especiales de pueblo, debia producir sus frutos. Y en efecto, despues de muchos años de observación y de trabajo, apareció Fernan como un astro deslumbrador, pero no pasajero, que ha iluminado por cerca de veinte años el horizonte de la literatura española y cuyo resplandor ha llegado hasta nosotros. Fernan salió de la romántica Sevilla con *La Gaviota*, su primera obra séria, y á poco tiempo su nombre era proclamado como el del primer novelista español.

—Pero, ¿qué es *La Gaviota*? preguntará tú.

—Voy á decirte, hermana mia, no con elogios propios, sino con el concepto de criticos inteligentes. Ante todo, *La Gaviota* es la primera rosa de la corona que te envío.

Segun el sentir de criticos inteligentes, entre otros de D. Eugenio de Ochoa, antes de la aparición de *La Gaviota* no existia en España la verdadera novela de costumbres. Algunos ingenios de primer orden, por ejemplo, el inmortal Larra, habian hecho felices en la novela histórica; pero la marea creciente de la escuela literaria francesa ahogó bien pronto aquellos ensayos, y lo cierto es que por los años de 1846 á 1848 no tenia la peninsula un novelista notable.

De pronto, á principios de 1849, apareció en *El Herald* de Madrid *La Gaviota* de Fernan Caballero. Habia en ella tanta exactitud en la descripción de las costumbres y de los caracteres, tanta lozanía de imaginación, tanta pureza de sentimientos y de lenguaje, que se levantó un clamor general en favor del nuevo novelista. D. Eugenio de Ochoa dijo que ese libro «era producto de una inspiración espontánea y pura, y que nada tenia que ver con todas esas marchitas producciones que la especulación lanza diariamente al público, frutos apaleados, verdes y podridos al mismo tiempo.» Anunció tambien, con la lucidez del talento, que «*La Gaviota* seria en la literatura española lo que es *Waverley* en la literatura inglesa, el primer albor de un hermoso dia, el primer florón de la gloriosa corona poética que ceñiría las sienes d un *Walter Scott* español.»

La predicción del gran crítico se cumplió.

La Gaviota es la pintura exacta y fiel de varias costumbres españolas y de varios caracteres raros, entre otros el de *Marisalada*, creación singular de Fernan; pero todo adornado con un estilo poético y florido, con las imágenes que prodiga á manos llenas la fecunda imaginación de Fernan y con la pintura de sentimientos y de pasiones, hecha con pluma de maestro.

Pero, paz á *La Gaviota*, que ya es inmortal.

Como en un bello rio de nuestras llanuras se suceden unas á otras las ondas con igual reposo, y van recogiendo en su camino y llevando con amor sobre sus hombros purísimos las flores de la ribe-

ra, así, hermana mia, se han sucedido las obras, que yo llamo rosas, de nuestro querido Fernan.

A *La Gaviota* siguieron *La Familia de Alameda* y *Callar en vida y perdonar en muerte*.

- Lágrimas.*
- Tres almas de Dios.*
- Elia.*
- Un verano en Bornos.*
- Lady Virginia.*
- Una en otra.*
- Relaciones.*

Y para coronar la obra con digno capitel, el arquitecto modeló á *Clemencia*, esa joya de la literatura moderna, esa obra á la vez de un grande espíritu y un gran corazón.

¡Qué fecundidad! Es una cascata de producciones, tan bella si no tan impo-

—Pero ¿cuáles son las dotes mas notables de Fernan Caballero como escritor? preguntará tú, Ofelia, que en calidez de mujer y de niña, eres en extremo curiosa.

—No soy competente, hermana mia, para contestar esa pregunta; de modo que solo te diré lo que mas me gusta en él, y así no correré riesgo alguno.

Fernan, en primer lugar, tiene un corazón puro, bueno, cristiano, y tales son los escritos de su pluma. Ama la humanidad como á sí mismo, y no olvida jamás los preceptos del Evangelio. Comunica fe á los escépticos, á los desesperados valor, y siempre rodea sus creaciones con una atmósfera pura, la atmósfera de la virtud. Fortifica las creencias. Esto, que para muchos no será nada, para los que creemos es de suma importancia. Costumbre se ha vuelto el ser incrédulo, y la juventud especialmente se cubre hoy con el manto del escepticismo. Cuando sientan los jóvenes el frio de ese manto, lo arrojarán de sus hombros con horror y buscarán algo que reanime sus almas desfallecidas. Entonces vendrá Fernan con su rio de suaves palabras y de consuelos evangélicos; entonces esos nuevos Lázarus, que habian sentido ya el frio de la tumba, revivirán y aspirarán con delicia las auras de las creencias. Para eso, Ofelia, sirve el escritor: para resucitar á los muertos.

A las dotes raras de que te he hablado, reúne Fernan la del encanto de su estilo. Ese mágico ha penetrado en todos los recintos y estudiado todas las clases de la sociedad. Ha aprendido el modo de hablar de cada una de ellas, y lo ha trasladado con admirable facilidad á sus obras. Fernan no inventa, sino copia: hasta los diálogos son fiel traslado de los que escuchamos con tanta frecuencia.

Las descripciones de Fernan no parecen hechas con la pluma sino con el pincel. Tienen todo el colorido y hermosura que tiene la naturaleza misma.

Fernan ha tomado en sus manos el martillo de la fe, y cuando golpea en los corazones estos responden. Nadie resiste al encanto de ese *sacerdote* de la literatura.

Además, nuestras costumbres, nuestra lengua y hasta nuestros versos populares, son enteramente españoles. Cuando Fernan describe esas costumbres y habla esa lengua, no es solamente español, es americano, es nuestro.

No debe tampoco olvidarse el servicio que *Chateaubriand* y *Fernan Caballero* han prestado á sus respectivos países. El primero á principios de este siglo y cuando la gangrena del materialismo y de la falsa filosofía devoraba la Francia, alzó la voz en favor de las creencias y ofreció al pueblo su mejor obra. El otro ha creado, puede decirse, la novela de costumbres españolas, y ha puesto tambien al alcance del pueblo la moral mas pura. Ambos han dado origen á mil imitadores, de los cuales algunos han sido y serán célebres y otros se perderán en el olvido con sus efímeras creaciones. Y en nuestro país, rico de talentos, no faltarán algunos que sepan estudiar al pueblo y hablar sus mil «idiomas» diversos.

Larga y fastidiosa es, hermana mia, esta carta en que describo tu guirnalda;

pero es para mí de tal importancia el que conozcas el carácter de la literatura de Fernán, que, á riesgo de cansar, he dejado que la pluma corra al compás de los deseos de mi corazón. Desearía que tú y todas las jóvenes leyeran sin cesar á Fernán. Se salvarían así del peligro que origina la lectura de casi todas las novelas francesas, tan populares en nuestro país. Estas han introducido su veneno en todas las clases de nuestra sociedad, causando estragos inauditos: han falseado los sentimientos y pervertido las ideas: han arruinado familias, engendrado pasiones terribles y derrocado virtudes. Se necesita contra ellas, tan bellas y engañosas, un antídoto eficaz, escritos donde la juventud puede apagar su sed de curiosidad y de ciencia como en un puro manantial. Tales son los de Fernán: seméjanse á oasis en medio del desierto, donde hallamos sombra y frescura.

Y ¿quieres, por último, Ofelia, conocer el secreto de mi afecto y admiración por Fernán? En la hora de la desgracia, cuando me rodeaban la duda, la desesperación y el dolor, toqué á la puerta de la literatura; y en vez de salir á encontrarme algún genio excéptico, como Byron, Espronceda ó Alfredo de Musset, ó algún fisiologista de alma, como Larra ó Balzac, salió con sonrisa angélica y coronado de flores un sér en cuya mirada se veían el genio y la bondad: era Fernán. Me tomó de la mano, y en vez de guiarme por caminos fangosos, me llevó á prados floridos; en vez de señalarme el infierno me mostró el cielo; en vez de reírse de mi llanto, me estrechó contra su corazón, y me dijo:

«Tengo áuras frescas y manantiales puros para los que llegan á mi cansados, y hay en el huerto de mi morada frutas que aplacan el hambre del extraviado peregrino. Pues que la pena y la fatiga te abrumen, reclínate en mi pecho, espera y descansa.»

Así lo hice, hermana mía, y me salvé. ¡Adios! Que tu guirnalda te inspire gratos ensueños y gratos pensamientos.

ADRIANO PAEZ (colombiano).

Bogotá, Febrero 18 de 1866.

PARANGONES MONÁRQUICOS.

ARTÍCULO II.

Trazamos, á grandes rasgos, en el artículo primero, los orígenes de la sociedad y del poder, como medio el más adecuado para llegar al conocimiento perfecto de la Monarquía. Por el sentido y por la letra de nuestros Códigos, hemos dado á conocer la naturaleza y carácter de la institución monárquica en España, durante el período histórico denominado la Edad media, cuya tarea vamos á proseguir.

No con el carácter de Código fundamental, sino como un cuerpo legislativo concordante de los anteriores, en cuanto á la administración de justicia principalmente, dispusieron los reyes católicos la publicación del que se intituló *Ordenanzas reales de Castilla*, apellidadas también de Montalbo, por el del autor ó compilador; cuya autoridad fué sancionada por cédula de 20 de Marzo de 1485.

Es notable, para el objeto de este estudio, el contenido de la ley 2.^a del título I, por el modo con que la Iglesia persevera en el culto de la régia divinidad terrena, y por el respetuoso acatamiento del rey hacia la exaltación de aquella; resultando de esta relación de reciprocidad, el nudo histórico dentro del cual ha vivido agarrado el pueblo, por la tensión constante en que ambas potestades han tenido la cadena del poder. Oigamos al legislador: «Por ende ordenamos, y mandamos, que cuando Nos, ó el Príncipe, ó los infantes, nuestros hijos, fuéremos á cualquier ciudad, villa ó lugar: que los clérigos no nos salgan con las cruces de las Iglesias, como en otro tiempo solían hacer, á recibir á Nos, ni al Príncipe, ni á los infantes: mas que nos vamos á hacer reverencia á la Cruz dentro de la Iglesia, como es razón: y que las cruces no salgan á Nos de la puerta de la Iglesia á fuera. Pero que la procesion de los clérigos salga de la puerta adelante.» No cabe mas estrecha solidaridad entre el despotismo real y teocrático, polos del eje de la secular Monarquía.

Llegamos al presente siglo, y en 1805 se publica la *Novísima Recopilación* de las

leyes de España, código destinado, como indica su título, á compilar, reunir, disponer, clasificar y presentar las disposiciones que andaban esparcidas en colecciones diversas, y á restaurar las de los cuerpos legales antiguos, en armonía con las exigencias del siglo y los adelantos de la ciencia; propósito, dicho sea de paso, bien imperfecto en su realización.

Cierto que el tiempo y los naturales adelantos debidos al lapso del mismo, habían dado al traste en unas partes, y minado en otras, los cimientos del derecho político antiguo; pero la España absolutista, cerrando los ojos á todo lo que no era su peculiar bastardo interés, restauraba en el novísimo Código las rancias prescripciones de los antiguos, como puede verse examinando el título tercero del mismo. En la ley 1.^a del tit. I se establece la obligación de los vasallos á guardar lealtad y obediencia al rey y al sucesor en el reino «sobre todas las cosas del mundo,» á semejanza de lo que había estatuido el Fuero Real.

Concordante con el mismo, con el Fuero Juzgo y las Partidas, es la ley 2.^a, del dicho título, que pena las blasfemias é injurias contra el rey ó personas reales; la cual, despues de hacer las especificaciones de costumbre, segun que los delincuentes son villanos, nobles ó eclesiásticos, concluye con esta prescripción general: «Y quien dice mal de Nos, ó de alguno de Nos ó de nuestros hijos, es alevoso por ello, y la mitad de sus bienes son para la nuestra Cámara y el cuerpo á la nuestra merced.» De modo que la situación política era doblemente antropófaga, mas abominable que el estado salvaje; puesto que en éste, cada uno tiene la garantía de su fuerza, y en el de que nos ocupamos, todos y todo estaba desarmado ante esa ley que confiscaba la propiedad y secuestraba á los propietarios.

Y era tal el refinamiento del absoluto poderío, que á todo llevaba la puerilidad de sus caprichos, la intransigencia desu egoísmo y la suspicaz envidia de sus celos. Ocupase la ley 16.^a del título III, libro cuarto, en disponer el modo de servirse de las capas los ministros del Consejo en palacio: la ley 15.^a del título I, libro sexto, prohíbe á toda persona el uso de armas y ceremonias reales, y hasta escribir cartas «poniendo el nombre de su dignidad encima de la escritura;» y todo el título XII del mismo libro sexto se consagra á prescribir las fórmulas de los tratamientos que de palabra y por escrito han de observar las clases sociales respectivas, segun los diversos lugares y circunstancias. Tal era el monstruo de la vieja Monarquía examinada á la luz fija de los antiguos Códigos patrios.

Todavía tenemos otro dato notable que exponer, como el más adecuado complemento para el estudio anterior, que se halla en el tomo V de la «*Librería de Jueces*.» Es un famoso *Tratado inicial político-legal*, relativo á las dos supremas potestades, régia y eclesiástica; en el cual se pretende demostrar, entre otras cosas muy controvertidas, que el poder soberano proviene de Dios; que el monarca es absoluto é independiente en su reino, y que su acción es permanente y completa sobre todos sus vasallos, de cualquier estado y condición que sean.

Remitiendo al crítico reflexivo al texto del *Tratado*, algunas de sus peregrinas proposiciones hemos de transcribir aquí para satisfacción del lector curioso y en descargo de nuestra conciencia; advirtiendo que el autor ha procurado apoyarlas con la autoridad de los filósofos, teólogos, canonistas, doctores y escritores de todos los tiempos y países. Atended:

«Viva imagen de Dios es la que se halla representada en la sagrada Persona del Monarca.»

«Solo á Dios conocen los Monarcas por Superior en las cosas civiles y temporales.»

«No puede errar el Monarca en las disposiciones de Derecho.» «De modo que á ninguno es lícito decirle en tales casos: *jeur ita facis?* porque *ex certa scientia potest Princeps supra jus, contra jus, et præter jus, seu extra jus et super omnia.*»

«Es de tan alta gerarquía la potestad del Soberano, que usando de toda su plenitud, puede proceder contra cualquier reo no citado.»

«Goza el Monarca soberano la autoridad de poder juzgar en causa propia, por

excepción de la regla, *nemo Juez in sua causa.*»

«Puede también el Monarca sentenciar segun propia y particular ciencia, *contra allegata et probata*, aunque en el juicio esté probado lo contrario.»

«Tampoco tiene ningun vasallo facultad de disputar sobre la justicia de la ley temporal del Monarca... y es punible particularmente, *sentir* y opinar en lo que con toda claridad se encuentra establecido por el Príncipe... é incurre en la pena de infiel y pérfido el que no se conforma con el mandato de su Soberano.»

Desempolvada queda la ejecutoria monárquica, en la cual lucen aun, con fulgor siniestro, los vivos colores de sus empresas.

Sorprende al pronto considerar, cómo una obra de quince siglos, elaborada con afanoso anhelo por las sumidades del saber, ha venido súbitamente á tierra á impulso del aliento de las ideas modernas. Pero es lo cierto que al resplandor del nuevo éter se han disipado las tinieblas en que la escolástica y la mística habían envuelto la moral y el derecho, por medio de los mas insidiosos retorcimientos del humano espíritu.

A poco que serenamente se medite, se comprenderá que solo por mecánicos artificios podría sostenerse el alcázar monárquico, con su enormísima cúpula, mal asentada sobre débiles cimientos. ¡Tan expiendorosa excelstitud para el rey! ¡Tan sombría degradación para el vasallo! Y ved aquí cómo, rotas las leyes eternas de la armonía, que así preside en lo físico como en lo moral, el cuadro de la monarquía tradicional se ha desvanecido, cual creación fantasmagórica, al simple contacto de la moderna luz eléctrica.

Aquí podríamos dar por terminado el bosquejo político que nos habíamos propuesto trazar; pero creemos muy conveniente añadir algunos rasgos de pluma gruesa, para que puedan leer y aprender en él hasta los mas indoctos.

En el seno de la liviandad y del absolutismo régios había venido al mundo el príncipe Fernando VII, en los anales cronológicos, quien llegó á ser tan aborrecido como había sido deseado. De entendimiento inculto y de aviesos instintos, ascendió al trono con las propensiones y hábitos mas adecuados para extremar los horrores de la monarquía teocrática-absolutista, precisamente en sus postrimerías; puesto que la institución y su representante se hundieron juntos en los abismos infernales de la historia. Poseemos una lámina rara, estampada de colores, en un hoja fólio, que representa el reinado de Fernando, con la fiel y grotesca verdad que podía desear el mas escrupuloso cronista. La cara del rey tiene un parecido perfecto, á pesar de las dos grandes orejas de burro que la sombrean, cubriendo la cabeza un gran gorro catalán encarnado, sobre el cual se lee «superstición:» adorna su ancho pecho, que cubre casaca amarilla, un Toison formado de calaveras humanas; teniendo otra calavera mayor en la mano izquierda y un cetro de hierro en la derecha: el tablado del trono de la «Tiranía» está sostenido en sus ángulos por puñales y en los centros por grandes calaveras, dispuestas á manera de volutas: rodéanle, en ademan familiar, dos consejeros íntimos, Lucifer con rosario al cuello, blandiendo, con nervuda diestra, una gran hacha chorreando sangre y una larga sogá con lazos; y un frailejo más enardecido y espantoso que su mismo colega, el cual le llama la atención hácia el panorama que tiene al lado, donde se vé la variedad de cuadros expiatorios peculiares de la Inquisición, y un diablito que, con tea en mano, va incendiando los campos de Minerva: sobre la tarima del trono se vé un ejemplar de la Constitución que sirve de punto de apoyo á una de las régias patas de Fernando, al desnudo pié del franciscano y á la negruzca garta del príncipe demoníaco.

Dan explicación al cuadro varias inscripciones; una de ellas figura salir del cerebro del rey, extendiéndose sobre el centro, con esta leyenda: «Nadie puede quitarme el ser Señor de vidas y haciendas. Mi voluntad es la ley.» Otra de las inscripciones es exhalada por Lucifer, y dice: «Cárceles, cadenas, argollas, presidios, horcas, tortura, Inquisición á cualquiera que ose hablar de libertad, de Constitución, de Cortes. Guerra abier-

ta á los sábios y á las ciencias.» Y la otra, principal también, que vocifera el fraile, es como sigue: «Mirad, Señor, los tormentos que damos á los vasallos constitucionales que se oponen á vuestro poder arbitrario. La Santa Inquisición y los frailes son el mas firme apoyo de los reyes absolutos... Nada temáis.»

Allá en los tiempos venideros podrá parecer humorístico invento el anterior boceto histórico; pero estamos seguros de que los coetáneos de Fernando VII aun le contemplarán con frio pavor, mas que por la intensidad de sus colores y la estrategia de sus accidentes, por los recuerdos de una horrible realidad verdaderamente indescriptible.

Fernando VII, pregonero de las torpezas y liviandades de sus miserables padres; desconocedor en sí de las nociones mas vulgares de la honra y de la vergüenza; expositor de la patria huérfana; es quizá la encarnación mas abominable de la Monarquía tradicional. Holló todos los respetos, desconoció todas las conveniencias, mancilló todas las virtudes, quebrantó todos los juramentos... y para abultar la brutal fiereza de sus actos, solía emplear en las formas la mas cínica ironía.

Vano tal vez hubiera sido el empeño de enmenrar la conducta de ese rey, arrastrado al mal por inclinaciones congénitas; pero en vez de procurarlo, empeñáronse, cuantos le rodearon, en fomentar y pervertir sus malos instintos.

Tuvo cortesanos que le compararon con Tito, con ocasión precisamente de la hecatombe de Málaga, la más cruel de las matanzas: tribunales que legalizasen los más alevosos asesinatos, como se vió en el proceso del Empecinado, el más patriota de todos los mártires políticos: institutos literarios que, como la Universidad de Cervera, condenasen la «funesta manía de pensar:» una milicia sagrada que, encendiendo el fanatismo de las turbas populares, los hacia creer, como meritorio á los ojos de Dios, el asesinato de los liberales hasta la cuarta generación: realistas que formaban en parada á los gritos de «vivan las cadenas y muera la nación:» mañolos que la saludaban con «viva el rey absoluto y muera los negros:» nobles que organizaban, á modo de jaurías, partidas de caza contra los liberales; de las cuales ha quedado fama por la reclutada en Córdoba, bajo el calificativo especial de la *Porra*, acaudillada públicamente por una aristocrática dama.

Todo esto, que no tiene disculpa en el orden moral, es natural en el orden fisiológico. Enferma en sus entrañas la Monarquía tradicional, los horribles accesos que padeció bajo Fernando VII fueron el estertor de su agonía.

Generalizando Destut de Tracy sobre las instituciones políticas, ha dicho que *el despotismo no es otra cosa que la monarquía en el estado de estupidez*; y particularizando el Sr. Olózaga, en unos preciosos estudios, relativos á la última década del reinado de Fernando VII, en la cual fué, en parte, testigo, actor y víctima, dice lo siguiente: «Es que en ninguna parte era el despotismo tan brutal, tan cruel, tan ridículo y en todos sentidos tan insoportable como en España.»

J. TORRES MENA.

FANTASÍAS CAMPESTRES.

¡LOS DIOS SE VAN!

Repleto de ilusiones, ansioso de entregarme á las fantásticas lucubraciones á que tan dispuestos se encuentran ciertos cerebros al discurrir por los campos de la imaginación y el idealismo, mientras discurre el cuerpo por los campos de mieses ó de plantaciones, apresuréme á salir del pueblo donde había ido á hospedar mi poética entidad y á aventurarme por una estrecha vereda que asomaba serpenteando entre unos viñedos. El terreno descendía rápidamente, y no tardé en dar con el fondo de un barranco al que daba fresca sombra una tupida arboleda.

El calor iba ya sintiéndose excesivamente, y me propuse descansar: recostéme en el césped y dirigí en torno una mirada. La situación era deliciosa; por el fondo de la hondonada corría un arroyuelo de cristalinas y transparentes aguas, límpido espejo en que se miraban enorgulliciditas las plantas y las flores que tapizaban vistosamente su margen; los cálidos reflejos de un sol de estío veíanse rechazados por el umbroso toldo de impenetrable verdura que formaba sobre el arroyuelo y sobre mi cabeza una campestre bóveda, de la que, á guisa de lámparas, pendían como desgajados algunos ramos; una

muelle alfombra de aterciopelado césped, preferible mil veces á las alcatifas que cubrían el retrete de la esclava favorita de un emir, brindaba al reposo y la contemplación, mientras que el diverso gorgear de los ocultos pajarillos formaba la cadenciosa rima de aquel precioso idilio de la naturaleza.

Halagado por la grata tranquilidad de aquel oculto y apartado rincón donde no llegaba ninguno de los rumores de la prosaica vida de las ciudades, ni aun el sonido mas ó menos atractivo de una voz humana, fué cerrando insensiblemente los ojos hasta quedarse dormido.

Ignoro el tiempo que así permaneciera; solo recuerdo que me despertó sobresaltado un ruido que sonó casi al lado mismo de mi cabeza, apoyada en unas lozanas yerbecillas, almohada no por lo rústica menos blanda. Incorporéme rápidamente y ví de pié próximo á mi lado ¡quién lo creyera! una ninfa de los bosques, una verdadera *driada*, ó mejor dicho, una *napea*, mitológico sér perteneciente á las divinidades subterráneas que formaban el cortejo gentil de Venus, de Diana y de Anfitrite. Quedéme en pié en actitud de la mas respetuosa y á un tiempo placentera admiración; la ninfa, que había detenido el curso de su desnuda planta, al percibirse de mi presencia, avanzó risueña observando lo inofensivo y tranquilizador de mi expresión.

Entonces la examiné con mas detención y no pude ocultar un extraño gesto al contemplar detalladamente aquella hija de las florestas. Aunque hermosa no denotaban sus encantos el rubicundo color, la morvidez y la frescura tan naturales en estas bellidades superiores á las puramente terrestres, sino cierta delgadez y cierta tinta amarillenta propia de una situación precaria.

Los piés y parte de la pierna, sus brazos, el nacimiento del seno y el rostro descubiertos, según antigua usanza en mitología, no ostentaba toda la pureza de tintas, toda la finura, toda la limpieza, digámoslo de una vez, que fuera de apeteer en una semidiosa; la flotante túnica que cubría el resto de su cuerpo, de blanca pura algun tanto problemática, parecía (Dios me perdone) de zaraza, y el cintillo que, según la moda de la diosa Cytherea, ceñía su talle, semejóme (quisiera engañarme) de seda un sí es no es rozada y descolorida; cerrábase con una hebilla de oro... un tanto *subversivo*, y que jurara ser igual á algunos que había yo visto y aun comprado en un escaparate de quincalla; su suelta cabellera, cayendo en románticas gudejas sobre sus hombros, adolecía de una ausencia de peine, á mi ver ya inveterada.

Prescindiendo, no obstante, de estas observaciones, considerando que no competía á un simple mortal erigirse en crítico de una deidad, por mas que se presentase un tanto derrotada.

—¿Qué te conduce aquí tan sola, bella ninfa de estos campos? ¿Do quedaron tus hermanas, las driadas, las hamadriadas, las napeas, las náyades, las oreadas, las oceanidas y las nereidas? exclamé, satisfecho de mi erudita enumeración hecha á modo de clasificación zoológica y pronunciada en tono de lección de memoria.

—¡Ah! suspiró la napea, las que no consumió el pesar, huieron, amable sátiro.

Esto de *sátiro*, confieso que no me sentí muy bien é instintivamente llevé las manos á la cabeza y las miradas á los piés para ver si en aquella brotaban cuernos, y estos se trocaban en pezuñas; al observar mi inmutable apariencia racional pensé que aquella calificación era hija de la costumbre y me tragué el *sátiro*.

—¿Y por qué tantas desgracias, *silvestre* hermosura? repuse en tono de revancha.

—Porque abandonadas de faunos, pastores y sátiros, relegadas al olvido por los dioses, las que no han prostituido su dignidad, refugiándose en las ciudades, han perecido tristes y solitarias; mejor dicho, obligadas por el destino á una insoportable longevidad, se han desprendido de su antigua existencia transformándose unas en alcornoques y naranjos, en gansas otras, ninguna en trucha.

—¿Y qué ha motivado tan impío abandono y tan injusto olvido?

—¡Ah! sátiro compasivo, replicó la ninfa, mientras yo hacia una mueca al oír repetido el mote, un nuevo dios, cuya exaltación ha derribado nuestros ídolos, haciendo estremecer hasta el poderoso Júpiter, ha arrastrado al pié de sus aras pastores y faunos, dioses y hombres que, ciegos ante el brillo fascinador de esta deidad, proscribiéronse humildes haciendo los mas innobles sacrificios, y elevando ante él continuo incienso, cuyo perfume tienen que arrancar á veces de ese rincón del alma que se apellida conciencia. Ya la Arcadia es un país yermo y solitario; ya no resuenan por bosques y praderas el dulce caramillo, la armoniosa flauta, el rústico rabel; ya no se leen en los añosos troncos las entrelazadas cifras de los amantes, ni repite la ninfa Eco los melodiosos acentos de los enamorados; toda la poesía bucólica se ha convertido en ceniza ante la humeante pira de esa divinidad.

—Pero dime, nueva Calipso, ¿cuál es ese dios cuya religión produce tamaños destrozos?

Iba sin duda la napea á contestarme, cuando de súbito apareció otra ninfa cuyo aspecto análogo al de su compañera tenía la ventaja de una limpieza intachable: verdad es que llegaba chorreando agua, materialmente convertida en sapa.

—Estoy perdida, hermana mia, perdida, dijo la náyade, que tal era; destruyóse mi último recurso, ese ídolo maldito cuyo culto acaba con nosotras es como siempre la causa; las aguas del riachuelo que, aunque sola y triste habitaba, han sido torcidas de su cauce natural para favorecer ¡oh dioses inmortales! el movimiento

de una maquinaria destinada ¡horror de horrores! á la fabricación de aceite de *mani*...! al propio tiempo aseguran que una vía férrea vá á desgarrar sin piedad la lozana vegetación de nuestro asilo...!

—¡Huyamos! exclamó la napea, huyamos de aquí para siempre.

Y se dispusieron ambas á desaparecer.

—Pero quién es, grité deteniendo á la primera de las interlocutoras, quién es el dios origen de tantos males?...

La napea se detuvo un instante, metió delicadamente la mano en mi bolsillo, sacóme el portamonedas, me lo enseñó haciéndolo sonar y partió á la carrera seguida de la náyade.

Al intentar seguirla hice un esfuerzo y... desperté, esto es al menos lo que yo creo; miré al rededor y solo alcancé á ver un chicuelo que trasponía á escape un márgen cercano agitando un bolsillo.

Llevé la mano al chaleco; el portamonedas había desaparecido.

Torné mohino y cecijunto al pueblo y desde entonces cuantas veces pienso en tan singular ensueño ó realidad, tras reflexionar maduramente sobre sus hechos y sus palabras, creo que ó entonces estaba despierto ó ahora sigo dormido.

LUIS ALFONSO.

Agosto de 1868.

LA MISION DE LA MUJER.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

Plugo á Dios dar fin á la obra maravillosa de sus manos creando á la humana familia, y para esto hizo primeramente al hombre, y dispuso en estos términos de su destino:

«Que reine sobre los peces que habitan el mar; sobre las aves que respiran en el aire; sobre los brutos que pueblan las selvas: finalmente, que domine toda la tierra.»

¡Hé allí el primer hombre, emblema de la fuerza física y moral! Un rayo de la majestad divina resplandece en su frente noble y elevada; sus pupilas despiden fuego; el valor y la confianza agitan su vasto seno. La fuerza de sus músculos, el vuelo atrevido de su espíritu, el hervor de su sangre; todo le dice que es capaz de luchar con las dificultades y los peligros de la vida, al mismo tiempo que su voluntad inflexible, el ardor de sus pasiones indomables y los alcances de su alta razón, le hacen comprender que puede mandar como señor de todo lo creado.

Pero este mismo poder debía llenarle de orgullo; su aspiración natural hacía la grandeza y la gloria debían henchir su ánimo de una ambición altiva. Conocedor de su fuerza, cuanto se hubiere opuesto á la impetuosidad de sus deseos, hubiera sido implacablemente deshecho. Ahora, si cada uno de sus futuros hermanos había de estar devorado, como él, de esa sed de autoridad y de dominación, ¿cuál sería, sino una lucha incesante y eterna, la suerte de ese favorito de Dios?

El posee la fuerza, la audacia, la razón; pero la bondad, la compasión, el amor—esos tesoros del alma—¿le fueron igualmente concedidos? ¿Acaso está incompleta en él la humanidad?

En efecto: el Creador, considerando la obra maestra de sus propias manos, dijo aun:

«No es bueno que el hombre esté solo; voy á darle una ayuda, una compañera semejante á él.» Y solo cuando la compañera de Adán, cuando la mujer salió formada de las manos de Dios, quedó la humanidad creada en toda su maravillosa plenitud.

Si el hombre es manantial de toda fuerza, la mujer será manantial de todo amor; si él gobierna por su vigor y su razón, ella reinará, consolará, exparcitará el contento por la gracia de sus facciones, por la mágica dulzura de su voz, por el inagotable tesoro de bondad que encierra su alma. Cercada como de una atmósfera irradiante de tierno sentimiento, do quiera que aparece la mujer, las pasiones egoístas se aplacan, la palabra del hombre se suaviza, y siembra en su camino el gérmen de las consideraciones recíprocas, de la mútua afecion, de la dulce poesía de la vida.

Amor, dulzura y ternera; tales son los elementos principales de que Dios ha formado el alma de la mujer: amar, curar, consolar; tal es su destino sobre la tierra.

Consideraremos ahora la vida de la mujer, veamos si llena como es debido en la sociedad humana la mision que le ha impuesto la Providencia.

La chicuela Berta tiene doce años. Su rostro es angelical; la mirada de sus grandes ojos azules seducen á todos los que la miran y les inspira un espontánea y tierna afecion. Sus mejillas sonrosadas están cubiertas de un vello suavísimo é invisible; en torno de sus labios dos hojas de rosa dobladas con finura, retoza una dulce sonrisa, que parece estar pidiendo como una limosna, una muestra de simpatía.

Su hermano, el pequeñuelo, asorda la casa con sus gritos salvajes, monta á caballo, juega con el sable y el fusil, bate el tambor, despedaza su instrumento, corre, salta, se encarama, grita... Es un leoncillo que ensaya sus fuerzas, y que trae inquietos á sus padres veinte veces por día. Si es reprendido ó castigado, se inclina... Pero ya se vé lucir en sus ojos la centella de un espíritu indomable. Bien que respeta y obedece las órdenes de su padre, no puede ocultar que ellas ofenden su naciente orgullo.

Berta está tranquila, sentada al lado de su madre. La excelente niña tiene una muñeca, que ella viste, adereza, pone en su cuna, y á quien riñe y á buenos consejos... y sea que halague ó que reprenda, en este ensayo instintivo de una mision de que aun no tiene conciencia, su voz cilla es tan dulce, tan afectuosa, que su madre la mira, con el corazón palpitante, y enjuga sus ojos humedecidos por una lágrima de emocion.

Berta ayuda á lavar y á vestir á sus hermanitas; se esfuerza por compartir las atenciones de su madre y obtiene con súplicas el permiso de hacerse útil. Si hay una limosna que dar, un socorro que llevar á los necesitados, en su mano se encuentra la moneda, de su mano recibe el pobre aquel socorro.

Así aprende Berta á amar, á cuidar, á consolar antes de sospechar siquiera lo que mas tarde vendrá á ser el objeto de su amor.

Pasan los años sin alterar su inocencia. Crece su cuerpo; su talle esbelto abandona las formas indecisas de la infancia; disminuyen las rosas de sus mejillas; la blancura de una pureza virginal decora su hermosa frente.

Mas, una mañana se despierta llena de emocion; ignora lo que pasa en ella; pero cuanto vé fulgura y brilla con un resplandor inusitado, y todo canta en torno suyo las alegrías de la vida. Siente latir su corazón con una felicidad de que no puede darse cuenta, y un sentimiento nuevo y desconocido desborda de todo su sér. Ayer aun, su mirada se detenía sin embarazo y con amable candor sobre los rostros extraños; hoy, baja involuntariamente la vista al ir con su madre á la iglesia. Advierte que la mirada de los mancebos hace subir á su frente los encendidos colores del pudor, y que aquella mirada la intimida y la trastorna.

Muy luego penetra la luz en su espíritu, y comprende lo que es aquel fuego que se obstina por inflamarse en ella. El sentimiento inquieto de su pudor se revela contra la misteriosa emocion que agita su seno: trata de estrecharse mas y mas á su madre; busca el aislamiento, y huye toda sociedad.

La revelacion de un destino cerca lo de peligros la espanta; el temor de que en las aspiraciones que la arrastran no haya sino un instinto terrestre y culpable, la hace retroceder horrorizada y anhelante... ¡Todo es vano! Su destino le vuelve á gritar: ¡tú amarás! ¡Tú amarás, Dios te ha creado para el amor!

En efecto; á pesar de todos sus esfuerzos, su corazón rebosa de amor. No se atreve todavía á dejar penetrar en él una imagen de hombre; sin embargo, ella amaré: ¡es menester que ame! ¿A quién?

¿Acaso Berta convertirá hácia Dios todas las fuerzas de su alma? ¿Por ventura agotará en la contemplacion de su misericordia y de su majestad todos los tesoros de su amor? ¿Haráse esposa de Cristo? ¿Arrodillaráse entre los cuatro muros de una celda, y rogará allí por la humanidad, expiando las faltas de esta, hasta que su alma amante remonte á su propia fuente? ¡Hé ahí una forma del amor!

¿Preferirá consagrarse á la humanidad que sufre? ¡Irá á los hospitales, al lecho de los enfermos y de los moribundos á curar sus heridas, y á procurarles consuelo y alivio? Renunciando á su juventud, ¡sacrificará su vida por hallar entre el contagio, la enfermedad y la muerte, como única, pero sublime recompensa, la convicción de haber practicado las

obras de misericordia en nombre del Señor? ¡Hé ahí otra forma de amor!

¡Trabjará tal vez porque los hijos del obrero vengan á participar de la luz de la civilizacion, de la doctrina del Cristo y de la moralidad? ¡Instruirá en las escuelas dominicales á la prole del pobre, enseñándole cómo desde la infancia podemos armarnos contra la miseria y el vicio? ¡Arrancará de esos tiernos corazones, con solicitud maternal, los gérmenes del vicio, y les infundirá pudor, resignacion y temor de Dios, á fin de que el obrero encuentre tambien en su esposa una compañera que llene para con él la verdadera mision de la mujer; consolar, amar y alentar? ¡Ved aun otra forma del amor!

¿Quizá ella, opulenta y delicada jóven, se empleará en buscar, al través de los pa-adizos estrechos y de las callejuelas sombrías, los niños menesterosos y enfermos antes de haber ensayado sus primeros pasos? ¿Los trasportará á un edificio bien aireado para lavar allí sus miembros amortecidos, y para vendar sus heridas, y para renovar sus vestidos?

¿Los velará noche y dia, espiondo su respiracion, humedeciendo y refrescando sus diminutos labios, hasta desterrar la muerte, á fuerza de solicitud y de cuidados, de esas inocentes y desgraciadas cunas? Hé aquí todavía una manifestacion sublime del amor.

En tanto que su posicion social se lo permitia, Berta ha dado espansion al sentimiento de amor que Dios ha puesto en su alma, valiéndose de todas estas obras de caridad reservadas á la mujer; pero ¿á qué ocultarlo? Su corazón ha sido mas vivamente conmovido por las miradas de un apuesto mancebo.

Yo podría contaros cómo aquel jóven—generoso, pero indomable por el sentimiento exagerado de su fuerza y de su libertad—se alejó de ella; cómo, en su aislamiento, sintió la infeliz roidida por el dolor sus entrañas; y, en fin, cómo los sufrimientos que desgarraron su corazón la hicieron decaer... Mas ¿de qué sirve recordar un mal ya curado?

El jóven ha vuelto á ella: la ha aceptado por esposa en los altares, y ha venido de este modo á ser el apoyo y la compañera querida del hombre que amaba.

Dios ha bendecido su union: ¡ella es madre!... ¡Madre! Esta palabra es el amor mismo, idealizado, purificado de todo interés personal; es un rayo de la divinidad descendido sin mezcla ni alteracion al corazón de la mujer.

Mirad. Berta está sentada en medio de su numerosa familia. El mas tierno de sus niños reposa aun sobre su seno, de á donde extrae la vida: el otro descansa su infantil cabeza sobre sus rodillas, y los demás se entretienen cándidamente alrededor de ella.

¡Un grito! y Berta se extremece de espanto. ¡Un mal paso! y ella arroja un ¡ay! de angustia. Su mirada se pasea de un niño al otro: observa todo; presta atencion al menor ruido. Al indicio mas leve de una pasion, á la apariencia mas ligera de un mal instinto, castiga y acaricia á la vez. Sí, es menester que permanezcan afectuosos y puros los ángeles que Dios le ha confiado; menester que ninguna exhalacion del vicio venga á mancharlos. Su corazón maternal tiene conciencia de su mision sublime, y no ignora que las generaciones futuras serán siempre lo que hayan hecho las mujeres, mejor dicho, lo que hayan hecho las madres.

El último de sus niños acaba de dormirse sobre el seno de Berta y ella se levanta silenciosa, va á dejarlo en su cuna, espía un instante su sueño, y vuelve de seguida á los chicos que juegan. Los hace arrodillar, junta sus manecitas y les enseña á orar: les dice cómo debe el hombre que vive sobre la tierra alzar siempre lleno de gratitud sus miradas al cielo; cómo debe sacrificarse por el amor del prójimo y ser en todas situaciones benéfico y misericordioso: ella no conoce otra fuente de felicidad que aquella que Dios depositó en su seno: el amor. Pasaron para Berta cuantos placeres ofrece la vida. Brillante artista en otro tiempo, poseía una voz admirable, y su juvenil inteligencia gustaba los encantos de la poesía y de la música; pero hoy deja flojas las cuerdas de su arpa y empolvados sus libros favoritos: no vive sino por sus niños y para sus niños.

Mirad. Mirad cómo durante el silencio de la noche pasa horas enteras vigilando una cuna.

La mano del Señor la ha visitado: la enfermedad acaba de postrar en el lecho del dolor á uno de sus niños. Pálida, y con los ojos enrojecidos por las lágrimas, Berta halaga todavía con una mirada inefable de ternura á ese hijo de sus entrañas; oprime contra sus labios aquellas lívidas manecillas; cuenta las palpitaciones de aquel corazoncillo enfermo, y se estremece y tiembla al menor movimiento. Se arrodilla, ruega é implora la ayuda de Dios; si ella pudiese, como el pelicano simbólico, á precio de su propia sangre, desterrar la muerte de aquel lecho, no vacilaría un instante, toda su sangre la daría, y la daría con gozo, mas aún, con gratitud, si la sonrisa de la salud volviese á lucir en el rostro abatido de aquel niño adorado.

Muchas semanas há que Berta no ha abandonado un instante á su tierno enfermo, y durante ese tiempo sus miembros fatigados no han encontrado reposo. Lívidas están y enflaquecidas sus mejillas; todo le advierte que su propia salud está amenazada... mas eso, ¿qué le importa? ¡Ella es mujer, y además es madre!... Nunca cejará ante esa lucha contra la muerte. Puede su cuerpo y debe sucumbir á las fatigas, tal es su frágil estructura; pero su amor persistirá, batallará hasta poner en salvo la sangre de su sangre, el alma de su alma!

El esposo de Berta es un hombre animoso y enérgico, que aspira á ensanchar, por su propia elevación, el porvenir de su familia. Su giro principal es el comercio. El noble deseo de mejorar su fortuna le hace afrontar y desafiar todas las vicisitudes de la suerte... pero no bastándole esto, se mezcla en los ardientes combates de la política; vuelve con frecuencia, hácia la tarde, fatigado por la lucha, herido en su amor propio y en su esperanza. Su frente está surcada de arrugas, su corazón henchido de amargura y de disgusto de la vida. Mas ¡cuán tierna é ingeniosa se muestra Berta en su lucha contra esas torturas del ánimo! ¡Cuán dulce y penetrante su voz consoladora! Con tal solicitud sabe enjugar la frente de su esposo, y con tal delicadeza infundirle valor y fuerza, que, al fin, olvidando las rudas querellas del día, se sienta al lado de ella á jugar y loquear con sus niños, ya del todo reconciliado con la vida y sonriendo de nuevo á lo futuro...

Si un golpe inesperado de la fortuna viene á herir su comercio, á amenazar su posición social y tal vez la existencia misma de sus hijos, él se irritará, murmurará, maldecirá quizá la suerte, y en la expansión de su furor estéril ofenderá su excelente esposa...

Pero ella le ocultará su propia tristeza y, con el humor sereno é inalterable, con la voz siempre suave, le hablará de la impenetrable voluntad de Dios, de su esperanza en una próxima felicidad, y poco á poco, conseguirá inspirarle nuevo valor y nueva confianza en lo porvenir.

Así pasará la existencia de Berta en un largo y continuo sacrificio de sí misma. El Señor llamará al cielo á algunos de sus niños; desgarrada por un dolor inefable verá escaparse el último soplo de vida de aquellos labios angelicales. Mas tarde sus hijos se abandonarán ciegamente al torrente impetuoso de los placeres de la juventud, y se expondrán á mil peligros, á mil asechanzas, á mil vicios. Entre tanto, ella cuidará, ahorrará, trabajará, asustada y temblorosa á cada instante; sangrará por todas las heridas que el tiempo y el destino hayan hecho en su corazón de madre, hasta que, estenuada y vencida, encorbada bajo el peso de los años, venga á ser una mujer anciana...

Berta, en efecto, ha perdido toda su hermosura; pasó el brillo de sus ojos; canos están sus cabellos; vése su rostro arrugado, y se escucha apenas su voz débil é insegura.

¿No es cierto que el corazón de esta mujer paralizada, en quien la vida agoniza, debe ya estar seco y frío? ¿No es cierto que despues de haber sembrado en su ruta tan generosamente los rayos de su amor, natural es que la llama de su alma haya concluido por extinguirse? ¡Error! La mujer debe amar mientras quede en ella un soplo de vida.

Berta consagra ahora todo su amor á los hijos de sus hijos. Va de una familia á otra; canta para adormir los pequeños; tiene siempre para los otros alguna golosina; sabe hermosas canciones de su tiempo é historietas sin cuento. ¡Ah! ¡Qué buena abuela! ¡Cómo vuelve á ser niña con los niños! No hay palabra mas propia para hacer estallar la alegría en un círculo de familia que la de: ¡Abuela! Pronunciada, y vereis como los niños la aclamarán batiendo las manos y bailando de alborozo; porque esa palabra es para ellos el símbolo de la bondad perfecta, de la condescendencia sin límites, de la celeste paciencia.

En este rápido esbozo, he seguido la vida de la mujer en su desarrollo natural; la he tomado como niña, como joven, como madre y como abuela: y he tratado de mostraros el rayo de amor que, en todas estas situaciones, ilumina su ruta con mas enérgico y vivo resplandor. Permittedme concluir estas consideraciones con una historia corta, pero verdadera; ella os probará, mejor que cuanto llevo dicho, que para una mujer, *vivir y amar*, son dos palabras que tienen la misma é invariable significación.

No lejos de la plaza del Castillo, en nuestra ciudad de Amberes, se encuentra el hospicio de niños expósitos, casa en donde se dá asilo á los desgraciados huérfanos, y en donde se les educa é instruye. Junto á ella hay otro edificio en que se encierran á las desgraciadas víctimas de locura de uno y otro sexo.

Esos dos edificios no están separados sino por un muro en el que hay una puerta comun, para que los locos y los huérfanos puedan rogar á Dios en la única capilla que existe.

Era en 1830, en aquella noche siniestra del bombardeo. La calle del Convento, la iglesia de San Miguel y el Almacén real estaban en llamas. El fuego ondeaba como un mar furioso sobre una parte de la ciudad, y tenía el cielo con las tintas subidas y sangrientas de la destrucción. Retemblaba el suelo bajo el trueno incessante de los cañones y la detonación sorda, pero terrible de los morteros. Balas incandescentes, bombas mortíferas describian mil órbitas en el espacio, y caían, rompiendo y destrozando cuanto encontraban en su paso, sobre las casas abandonadas de la ciudad.

Hasta allí, conforme á los usos de la guerra, la guarnición de la ciudadela había respetado el hospicio de niños expósitos y la casa de locos, y había lanzado todas sus bombas en otra dirección; pero algunos voluntarios del ejército belga, creyendo que desde esos edificios podrían tirar con ventaja sobre el enemigo, penetran en el hospicio de expósitos, y comienzan de allí á hacer fuego sobre la ciudadela.

Atacada, de esta suerte, desde el interior de aquellos establecimientos de beneficencia que todas las naciones consideran como un terreno neutro, la guarnición holandesa se irrita, y ciega con el deseo de vengarse, dirige sus baterías sobre el hospicio y lo inunda de proyectiles incendiarios, que llevan la destrucción y la muerte á la infeliz habitación de los huérfanos y de los insensatos.

Ya comienzan á caer en el patio algunas bombas, rompiendo con espantoso ruido los vidrios de ambos edificios.

El incendio está próximo á declararse... ¿Qué hacer?

No es posible dejar á los locos encerrados y á los huérfanos que lloran expuestos á ser quemados vivos.

Pero ¿á qué medio recurrir? El tiempo urge; ¡cada minuto puede ser el último que quede para la salvación!

Los administradores de los establecimientos dan orden de abrir las puertas; conceden la libertad á los locos y á los huérfanos, á fin de que puedan salvarse por sí mismos, si aun es posible...

De suerte que en un minuto, locos y locas se lanzan como un torrente al patio en medio de los huérfanos aterrorizados. El ígneo resplandor de un mar de fuego ilumina esta escena lúgubre.

Los hombres, que ven y comprenden el peligro, rugen de terror y de rabia; se lanzan, atropellan á los huérfanos en su desordenada carrera; únicamente preocupados del cuidado de su conservación per-

sonal no tardan en franquear las puertas.

Pero ¿qué hacen las locas en esta crítica situación? Mirad: los gritos lastimeros de los niños las han conmovido... Cada una de ellas toma uno, dos, tres huérfanos; los cierra contra su pecho; los oculta en su seno; inclina todo su cuerpo sobre ellos, y vuelve las espaldas hácia el punto de á donde parten, con fragor horrible, los cañonazos y el incendio. ¡Pobre loca, que olvida así su propio peligro! Coloca su frágil cuerpo entre los niños y las mortales bombas, esperando que á precio de su vida los protegerá contra la muerte y los salvará...

Lo que os cuento es la purísima verdad.

Hé allí la mujer privada de razón, de inteligencia, sin conciencia de sus propios sentimientos; nada de humano parece haberle quedado; su alma misma está estraviada. No sabe lo que dice ni lo que piensa: todo parece muerto en ella, todo, excepto la llama santa y oculta del amor!

Mártir infortunada de la miseria humana, que, desde los impenetrables abismos de la locura, viene todavía á dar testimonio de la misión sublime de la mujer sobre la tierra:

¡Amar!

Traducido por ELÍAS MALPARTIDA.

CREACION DE ACADEMIAS EN AMÉRICA.

INFORME DE LA COMISION Y ACUERDO DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

ACADEMIA ESPAÑOLA. COMISION DE CORRESPONDIENTES.

La comision nombrada en la junta del 3 del corriente para que, tomando en consideración las importantes indicaciones hechas en la misma por los señores Director, Hartzbusch, Puente y otros, respecto á nuestras relaciones literarias con las hoy repúblicas independientes, y antes provincias hispano-americanas, ha examinado el asunto con el detenimiento que merece, y va á someter á la Academia, en cumplimiento de su deber, lo que en la materia le parece conveniente y hacedero.

Segun sus estatutos, tiene nuestra corporación académicos correspondientes, españoles y extranjeros, cuyo auxilio basta para llenar los fines de nuestro instituto, así en las provincias peninsulares y adyacentes, como en aquellos países que, no hablando el idioma castellano, solo pueden contribuir á su perfección muy indirectamente.

También tenemos correspondientes hispano-americanos muy dignos y muy celosos por cierto; pero que si políticamente hablando entran en la categoría de los extranjeros, no lo son en realidad respecto al idioma, que es precisamente el asunto fundamental de las tareas de la Academia.

La comision no comprende que al correspondiente en Lima ó en Méjico se le asimile á quien lo sea en Berlín ó en Londres, puesto que en Prusia, como en Inglaterra, la lengua de Cervantes no pasará nunca de ser estudio para sabios y literatos, mientras que en el Perú y en el antiguo imperio de Motezuma es y no puede ménos de ser objeto forzoso de enseñanza, desde las escuelas de primeras letras hasta las aulas universitarias.

Los lazos políticos se han roto para siempre; de la tradición histórica misma puede en rigor prescindirse; cabe, por desdicha, la hostilidad hasta el odio entre España y la América que fué española; pero una misma lengua hablamos, hasta para maldecirnos, como desatentadamente lo hacemos con sobrada frecuencia.

Nuestros correspondientes hispano-americanos no son, pues, extranjeros, académicamente hablando, por mas que legalmente no sean mas que extranjeros.

¿Procede, en consecuencia, asimilarlos en todo á los correspondientes españoles?

De hecho lo están, en virtud de ser el mismo el idioma que hablamos todos, ellos y nosotros; pero la dificultad no estriba en eso, sino en averiguar si bastan á los fines de la Academia esos asociados que aisladamente le prestan su colaboración, allende los mares, y á enorme distancia de la que fué su madre patria.

Sírvase la Academia fijar bien su atención sobre este punto, que, en concepto de la comision, es de la mas trascendental importancia.

De los cuarenta millones de habitantes que, aproximadamente, se le calcula al Nuevo Mundo, veinte, poco mas ó menos, son de raza indígena, anglo-sajona, germánica, francesa, rusa ó portuguesa; los otros veinte descienden de españoles, y español hablan.

Dos millones, contando siempre en números redondos, son todavía en las Antillas súbditos de la monarquía española; los restantes, es decir, diez y ocho millones de hombres que hablan como propia la lengua castellana, pueblan desde la Patagonia al Missisipi, las repúblicas del Río de la Plata, del Uruguay, del Paraguay, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Venezuela, Nueva Granada, de la América Central y Méjico.

Como la Academia lo ve, y lo sabia sin que la comision se lo dijese, son unos dos millones mas de almas los que hablan el castellano fuera que dentro de España.

Y esa importantísima parte de nuestra raza está repartida, en cuanto cabe afirmar cosa alguna política respecto á las que fueron nuestras colonias, en once repúblicas (1), casi todas ellas federales (2), y compuestas, por tanto, de un sinnúmero de Estados, mas ó menos independientes unos de otros.

Todos estos Estados se dan leyes á sí mismos, además de recibir las del poder central respectivo; todos tienen su peculiar sistema de instrucción pública, todos su prensa periódica, quizá también su literatura (3), y positivamente su poesía popular, puesto que son nuestros descendientes.

Apuntados esos datos, y añadiendo solo que, en virtud de circunstancias de sobra notorias y dolorosas para que sea necesario precisarlas aquí, en las mas de las repúblicas arriba enumeradas es mas frecuente el comercio y trato con extranjeros que con españoles, la comision no vacila en declararle á la Academia, que á su juicio hay grave riesgo de que, si pronto, muy pronto no se acude al reparo y defensa del idioma castellano en aquellas apartadas regiones, llegue la lengua, en ellas tan patria como en la nuestra, á bastardearse de manera que no se dé para tan grave daño remedio alguno.

¿Bastarán á impedirlo los esfuerzos de nuestra Academia, hasta hoy felizmente muy estimada y respetada entre las gentes de letras hispano-americanas, mientras no cuente con otros medios que sus publicaciones dogmáticas, y la colaboración individual y aislada (ya se dijo) de sus muy dignos correspondientes?

No lo cree así la comision, y es de su deber exponerle su parecer á la Academia, tan franca como respetuosamente.

En nuestra época el principio de autoridad, si no ha desaparecido, está por lo menos grandemente debilitado.

Todo se discute, y á nada se asiente sino previo examen.

Por desdicha, basta con frecuencia que la autoridad afirme para que la muchedumbre niegue.

De ahí que en España misma encuentre la Academia muy á menudo quien contradiga sus leyes, y á sus determinaciones se oponga, quizá solo porque de tan autorizado cuerpo proceden.

Cierto que el triunfo es casi siempre nuestro, porque rara vez pronunciamos

(1) La verdadera division política actual de la América española, que no es bien conocida en España, es en diez y seis repúblicas independientes, así:

Buenos-Aires, república Oriental, Paraguay, Uruguay, Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Nueva Granada (hoy república de Colombia), Méjico, Guatemala y las cuatro repúblicas que se le separaron, y hoy son independientes, llamadas Costa-Rica, Honduras, Nicaragua y San Salvador.

En todo, diez y seis repúblicas. Esta division territorial y política subsistirá por mucho tiempo, atendidas las circunstancias actuales de aquellas regiones, pues en ninguno de esos Estados hay tendencias á nuevas subdivisiones, y mucho ménos á hacer una de dos ó mas entidades.

(2) Existe el régimen federal, que sepamos, en las repúblicas de Venezuela, Colombia, y algun tanto en Méjico y Buenos-Aires. En las demás repúblicas citadas, el régimen es el centralismo.

(3) Casi desconocida en España, pero existe, esa literatura en cada uno de los países suramericanos. Hay en toda la América mas de 2.000 poetas, mas de 500 historiadores, un número infinito de periodistas, unos 100 autores dramáticos, otros tantos novelistas, y varios filólogos, algunos de ellos sumamente notables.

(Notas del Editor.)

fallo que muy fundado no sea; pero cierto también que no son pocas las ocasiones en que hemos tenido ya que rendirnos a la tiranía del uso, y que consagrar con nuestra sanción mas de un vocablo y de un modismo á que, con razon de sobra, comenzamos por oponernos.

La comision no cree necesario detenerse á demostrar que, si tal nos sucede dentro de casa, es evidente que mucho mas debemos temerle á tan larga distancia de nuestra esfera de accion, y donde no tenemos mas derecho á que se nos escuche, que aquel que la razon lleva á todas partes consigo.

Verdad es que cada uno de nuestros ilustrados y celosos correspondientes en América procura y seguirá procurando, sin duda, en el lugar de su residencia, propagar y arraigar las buenas doctrinas de la Academia respecto á la lengua; pero no cabe tampoco desconocer que los esfuerzos individuales, por grandes y útiles que los supongamos, serán siempre insuficientes al fin deseado.

Si nuestra Academia, corporacion oficial, y durante mas de siglo y medio en posesion del monopolio de la enseñanza pública en cuanto al idioma, no ha logrado nunca, á pesar de sus constantes y loables esfuerzos, de su indispensable saber y de su nunca desmentido celo, no dirá la comision imponer silencio á temerarias teorías y precaver extranjeras invasiones en el idioma, pero ni siquiera que se haga la debida justicia á su útil laboriosidad; ¿qué podemos prometernos, señores, de correspondientes aislados, sin mas autoridad que la de su personal nombramiento y la que el lejano reflejo de la nuestra pueda prestarles?

Si queremos, pues, como, en concepto de la comision, estamos obligados á intentar hoy mas que nunca, precisamente porque ya nada monopolizamos, y acaso nada mas que nuestra literaria tradicion representamos, si queremos contribuir en cuanto nuestras fuerzas nos lo permiten á que, lejos de bastardearse en el suelo americano el idioma español, conserve en él, hasta donde cabe, su nativa pureza y grandilocuente acento, la comision entiende que es preciso que la Academia varíe radicalmente el procedimiento que en la materia hasta aquí ha seguido.

No se alarme al oír estas frases la Academia: tenemos la honra de pertenecer á un cuerpo, por su índole no menos conservador que progresivo; y no incurriremos en el desacuerdo de proponerle una revolucion, ajena á su índole y repugnante á su naturaleza.

Lo que la comision propone es únicamente una reforma, grave y trascendental sin duda, pero que parte de lo existente para mejorarlo, y que cabe dentro de los naturales y legales límites de nuestro instituto.

Creyéndolo así, señores, la comision os propone, en la forma que detallará luego, que autoriceis en las diversas repúblicas americanas la creacion de *Academias de la lengua castellana*, como *correspondientes* de la nuestra, y á su semejanza organizadas.

Si la comision, en su buen deseo, no se engaña de medio á medio, y su pensamiento merece vuestra aprobacion, va la Academia Española á realizar fácilmente lo que para la diplomacia y para las armas mismas es ya completamente impracticable.

Va la Academia á reanudar los violentamente rotos vínculos de la fraternidad entre americanos y españoles; va á restablecer la mancomunidad de gloria y de intereses literarios, que nunca hubiera debido dejar de existir entre nosotros, y va, por fin, á oponer un dique mas poderoso, tal vez, que las bayonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglo-sajona en el mundo por Colon descubierta.

Ninguna nacionalidad desaparece por completo, mientras conserva su propio y peculiar idioma; ningún conquistador inteligente ha dejado nunca de hacerle tanto ó mas cruda guerra á la lengua que á las instituciones políticas de los conquistados.

La ilustracion de la Academia dispensa á su comision de extenderse mas en la materia, y, por tanto, pasa ya á exponer en qué forma debe, á su parecer, procederse á la realizacion del pensamiento que ha tenido la honra de someter á vuestra aprobacion.

Sencillo es el sistema que á la comision parece conveniente.

Tenemos sócios correspondientes en muchas de las ciudades hispano-americanas, y nuestros estatutos no nos vedan aumentar indefinidamente el número de aquellos.

Cada día se nos hacen nuevas propuestas á favor de personas ilustradas y beneméritas que desean honrarse con el título de nuestros asociados, y es indudable que, si abrimos la mano, como vulgarmente se dice, serán infinitos los literatos que soliciten ser nuestros correspondientes.

Partiendo de esos datos vuestra comision os propone, si en cada ciudad de América donde vuestros correspondientes lleguen al ménos al número de tres, y lo solicitaren ellos mismos, les autoriceis á establecer allí una Academia de la Lengua castellana, asociada con la nuestra, y á su semejanza organizada.

No cabe, aceptado ese método, imaginar siquiera que tratamos de imponer nuestra autoridad en América; lo que haremos será, pura y simplemente, admitir en nuestra sociedad á los americanos que lo deseen, á condicion de que nos ayuden á un fin no menos interesante para ellos que para nosotros: el de la conservacion, progreso y perfeccionamiento del idioma que nos es comun.

Tal es, en su esencia, el pensamiento que la comision somete al decisivo criterio de la Academia en el siguiente

PROYECTO DE ACUERDO.

Artículo 1.º Cuando tres ó mas académicos correspondientes que residan en el mismo punto de cualquiera de las repúblicas ó Estados americanos, cuyo idioma vulgar sea el castellano, lo propusieren expresamente y por escrito, la Academia Española podrá autorizar allí el establecimiento de una *Academia de la lengua castellana, correspondiente de la Española* misma.

Art. 2.º Las Academias correspondientes se regirán en lo posible por los estatutos y reglamento mismo de la Española, modificados, si fuere necesario, de acuerdo con los proponentes. El número de académicos de las correspondientes no podrá bajar de siete ni exceder de diez y ocho.

Los (4) primeros académicos serán nombrados por la Española á propuesta de los proponentes; en lo sucesivo por la misma, á propuesta de la Academia correspondiente.

Art. 3.º Siempre que cualquiera Academia correspondiente creyere necesario modificar en algo los estatutos, habrá de consultarlo con la Española y atenerse á lo que ésta resuelva.

Art. 4.º Las Academias correspondientes podrán modificar el reglamento como les parezca bien; pero dando cuenta á la Española para su conocimiento.

Art. 5.º Los académicos de la Española lo serán natos de todas las correspondientes; pero no de número.

Art. 6.º Una vez establecida una Academia correspondiente en cualquiera república ó Estado, no podrá establecerse otra, sin oír previamente el parecer de la primera.

Art. 7.º La Academia Española y sus correspondientes estarán efectivamente en correspondencia constante por medio de sus respectivos secretarios ó del académico nombrado.

Art. 8.º La Academia Española y sus correspondientes se deben recíproco auxilio en todo lo que respecta á los fines de su instituto; siendo, por consiguiente, obligatorio para todas ellas, representarse unas á otras en el país respectivo, siempre que intereses literarios lo requieran.

Art. 9.º Las Academias correspondientes podrán, cuando lo tengan por conveniente, renunciar á su asociacion con la Española, sin mas requisito que declararlo así por escrito y oficialmente.

Art. 10.º Recíprocamente, la Academia Española podrá, tanto no autorizar la creacion de Academias correspondientes, cuanto declarar fuera de la asociacion á cualquiera de las existentes que deje de cumplir con las obligaciones voluntariamente contraídas.

Art. 11.º Siendo, como lo es, puramente literario el fin para que se crean las Academias correspondientes, su asociacion con la Española se declara completamente ajena á todo objeto político, en consecuencia independiente en todos conceptos de la accion y relaciones de los respectivos Gobiernos.

La Academia resolverá, como siempre, lo mas acertado. Madrid 12 de Noviembre de 1870.—Patricio de la Escosura.—Eugenio de Ochoa.—Fermín de la Puente y Apezuechea.—Juan Eugenio Hartzenbusch.—Antonio Ferrer del Río.

El preinserto dictámen fué aprobado definitivamente, y en todas sus partes, por la Academia española en junta de 24 de dicho mes de Noviembre.

Es copia conforme.—El secretario accidental, ANTONIO MARÍA SEGOVIA.

(4) Aquí parece que falta la palabra *tres*, quizá por omision del copista; pero por el contexto del Acuerdo se deduce que debe decir: *Los tres primeros académicos*, etc.

(Nota del Editor.)

En virtud del preinserto Acuerdo se ha procedido por la Real Academia á hacer los nombramientos de académicos correspondientes, como se dispone en el artículo 2.º Hasta ahora no ha nombrado sino los individuos correspondientes á la república de Colombia, cuya eleccion ha recaído en los Sres. D. Miguel Antonio Caro, D. José Manuel Marroquin y Don José María Vergara y Vergara, los que, reunidos, deben proponer á la Academia la creacion y adopcion de la correspondiente, de Colombia, y los nombres de los otros académicos hasta completar el número de siete ó de diez y ocho, segun lo determinen, de acuerdo con el artículo citado.

En la república de Venezuela hay dos académicos correspondientes, D. Cecilio Acosta y D. Ricardo Ovidio Limardo. Estos dos señores, si aceptan la idea, deben proponer el nombre del tercer miembro, para que, elegido éste, juntos propongan los otros nombres de los demás individuos de que debe constar la Academia venezolana.

En la república de Chile no hay sino un solo correspondiente, el Sr. D. Victor de Lastarria, el cual debe proponer los nombres de los dos compañeros con los cuales puede pedir la creacion de la Academia chilena.

En las demás repúblicas sur-americanas no hay correspondientes. Seria de desearse que los encargados de Negocios, concedores de los literatos de su país, remitieran sus nombres á la comision de correspondientes con los informes del caso, á fin de que se pudieran hacer los tres primeros nombramientos, base de los otros.

El pensamiento de acelerar las creaciones de las Academias, no favorece tanto á la comunicacion intelectual de la América con España, cuanto á la de las mismas repúblicas entre sí. Es un hecho que los literatos americanos se conocen poco entre ellos mismos.

(Nota del Editor.)

LOS ESTUDIANTES DE HEIDELBERG.

Discutía yo el otro día con un amigo que ha vivido algunos años en Alemania sobre la conveniencia de los desafíos de los estudiantes de aquel país, que él sostenía que eran inútiles. Hé aquí antes de entrar en pormenores, sus razonamientos que servirán de epígrafe á este artículo y que si no convencen explicarán al ménos lo que en otro caso no tendria excusa alguna.

Hé aquí los motivos que militan en favor del desafío de los estudiantes alemanes:

1.º El desafío es tradicional y á él deben las Universidades gran parte de su unidad: es una fraccion que fundada en los sablazos que puede tener su lado bueno.

2.º Si en una Universidad de 600 á 800 estudiantes que gobiernan dos bedeles se suprimen los sablazos, será preciso admitir los bastonazos, las bofetadas y los puntapiés, lo cual seria descender en la escala de las luchas humanas.

3.º Esto acostumbra al peligro á los estudiantes; el combate da un temple mas enérgico á su naturaleza.

Esta tradicion tenia su razon de ser en aquella época en que los estudiantes se alojaban formalmente de sus familias, cayendo como aislados en medio de una Universidad. Entonces debieron agruparse alrededor de un recuerdo de poblacion ó de país y se explicaba y se comprendia la formacion de corporaciones y sobre todo de corporaciones militantes; pero hoy que la rapidez y la facilidad de las comunicaciones hace que el estudiante se aleje apenas de sus deudos, desaparece el pretexto de las luchas armadas entre grupos diferentes.

En segundo lugar, algunos golpes dados ó recibidos no tienen la gravedad de un sablazo que desfigura ó inutiliza, y si es preciso regularizar las luchas en ciertos casos en que no pueden evitarse, no es ménos cierto que deben limitarse á los casos serios, á las circunstancias graves y no convertirlos en un torneo, en un hábito de derramar sangre, en una necesidad para la vida escolar.

En tercer lugar, el peligro que corre el combatiente nada tiene de imprevisito, y no se forman hombres valientes acostumbrando á los jóvenes á ver correr todos los días la sangre de sus compañeros; no se forma el corazón enseñando á los estudiantes á reirse de los dolores, á gloriarse de las heridas de sus condiscípulos, y esto por la única razon de que llevan una gorra de diferente color que la suya.

En resumen, el duelo de los estudiantes alemanes es un resto de Edad Media, de antiguas costumbres en medio de nuestra civilizacion, con la que está en completa oposicion; nosotros no lo admitimos, como no admitimos una galera de remos en medio de una escuadra de vapores de hélice.

Lo que acabamos de exponer para combatir los desafíos de los estudiantes, esas luchas re-

gularizadas para desfigurar á los hijos de familia, no quita el interés con que narramos el lado bueno de la vida de los estudiantes alemanes, su organizacion y su color pintoresco. Volúmenes podrian escribirse acerca de las peripecias sin nombre de esa *vita universitatis*, tan diferente de la vida civil y de la vida de familia.

No es ménos curiosa de estudiar esa persona moral que se llama *Universidad*, esa *civitas universitatis* que está separada de la *civitas*, aunque vive dentro de ella. La Universidad tiene sus leyes, sus funcionarios, sus administrados; el estudiante delincuente no es justiciable ante otro juez que el suyo: el juez universitario.

Es la Universidad una institucion aparte que funciona y mantiene el orden por medio de los bedeles. Hé aquí un rasgo característico que prueba cómo, aparte del desafío, existen medios honrosos para refrenar, para contener, á una turbulenta juventud.

Cuando se sospecha que un estudiante ha tomado parte en algun acto reprobable, se le lleva ante el juez universitario, y le basta dar su *palabra de honor* de que nada tiene que ver en el asunto, para quedar libre completamente de toda prevencion. Pues bien, se cuentan pocos ejemplos de estudiantes que hayan prestado su *palabra de honor* para escapar de un compromiso, y cuando esto sucede, quizá una vez cada diez años, es expulsado y deshonrado por sus compañeros de Universidad.

No oculto los lados buenos, puesto que cito ese rasgo admirable de costumbres en la vida interior de la Universidad; pero aparte de esto existe el duelo *organizado*, esta es la palabra, y si no juzguen nuestros lectores.

Cada semestre de estudios empieza y concluye por una reunion general de todos los grupos; esto es lo que se llama un *commers*. Ambos *commers* son muy diferentes; el de entrada comienza por libaciones, del mismo modo que el *commertium abundi*, ó de fin de semestre; pero su terminacion no es igual.

Pasada la reunion de fin de semestre quedan terminadas todas las luchas, los desafíos ajustados concluyen, los ódios mueren y existe una fraternidad general, mientras que en la reunion de principio de semestre todo es provocacion; de manera que á una señal dada por el presidente, todos se agrupan, se dirigen las palabras mas mordaces, se buscan, se provocan; hacen, por decirlo así, provision de duelos para algunos meses. Cada estudiante provoca á un número ilimitado de estudiantes de otros grupos y toma nota de ellos, dando en seguida cuenta al senior (presidente) de su grupo, de los desafíos que tiene entablados. El senior recibe todas las comunicaciones, y unido despues con los seniores de los otros grupos, señala el programa de los días de combate, con el objeto de que cada uno tenga por lo ménos un *duelo* semanal.

Cuando se ha agotado la provision de desafíos, se recurre á un medio que dá la medida exacta de la insignificancia de los duelos que son resultado de la ociosidad. Por la noche, en la cervicería donde los estudiantes se reunen, el senior declara que no hay mas desafíos anotados en la lista, y que es preciso no dejar extinguir tan buena costumbre.

Cada uno escoje entonces entre los grupos enemigos un adversario á su gusto.

Hé aquí lo que se dice por lo comun: —Por mi parte el baron X, de tal grupo, me fastidia, lleva unas botas que me destumbran. Apuntadlo, senior.

—Pues yo no puedo sufrir al Sr. M. de N., que dá vueltas á su baston de un modo desagradable: cualquiera creeria que es un espadachin; senior, señalado por mi cuenta.

—Sea en buen hora; al fin encuentro medio de provocar á ese chisgaravis de R. cuyos anteojos me desesperan y cuya nariz toca el firmamento. Voy á prestarle el servicio de cercenarle una parte desagradable de su cara. Ponédmelo el primero en la lista.

—Otro exclama: —Senior, anotadme al gallina de V. del grupo de los X. Parece un niño criado entre algodonos; voy á enviarlo un poco acuchillado á sus padres, su mamá se alegrará mucho.

Y esto continúa hasta que la lista está completa; en seguida se hace una distribucion por grupos y se envia á cada uno un embajador extraordinario que lleva la provocacion.

Hé aquí cómo esto se verifica. El día de la reunion del grupo al que se envia la provocacion, el embajador se presenta á la puerta de la *Kneipe*. Se le introduce y se le coloca, con todos los honores debidos á su importante cargo, al lado del senior del grupo. Una sonrisa de satisfaccion corre por la reunion, porque su grupo ha sido preferido á los otros en la provocacion del día. El enviado se vé abrumado de atenciones, todos le hablan y le bromean; al cabo de media hora saca un papel del bolsillo; es la lista de los desafíos.

La curiosidad entonces es grande; el senior recorre la lista y despues se dirige á los miembros de la Asamblea:

—Señor tal, ¿podeis responder á la provocacion del señor cuál para el martes?

—Con mucho gusto; á dicha tengo que me haya buscado; yo lo hubiera encontrado si no dentro de poco.

—Y vos, conde de R. ¿podeis responder el viernes al llamamiento del Sr. V.

—No, ese día espero á unos parientes, pero estaré libre para el viernes siguiente; nada perderá en esperar ese barbilindo.

Despues el senior se dirige al enviado:

—El Sr. L. está enfermo y su desafío no puede efectuarse; el señor que lo ha provocado esperará a su curación.

Cada uno, en fin, fija el duelo, acepta, rehusa, retrocede cuando hay un obstáculo; después que todo está concluido y arreglado, el embajador se despide del grupo (1) y lleva a los suyos las respuestas.

Los estudiantes se reúnen ordinariamente para batirse en una posada situada al otro lado del *Nekar* y que lleva el nombre famoso de *Hirschyasse*. Allí quedan solos para no llamar la atención de la policía y tienen cuidado de apostar, próximos al lugar del combate, vigilantes de descubierta. La escena tiene lugar por lo común en una granja próxima a la posada. Los actores son ocho; el imparcial (*unparteiischer*) que preside el combate y que se escoge entre los señores de uno de los grupos que no toman parte en el desafío; el médico que está pronto a reparar los perjuicios que puedan sufrir las fisonomías (*paukdoctor*); los dos campeones (*paukauten*), los dos segundos (*secundanten*) cuyo papel es el de parar los golpes y por último los testigos (*zeuge*) que tienen la misión de arreglar los pormenores del duelo, de apuntar los golpes, etc.

Los combatientes llevan petos y guantes de cuero, rehenchidos de modo que solo dejan espesa la cara a los golpes del adversario.

El imparcial se coloca en medio con una silla de madera delante, sobre la que marca los golpes con tiza; tiene además un reloj en la mano para precisar el tiempo de las acometidas. Delante de él están los combatientes, y a su lado los testigos que les sostienen los brazos, que la espada y los guantes fatigarán al momento. Al lado de los combatientes los segundos, en traje de combate, con la cabeza y los brazos resguardados y la espada en la mano, se preparan a parar los golpes. Los demás estudiantes se colocan en el fondo. Entre ellos se ve el *paukdoctor*, que ha preparado en una habitación inmediata las vasijas, los vendajes y las agujas destinadas a la ablución, a las ligaduras o a la sutura de las heridas. Cuando todos se hallan colocados como acabamos de indicar, el imparcial da la señal de combate con estas palabras: *Silentium, auf mensur, fertig, las!* Esto es: silencio, sobre el terreno, todo está preparado, vamos! Al mismo tiempo los testigos sueltan el brazo armado de los combatientes, los segundos se acercan a ellos con el cuerpo retirado, el brazo extendido, y la punta de la espada baja para separar los golpes. Los combatientes hacen centellear las espadas, los golpes llueven sobre sus cabezas, los quites se suceden, la emoción se apodera de los que no tienen costumbre de presenciar estas pequeñas carnicerías. De repente un grito: *Halt!* parte de los testigos o del *unparteiischer*, y el combate cesa al momento. Este grito se arroja en medio del combate, para suspenderlo cuando una irregularidad o una herida lo hace desigual. La principal irregularidad es la encorvadura de la hoja de la espada. Entonces se grita: *Halt, kling ist krümm!* ¡Alto, la hoja está encorvada! Las hojas de las espadas son finas y muy flexibles, y basta un golpe dado de plano para torcerla.

Cuando el *Halt* está motivado por una herida, se dirigen sobre el herido, se examina el golpe, y si tiene poca importancia se hace beber al combatiente un trago de *grog* y se continúa. Las heridas son casi quirúrgicas, tan cortantes es la extremidad de la espada; así es que permiten, aunque sean profundas, continuar la lucha. Se han visto estudiantes que se han batido con cuatro o cinco sangrientas cuchilladas. El tiempo preciso para entonar un poco al herido o enderezar la hoja, no se cuenta en los quince minutos reglamentarios del combate. Estos quince minutos deben emplearse en la lucha, y el imparcial regula el tiempo del combate con el reloj en la mano. La lucha no termina antes de los quince minutos, a no ser que uno de los combatientes se halle tan gravemente herido que el *paukdoctor* crea que no puede continuar.

Cuando han pasado los quince minutos, el combate ha terminado, cualquiera que sea el resultado, y el imparcial lo anuncia con estas palabras: *paukeret ex*; fuera de combate. Entonces se cuentan las heridas y las costuras y se inscribe en el libro de cada cuerpo el número de alfileres que ha necesitado para recoger los tajos dados al grupo contrario. Las heridas pequeñas, que se llaman *bluetchen* (gotas de sangre), no entran en cuenta, solo alcanzan los honores de la contabilidad las que necesitan sutura.

Después de cada duelo, los combatientes que siguen usan los petos y guantes llenos de sangre de los anteriores, y después de cinco o seis desafíos sucesivos, no es raro ver este vestido literalmente rojo y chorreado sangre. Tales son los duelos de los estudiantes alemanes, y nuestros lectores comprenderán qué poco ganan con semejantes escenas aquellos jóvenes. Nuestro relato es de una verdad fotográfica; nada hemos añadido ni quitado a la realidad.

La autoridad prohíbe, pero la Universidad to-

lera. ¿Qué puede hacer la autoridad civil? Cuando sabe que se va a efectuar un duelo, llama a un bedel que, acompañado de gendarmes, se dirige al lugar del combate. Pero los estudiantes tienen centinelas por todas partes; mujeres, niños y viejos, reciben dinero por vigilar los puntos más lejanos, y cuando la policía llega, lo más que puede hacer constar, por la sangre que tiñe la tierra, es el lugar de la lucha.

Los estudiantes, en cuanto se da la señal de alarma, huyen en todas direcciones, ocultando o llevándose las armas.

EL HOGAR.

«Oh dulces horas de mi contento,
¿Quién os pudiera multiplicar!
¿Si es un encanto cada momento
Que se desliza bajo mi hogar!»

J. M. SAMPER.

I.

El horizonte que aparece a mi vista es bello, pero está lejano: es el horizonte de la infancia. Vamos hasta él en alas del recuerdo.

Aun veo, con la imaginación, esa tarde. ¡Cuan hermoso lucía el sol que se reflejaba en mis cabellos de niño inocente! ¡Qué bella también la naturaleza! Todo sonreía, cantaba y amaba en derredor mio.

¡Tardes de la infancia, de los juegos, del amor maternal, no volveréis ya! A vosotros han sucedido las tardes melancólicas y frías, en que parece que todo es intérprete del dolor...

Pero en esa tarde y en esa naturaleza que veía con ojos juveniles, había algo que hacía sentir y soñar. Venían de no sé dónde efluvios misteriosos, rumores, canto...

De un árbol magestuoso, y en una de sus flexibles ramas, colgaba un pequeño nido, balanceándose al soplo del viento. En el nido había dos seres inocentes; dos aves.

Piaban dulcemente, como esperando algo. A cada movimiento del nido abrían sus pequeños y brillantes ojos, fijándolos en mí con inquietud.

La tarde iba ya a dejar su puesto a la noche y el paisaje estaba alumbrado a medias por la tibia luz del crepúsculo vespertino.

De repente dos aves de primoroso plumaje llegaron al nido trayendo en sus picos alimento para sus hijuelos. Hubo allí un concierto indefinido: un batir de alas, una alegría, una escena que puede resumirse en esta palabra: amor.

Con ojos asombrados miraba yo aquel espectáculo delicioso.

—¿Qué es aquello? dije a mi madre.

—Es un hogar, contestó.

—¿Un hogar! Esta palabra quedó vibrando en mis oídos, aunque no la comprendí bien.

«Un hogar, añadió mi madre, es el centro de todos los afectos, de todas las alegrías puras, de todos los ensueños del alma.

Es el sitio donde la mujer llena su dulce misión.

Solo allí se respira con frecuencia un ambiente sereno.

Cuando el mundo pesa sobre un pobre ser, y lo abruma sin misericordia, éste se refugia en su hogar.

Oye allí palabras dulces: escucha voces amantes: el hastío, los engaños y las infamias tienen en su recinto el antídoto de la ternura.

Una mirada encontrará otra mirada de amor; y así como estas aves vuelan por todas partes buscando alimento para sus hijos, así el hombre recorre el mundo en busca de poder y de gloria, para llevarlos a su hogar.»

Calló mi madre: y, alejándome, oí por algún tiempo el ruido que formaba aquella familia alada, en su mullido palacio.

II.

Más tarde... ¡Dios mío! Ese más tarde comprende largos años...

Más tarde, decía, el soplo de las revoluciones destruyó nuestro hogar.

Como aves emigrantes alzamos el vuelo y fuimos a establecer un nuevo hogar lejos del suelo natal.

Como la mujer, la felicidad es un ser de caprichos, que sonríe por momentos y por momentos nos abandona.

En el nuevo suelo sonríenos por algún tiempo, y en seguida partió para no volver más.

Entonces, en otra tarde no menos hermosa que aquella tan suspirada de la infancia, y en medio de una naturaleza

mas espléndida, porque era la naturaleza del trópico, vi algo.

Ese algo era una mujer que tenía en sus brazos un niño de pocos meses y trataba de adormecerlo cantando.

Un hombre alto, de tez bronceada y ojos negros, vestido con sencillez, miraba a la madre y al niño, sonriendo; pero con qué mirada y qué sonrisa! Era la profunda mirada del amor que vagaba de la joven al hijo, tranquila, dulcísima, con infinita ternura y con infinita felicidad.

En la puerta de la casa estaba cosiendo una anciana. De vez en cuando interrumpía la tarea para mirar a sus hijos.

En los árboles cercanos a la casa jugueteaba el viento, y en el patio varios animales domésticos. Por todas partes se veían la alegría y el bienestar.

Yo vi todo esto rápida, ligeramente al galope de mi caballo, que me conducía a un campo de batalla; y sintiendo una impresión de tristeza indefinible, me dije: Hé aquí un hogar. ¡Esta es la felicidad!

III.

Pocos seres me causan más antipatía y horror que los solterones.

Son el escarnio de la sociedad.

Viviendo en medio de ésta, viven, sin embargo, en la sociedad.

Alguna maga caprichosa mecía su cuna y los condenó a llevar una vida vegetadora y solitaria.

Son tan infelices que no comprenden cuánto vale la sonrisa de la mujer y el llanto de un niño.

A veces he penetrado en algunas casas de esos seres desgraciados.

Por todas partes frío y silencio. Ni cantos de pájaros, ni ruido de niños, ni voces amantes... Nada... ¡Nada!

Parece que la indiferencia y el hastío se han apoderado de esas habitaciones diciendo: ¡Aquí nada fructificará!

Se figura el visitante que de pronto ha de presentarse el espectro del fastidio haciéndole muecas horribles.

Cuando yo sea legislador (1) (de todo se puede ser en esta amada patria) propondré un proyecto de ley en estos términos:

«Artículo 1.º Todo varón que llegue a la edad de 25 años tiene obligación de casarse.

Art. 2.º Los que no lo hicieron oportunamente, si son ricos perderán sus bienes, que se aplicarán para auxilio de las jóvenes que deseen contraer matrimonio; y si son pobres serán obligados a buscar por esposas matronas de cuarenta años por lo menos.

Art. 3.º Exceptúase de esta obligación a todos los que desean hacer la felicidad de la patria, a pesar de esta, los cuales al casarse engendrarían nuevos escorpiones.»

Una lección de esta especie, ó cosa semejante, aplicada con energía republicana, produciría beneficios incalculables.

Mas, ¿por qué tal saña contra los pobres solteros?

¡Ah! porque cada uno de estos contribuye regularmente a que se relajen las costumbres.

Porque podría formar, y no forma una familia.

Figúrense Vds. que se cumpliera mi ley. ¿Cómo saltarían de placer los autores del censo de 1880!

Se poblarían en parte nuestras inmensas soledades.

Bajaríamos pronto el Meta y otros grandes ríos viendo cien ciudades en sus riberas.

Habría tela de donde cortar para todos los dictadores, generales y padres de la patria necesarios.

Sería una especie de regeneración.

Pero la imaginación cabalga de carrera en el corcel de los ensueños, y es preciso detenerla.

Seguro estoy de que mis compañeros los graves legisladores dirían que mi proyecto era un... ¿qué? un anacronismo, un barbarismo, etc.; y que los señores solteros cumplirían conmigo la ley de Linch (ahorca), aseverando, además, que sin dinero no puede haber matrimonio.

¡Bárbaros! Como si el ruido de algunas monedas pudiera compararse al de tres

(1) El autor lo es actualmente, ¿se habrá acordado de esta promesa?

(Nota editorial, por encargo de parte interesada.)

ó cuatro chicos jugueteros é inteligentes!

¡Salvajes! Como si el oro fuera indispensable para establecer un hogar!

Díganme Vds.: ¿hay cosa más sencilla?

Se busca una mujer amante, candorosa (y por supuesto bonita), se unta aceite a los goznes de la producción, es decir a la inteligencia y a los brazos y... a trabajar.

Hoy no existe nada y mañana se habrán ejecutado milagros.

Los árboles y las plantaciones aparecerán alrededor de la casa, y los niños en esta. A un tiempo llegará el pan que da vida al cuerpo y el hijo que fortifica y consuela el alma.

Hé allí un hombre que trabaja sin descanso; cada golpe de su mano produce algo: es un nuevo creador.

Su frente se inclina en ocasiones, la sed lo devora, la fatiga lo abruma, vá a desfallecer... Pero ve blanquear a lo lejos entre los árboles, una pequeña choza, y el hombre se convierte en titán.

La fuerza de su voluntad subyuga la naturaleza.

Y por la tarde cuando el sol se oculta y el aire es fresco y llega la noche acompañada del misterio, del silencio, de las sombras, ese hombre entra a su choza y el grito de su hijo en la cuna y la sonrisa de su esposa que lo espera, son una celestial recompensa.

¡Allí está el hogar: allí está Dios!

IV.

Horas tiene la vida en que es necesario ver que el sol brilla en el horizonte para no dudar ni blasfemar.

Los recuerdos amargos, las decepciones, la miseria, vienen a herir el corazón.

En medio del bullicio, al ruido de las orquestas, a través de las sonrisas, el alma lucha con el dolor, y queda vencida.

El frío y el vacío se apoderan de nuestro ser.

¿Y nadie colmará ese vacío? ¿No habrá una luz que ilumine los abismos del alma?

¡Ah! entonces es que se necesita el hogar.

Entonces las sonrisas maternales producen el efecto de un rocío que hace fructificar esa flor del alma que se llama sensibilidad.

Entonces es cuando nos son indispensables algunos brazos que nos estrechen, algunas voces que nos consuelen, algunos niños que, sonriendo, vengan a colocar sus blondas cabecitas sobre nuestro pecho.

¿Escuchais? El viento gime en los corredores y la lluvia azota con violencia los cristales de las ventanas. El rayo surca el espacio y todos los elementos batallan con furor.

Hay cambio de ministerio en la naturaleza.

Pero la familia está reunida a la tenue claridad de algunas lámparas y sin parar mientes en los furios del huracán, escucha una agradable lectura.

Solo de vez en cuando alguien dice: ¿Cómo sufrirán en estos instantes los viajeros sorprendidos por la tempestad! ¡La Providencia los favorezca!

Y siguen la lectura, los comentarios, las risas, todo eso, en fin, que solo Fernan Caballero y Trueba pueden describir.

Al querer penetrar un asesino a esa habitación tendría que detenerse en el umbral.

El ángel del hogar doméstico cubriría a todos con su manto.

Y es que ese recinto se convierte en templo, de donde suben hasta Dios los votos de las almas amantes inspiradas por la misma fe.

V.

Los poetas escépticos me fastidian y desconsuelan.

Los gemidos desesperados me parecen una máscara con que cubren su insensibilidad.

Quitán al dolor, exagerándolo, el atributo precioso de la verdad.

Pero si hay algo que me exaspera más que los solterones, son los que se fingen ó son ateo.

Al tocar la mano de estos, se me figura que la coloco sobre una serpiente.

Y es que donde oigo decir: «no creo,» me parece que se levanta el espectro del

(1) Antes de pasar a la descripción del duelo, daremos algunos pormenores sobre los diferentes grupos o partidos, que son: los *vándalos* (gorras rojas), *westphalianos* (gorras verdes); los *suavios* (gorras amarillas); los *saxo-prusianos* (gorras blancas); los *rhinianos* (gorras tricolores, rojas, blancas y azules). Los grupos se componen de *corbunschen* (compañeros) y *fuchs* (aspirantes). El presidente se llama *senior*, los demás dignatarios son el *consenior* y el *tercer encargado*.

suicidio, llamando con tesón á sus víctimas.

Donde veo una sonrisa de indiferencia religiosa, un movimiento de hombros desdenoso y altanero, una mirada audaz, pero con la audacia de los réprobos, no con la de los mártires, me digo: este es un sér infeliz.

Dios conceda á las almas vacilantes y desesperadas los consuelos del amor y de la fe; déles un hogar; que allí donde la vida hace sus manifestaciones, donde todo fructifica y produce, no se puede dudar y maldecir. ¡Seria creador el hombre y no lo seria Dios!

Pero si los escritores escépticos dejan en mí huellas dolorosas, aspiro como soplo vivificante, las palabras de los que aman y creen, y lo dicen en altas voces al siglo, que se sonríe y duda.

Por esto Fernán Caballero y Trueta producen un bienestar indefinible y hacen saborear todas las dulzuras de la familia por medio de sus espirituales cantos.

Por eso José María Samper, tal vez sin pensarlo, nos describió su alma en unos versos que son perlas, porque fueron escritos á la luz vivificante del hogar.

A veces he visto cruzar por el horizonte alguna ave viajera. Su vuelo era firme y poderoso. Pero iba sola en la inmensidad del espacio. Una ráfaga de tempestad se la llevaba ó el cansancio la detenía en la mitad de su peregrinación.

Y á veces he visto dos aves surcar el espacio cantando. Sosteníanse cuando se debilitaban sus fuerzas; y al llegar al término del viaje formaban un nido, su hogar.

¿Y el hombre no formará su nido, no levantará su tienda durante el viaje de su vida? ¿Cruzará abandonado ese desierto que solo tiene por límites la tumba? ¿No tendrá séres que lloren su ausencia y rieguen algunas flores sobre sus cenizas?

ADRIANO PAEZ.

Colombia, 1868.

LOS HÉROES SE VAN.

Vulgaridad, y grande, es decir que una guerra es una convulsión social; pero preciso es repetirlo, pues ninguna frase retrata tan al vivo como esta el hecho espantoso que llamamos guerra. Mientras dura, parece como que la sociedad se olvida de todos los problemas que la preocupan, la discusión de principios cesa y solo á la fuerza se confía la resolución de los problemas y la salvación de los principios.

El término de la guerra siempre se determina por el aniquilamiento de una de las partes beligerantes, y entonces, como nunca, la sociedad, al tratar de curarse las heridas causadas por un estado anormal, piensa en los males de su constitución. Todo se pone en duda y se discute, todos los partidos se muestran intransigentes, y se acaba siempre por adelantar algo.

Nuestro siglo, fecundo en guerras, ha sido, por lo tanto, fecundo en reformas, y casi todas las revoluciones de la época presente las encontraríamos indicadas en los conflictos diplomáticos, que hasta el presente solo han servido para debilitar los poderes á que pretendían dar fortaleza. Solo en una cosa se han distinguido estos estados anormales de las guerras de la antigüedad, y nosotros, incansables en la tarea de elogiar nuestro siglo, respondiendo á todos los cargos que se le hacen, vamos á intentar demostrar la injusticia de un cargo completamente infundado.

Varias veces, y al tratarse del conflicto franco-prusiano, hemos oído repetir una frase desconsoladora para todos los que no se detienen en considerar la diferencia de las épocas.

Créese generalmente que la debilidad y el egoísmo es el distintivo del siglo XIX, se nos niegan las cualidades de los hombres antiguos, y los mismos que pretenden hacer patrimonio exclusivo de los que fueron las virtudes y alteza de pensamientos, los mismos que no conceden el progreso del pensamiento humano, fijan creer en la marcha retroactiva de la humanidad. Cada día se repite: «No hay religion» por los que han empequeñecido la religion; cada día oímos decir que no hay nobleza, por los que han visto siempre la nobleza en la vani-

dad de los menos y la falta de dignidad de los mas: cada día, y á esto vamos á contestar, oímos repetir mil veces: «¡Los héroes se van!»

¿Qué es el heroísmo? Tal como lo entienden los que deploran la desaparición de los héroes, el heroísmo es una de las mas vivas cualidades que puede tener hombre alguno. Prototipo de esta virtud tan enalzada, los poetas griegos nos dieron un Ajax que, con el puño cerrado, amenazaba á todo el Olimpo, y nada tan exacto como esta creación de la poesía.

Veamos qué dominaba en esta alma guerrera que retaba á los dioses, el orgullo: ¿qué resultaba de este desafío? La inutilidad. ¿Por qué se ha enalzado? Porque era un esfuerzo para sobreponerse á la debilidad de nuestra naturaleza, y nos es simpático todo lo que tiende á realzarnos á nuestros propios ojos.

Aquiles retirado en su tienda, la ira de este hijo de Homero, Hércules venciendo al león, los titanes escalando el cielo, Atila sosteniendo el mundo. ¡Cuánta locura sublime! Pero ¡cuánta locura! Siempre el pensamiento sobreponiéndose á la debilidad de la materia, siempre la imaginación huyendo de la realidad.

La historia nos habla de Epaminondas, nos cita un Muscio Scevola, y un Horacio Cocles, un Milan de Crotona contenidos por glorias de los hombres. Esto no es mas que las consecuencias de un error que podríamos decir pretenciosamente ha desvanecido nuestro siglo. Queda, sin embargo, quien cree todavía en lo que no debe ni puede creerse; hay todavía quien comprende lo sublime de la inutilidad.

Lo heroico para nosotros es lo útil; valor llamamos á la definición económica, y si todavía nuestra sociedad consiente el bárbaro hecho de una guerra, hemos hecho un tratado de Ginebra, y en las cancillerías no se admiten las contestaciones de los espartanos, al mismo tiempo que se tienen siempre en cuenta los tratados de comercio.

Todos convendrán en lo cierto de nuestras palabras, pero muchos tomarán pié de ellas para querernos demostrar el egoísmo de nuestras costumbres actuales; de este error parte una escuela que tiene por toda doctrina el creer en el retroceso humano.

Empezamos por confesar francamente que no sabemos ver la conveniencia de un Epaminondas en nuestros días, y nunca hemos podido comprender la gloria de un Milan de Crotona. ¿Qué pretendían hacer, qué ventajas reportaban estos dos hombres de su heroísmo y de su fuerza? El primero la gloria de haber sabido morir, el egoísmo de haber resistido mas que los demás, y el segundo la vanidad de hacer lo que nadie hacia, de poseer medios para imponerse á los otros.

Hoy entendemos de otra manera la resolución del problema de los mas fuertes y mas grandes; hoy hemos pedido á la reflexión lo que otros pidieron á la audacia; el estudio nos ha hecho mas fuertes que la desesperación y el orgullo, el pensamiento nos ha dicho que podíamos vencer todas las dificultades, y la intuición divina que poseemos ha sido educada para ser provechosa.

No comprendemos á Ajax, pero lo admiramos siempre; hizo lo que debia hacer el hombre en su época; retó un poder divino, y con esto nos demuestra que comprendía intuitivamente la necesidad de ser mas fuerte y mas bueno para acercarse á este poder; su heroísmo para nosotros significa la personificación de su siglo, y esto nos basta. Pretender imitarle es empresa inútil y nociva; como él queremos ser buenos y fuertes, pero Newton nos ha dicho la ley del mundo, Copérnico nos ha demostrado el absurdo de Atlas, Franklin ha excedido á Prometeo, Fulton ha vencido á Eolo, y Montgolfier ha podido mas que Icaro. Un fabricante de cañones nos ha dado un fusil, con el cual son imposibles las Termópilas, y nuestros soldados no equivaldría á los de Epaminondas, pero no sienten jamás el miedo supersticioso de las huestes de Alejandro; no tenemos mártires que vayan al circo entonando salmos, pero tenemos desconocidos obreros que, mártires del pacto social, mueren en las minas, en las fábricas, sin renovar los horrores de las sublevaciones de los esclavos en Roma, ni las matanzas de la Jaquería en Francia.

Cuando mueren los soldados les pedimos que hayan luchado por principios, que hayan pensado mas que combatido; para llorarlos no recordamos sus mandobles; pensamos en el bien que con heroísmo ha producido á nuestra constitución social.

Se nos dirá que somos egoístas, pero á esto contestaremos relatando la historia moderna, en que siempre se habla y se piensa en el bien de todos, se procura preparar el porvenir, y la utilidad personal no existe sino relacionada con la utilidad de las naciones.

En buen hora venga la cobardía que huye de los combates; esta cobardía no nos dará nunca espectáculos sangrientos, y es tanto el poder de la reflexión y de la verdad, que esta misma cobardía derribará tiranos. Valor se tenga para arrostrar la avidez del estudio, para aceptar el legado de la pobreza, para trabajar, y quédese para los que fueran el valor de arrostrar la muerte: nosotros queremos vivir para ser mejores, para hacer mejores á los que nos han de suceder en el mundo.

Héroes sublimes que gastais vuestra existencia inclinados sobre la redoma donde se realizan las combinaciones químicas, gastando vuestra vida en encontrar nuevas verdades ya os las revele la naturaleza con sus mil objetos, ya el pensamiento preocupado para hallar máximas de justicia, descubrimientos de utilidad, vosotros sois los grandes, vosotros los útiles. Cuando oigais á uno de estos miopes intelectuales que viajan en el caballo Clavileño, ahuecar la voz y fruncir las cejas para exclamar irritado: «Los héroes se van,» contadle vuestras angustias, relatadle vuestros dolores, habladle de vuestras nobles esperanzas, y le enseñareis á conocer el heroísmo verdadero.

ANTONIO LLABERIA.

BIBLIOGRAFÍA.

LA NOVELA DEL EGIPTO.—LA BIBLIOTECA MUNICIPAL.—PRINCIPIOS DE DERECHO ADMINISTRATIVO.—EL RESÚMEN POLÍTICO.

Al tener lugar la inauguración del canal de Suez; á los pocos días de haber presenciado los delegados de las naciones del antiguo y nuevo continente la terminación de una obra, legado de gloria para el presente siglo, los lectores del periódico *La Epoca* padieron leer unas correspondencias tan interesantes como correctas y elegantemente escritas, que fueron, desde luego, atribuidas á uno de nuestros primeros literatos y publicistas mas distinguidos, en las cuales se describía con todas las galas del estilo y en purísimo lenguaje semejante acontecimiento. Sin embargo, lo que mas asombro causó entre las personas que se dedican al estudio de las letras, fué saber que el Sr. Castro y Serrano, autor de aquellos escritos, no habia asistido á la inauguración de la apertura del istmo de Suez, y que su sola y fecundísima imaginación, unida á su vastísima erudición, habian sido suficientes para que escribiera algunos capítulos acerca de la importancia y descripción de la indicada obra, con datos y noticias que pueden rivalizar con ventaja entre los que nos ofrecen cuantos acudieron á aquella fiesta, que bien podemos llamar de la civilización y del progreso, á juzgar por su inmensa importancia.

Aquellas brillantes cartas dadas á luz en *La Epoca*, forman la base y asunto de la nueva obra que bajo el título de *La novela del Egipto*, acaba de ofrecer al público el autor de *Las cartas trascendentales*; de la obra *España en París* y de otros varios escritos, cuyo mérito ha sido universalmente reconocido, y cuyo elogio hicieron, antes que nosotros, esclarecidos y preclaros varones que nos sirvieron constantemente de guía, para no emitir, sin fundamento alguno, nuestra humilde opinión, al tratar de formular el oportuno juicio crítico acerca de las mejores obras que ven la luz pública. Por esta causa, serán pocas las frases que consagremos á *La novela del Egipto*, ya que no es dable á nuestra pobre imaginación seguir el ráudo vuelo de quien sabe abarcar en cortos períodos, el pasado y presente, los usos y costumbres de un pueblo que la historia y la tradición nos presentan como el mas poético y grande que ofrece la antigüedad, como

la cuna de los recuerdos de las edades que fueron.

Elegantemente impresa, forma la última obra del Sr. Castro y Serrano un tomo de regulares dimensiones, que hemos leído con la avidez de aquel que desea alimento grato para su espíritu y solo encuentra infinidad de obras y publicaciones ligeras que nacen y mueren con rapidez asombrosa; de aquel que, tras largos días de exámen entre escombros y malezas, tropieza al fin con una de las piedras miliarias donde pueda apoyarse el arruinado edificio literario que solo autores como Castro y Serrano pueden ayudar á reparar.

La novela del Egipto señala perfectamente uno de los mejores días de nuestra literatura, y podemos considerarla como otra de nuestras primeras joyas literarias, como la mejor prueba del fecundo talento y dotes del que ha sabido colocarse, y es considerado por propios y extraños, como otro de nuestros mas profundos y notables escritores.

No queremos ofrecer, por decirlo así, la síntesis de *La novela del Egipto*; no intentamos reseñar sus múltiples bellezas, sus elevados conceptos y primeros párrafos, pues anhelamos que todos y cada uno de nuestros lectores consagren algunas horas á la lectura de los capítulos de un libro tan instructivo como ameno, tan útil como necesario para los que quieren conocer la civilización oriental en relación con la occidental, y beneficioso siempre para cuantos busquen trabajos que satisfagan los deseos de su imaginación y fantasía.—A todos les recomendamos, con la mayor sinceridad, la indicada obra, seguros de que nos han de agradecer la eficaz recomendación que hacemos de *La novela del Egipto*, aunque sea ya su mejor elogio el ilustre nombre que figura en su primera portada, y que pronunciamos siempre con respeto cuantos amamos con pasión noble y digna los triunfos de la inteligencia y del saber.

Tócanos decir algo tambien de una obra, que bajo el título de *La biblioteca municipal* ha empezado á publicarse y cuyo plan hemos estudiado detenidamente. Es un libro tan útil como indispensable á los ayuntamientos y demás corporaciones, llevada á cabo con decidida fe y constancia por varios distinguidos publicistas que han querido proporcionar á tales centros populares cuantas leyes, noticias y fórmulas son necesarias para llevar á cabo la misión que los pueblos les tienen confiada, realizando cumplidamente los deseos y órdenes del Gobierno. Correctamente escrita, y con un plan trazado con todo rigorismo y exactitud, *La biblioteca municipal* contendrá una serie de tomos, cuya adquisición recomendamos á los municipios de la Península y Ultramar, seguros de que todos ellos han de sacar inmenso provecho de una obra que, iniciada y dirigida por los ilustrados publicistas D. Matías Ramos de Arriaga y D. Julian Pellon y Rodríguez, ha sido acogida dignamente por el Gobierno, que se apresura á encargarse, con justicia, su estudio á todos los ayuntamientos, ya que tanta falta les hacia una publicación de semejante índole, que apenas conocida, es ya aplaudida con entusiasmo por cuantos aman la pureza de la administración, para la cual tanto puede servir el libro de que hacemos mérito, y cuyo completo juicio crítico formaremos en su día.

D. Isidoro de Leon, jefe de negociado de la dirección general de rentas, acaba de escribir y publicar un libro que, no por sus cortas dimensiones, deja de ser de mérito recomendable y prueba de la ilustración de su autor.—Es una colección de *Principios de derecho administrativo*, que así pueden convenir á todos los empleados en la administración general, como á los que aspiren al ingreso en la carrera de aduanas, para quienes principalmente lo ha escrito el Sr. Leon.

La falta de verdaderos resúmenes de una ciencia tan vasta como necesaria; la vacilación demostrada por nuestros hombres de Estado en el planteamiento de ciertas teorías de derecho administrativo, y hasta la escasez de obras de consulta, en ciertos casos, hacían difícil el trabajo del indicado jefe de negociado de la dirección general de rentas, cuyos estudios especiales y constante aplicación, le han colocado entre todos sus compañeros á una envidiable altura, mere-

ciendo ser consultado hasta por sus mismos jefes.

El talento y dotes del Sr. Leon han sido puestos de relieve en el antiguo y acreditado periódico *El Eco de Aduanas*, de que es dignísimo director, y en cuyas columnas han aparecido notables trabajos del mismo publicista, los cuales son una garantía mas de la bondad de la obra que con el modesto título de *Principios de derecho administrativo*, se expende en las principales librerías.

Terminaremos por hoy nuestras noticias bibliográficas, anunciando la aparición de una revista de intereses jurídico-municipales que bajo el título de *El Resumen político* dirige el conocido e ilustrado ingeniero D. Gabriel de Usera y Gimenez. Contendrá dicha publicación, según se indica en su primer número, cuantas noticias sean necesarias para formar la historia política y social de nuestros días, así como cuantos datos sean indispensables para apreciar el estado del pensamiento en España y en nuestra época.

Redactan *El Resumen político* escritores distinguidos que militan en distintas escuelas, y sus trabajos podrán considerarse como la moderna enciclopedia nacional donde en noble lid se diluciden las más trascendentales cuestiones. La amistad que nos une con el director de dicha revista y con varios de sus redactores, nos obliga á ser parcos en elogios, y á dejarla solamente anunciada al final de estas incorrectas líneas.

JOSÉ JOAQUÍN RIBÓ.

PENSAMIENTOS.

Un escritor construye su reputación con su trabajo, como un albañil eleva con el suyo un edificio: el obrero, cuanto mas adelanta en su tarea, trabaja desde lo mas alto, y trabaja con temor de caer; al escritor le sucede otro tanto.

Desde lo alto de una reputación casi concluida está mas expuesto, y el miedo le hace mas cauto y menos laborioso.

Un mal artista produce mas, porque conoce menos los peligros del terreno que pisa, y el público le considera en proporción de lo que produce: hé aquí la razón del crédito de muchos escritores malos. La ignorancia dá por resultado la audacia, y esto es un mérito efectivamente: la ignorancia del peligro, la falta de prevision, es también lo que constituye el valor del soldado; y gracias á esta falta, puede ganar la faja de general. Hé aquí dos cualidades negativas que obtienen resultados positivos: esta es el mundo.

Hay autores que agotan toda la gracia de que disponen en el título de una obra, y ya no les queda nada cuando llegan á empezar la primera página.

El día que pudiésemos leer en el interior de todos los hombres, arrojaríamos con desden las novelas; los libros habrían concluido.

Tan infinita variedad, tanta novedad encontraríamos en esta misteriosa lectura, que nos está vedada, y de la cual no conocemos mas que las cubiertas que la contienen.

El hombre puede decirse que no vive mas que en dos extremos! Llega y parte. Desde que llegamos á la cuna, partimos para el sepulcro; partimos de la infancia á la adolescencia, desde esta á la juventud, de la risa al llanto, del amor al olvido, de la presencia á la ausencia, de las ilusiones á las esperanzas, de estas á los recuerdos; la vida entera se pasa conjugando estos dos verbos *llegar y partir*.

La impaciencia es un acreedor mezquino y desconfiado que exige la recompensa de un trabajo antes de cumplir el plazo convenido.

La moda es el oráculo de la mujer.

¿Habeis observado los gemelos de teatro? Mirando con ellos por los cristales de menor diametro, se ven los objetos mas cerca de lo que están; mirando por los lentes de mayor circunferencia se ven los objetos mas chicos y á mayor distancia.

Así se ve todo en el mundo; siempre con falsedad.

Cuando las mujeres se alijeren de ropa, los árboles se cubren con sus vestidos de primavera.

Siempre en este pícaro mundo se desnuda á un santo para vestir á otro.

El sexo bello de hoy no es ya la mujer primitiva, original, digámoslo así; sino la mujer artificial, la mujer de la civilización, la mujer de gran espectáculo.

Hoy el bello sexo se desarma como una máquina complicada; hoy una mujer se compone de muchas piezas postizas; lo que constituye hoy el esqueleto, era ayer la verdadera mujer; el armazón es lo que constituye á las mujeres de nuestros días.

En la actualidad damos mucha importancia á la forma y descuidamos el fondo, hoy todo es cuestion de superficie.

PEDRO YAGO.

Á LA MUJER.

A MI DISTINGUIDA AMIGA SR. D.ª JULIA LORENZO Y AZGAVA.

Una historia que está en mi fantasía Y que la Biblia no me dijo ayer, En tus hermosos ojos, alma mía, La acabo de aprender.

Yo cantaré de la mujer la cuna, Y del mundo la hermosa juventud, Mas callará mi cítara importuna Su olvido y su ataud.

Todo en silencio en derredor callaba; Solo Dios con la mano en el compás, Sereno, infatigable trabajaba, Silencio y nada mas.

Haya luz y en las alas de las brisas Un diluvio de lumbre descendió; Y el mundo como un niño entre sonrisas Y lumbres despertó.

En el segundo día, de la tierra Las aguas separó, poniendo fin Al firmamento azul donde se encierra Cantando el serafín

No está completo el mundo lo lavia Dijo Dios, y convierte en un verjel El seno estéril de la tierra fría, Nadie reinaba en él.

Ni la hoja del árbol se movía Ni un murmullo en la vasta soledad Y reinaba la Nada todavía Sin voz y sin edad.

No está completo el mundo todavía Y alzó la luna en pálido arrebol, Y cual bajel de oro en mar sombría Creó también el sol.

No está completo el mundo todavía, La voz del Hacedor volvió á decir, Y Dios las aves y los peces cria En su nacimiento Ofir.

En alas del amor y la esperanza El hombre fué formado para el bien, Y lo formó á su hechura y semejanza Monarca del Eden.

Cegó el trabajo de su afán prolijo: De sus bellas jornadas descansó Complacido del mundo lo bendijo Y en su obra gozó.

Al edificio colosal del mundo Le falta su corona, dijo el Sér, Y tuvo Dios un éxtasis fecundo Y formó la mujer.

Adán contempla la mujer primera, Y dá en su frente un beso virginal Y el universo que de Dios espera Tan hermosa señal,

Empezó sus eternos movimientos Y las pintadas aves á cantar, Empezaron su música los vientos Y el sol á caminar.

Y al estallar el brumador torrente, Desplegando sus pétalos la flor, Amaneció en las cumbres del Oriente El día del amor.

A sus ojos el cielo se serena, Y se humilla á sus pies el huracan, El leon de placer el monte atruena Y el férvido volcan.

Son las húmedas gotas del rocío Las perlas mil de la que va á reinar, Y manso viene el pílagro bravo Sus plantas á besar.

Aves, cantad el femenino hechizo, Pulsa naturaleza tu laud Cantad á la mujer, que Dios la hizo, Con gracia y con virtud.

Y en el puro vapor de la mañana Himnos alzad de gloria y de placer,

Y decid otra vez ¡Hosanna! ¡Hosanna! Dios formó la mujer. Esta historia de paz y de alegría Que la escritura no me dijo ayer, Ahora entre tus ojos, alma mía, La acabo de aprender.

MIGUEL ANGEL SANGHEZ Y PESQUERA. (De la República de Venezuela.)

Madrid, Agosto de 1870.

EL POETA.

(IMITACION DE ZORRILLA.)

A mi querido amigo Sixto Espinosa Peralta

Auras queridas, fragantes flores, Fuentes dormidas, cielo esplendente, Alegre bando de ruiseñores, Luna riellando, sol refundente, Idolo dulce de los amores, Venid volando Que están cantando Los trovadores.

Todos tu nombre con voz querida Pronuncian llenos de dulce encanto, Tú en el desierto de nuestra vida El rocío vierdes que vá en tu canto, La hermosa calma que se desea, El tierno acento que nos halaga, El puro aroma que nos recrea, Traes en tu nota sonora y vaga.

¿Quién tendrá el alma para tí muda? ¿Quién ¡oh poeta no te saluda? Tu bajaste del cielo Cual baja el ave, A estender sobre el suelo Tu canto suave, De Dios la esencia Por tu amor engendrada Fué tu existencia.

El mundo entero tu nombre aclama, Con entusiasmo febril te llama Te adora ciego, tu cien circunda, Tú eres el fuego Que lo fecunda.

Tú en las desgracias del alma pura La flor esparces de tu ternura, Calmas la fiebre de las pasiones, Traes esperanzas, das ilusiones, En esta vida nos das aliento, Y ya en la tumba tu último acento Todo lo inundas, vuelas do quiera, Ya por el mundo, ya por la esfera. ¿Quién eres, dicen con voz inquieta? ¿Ángel ó diablo? Solo poeta. Por oír tus rumores Que al mundo halagan. Los mismos ruiseñores Su canto apagan. Calla la brisa Y el arroyuelo apenas Suave desliza

El bien perdido que el hombre llora La ilusión bella que el alma adora, Traes en tu riego con que se inunda. Tú eres el fuego Que la fecunda.

¡Ah! quién pudiera seguir tu vuelo, Y al entusiasmo que el génio inspira Tender las alas por ese cielo Entre los cantos de blanda lira: Dios en tu frente dejó grabada La luz del génio que el cielo dora, Y en este mundo donde ríela Es cual la luna que los consuela.

Yo á tu llama divina Como á un lucero Que el espacio ilumina Seguirte quiero. Y contigo esos mundos Iluminara.

Vate, recibe del alma mia Todo el tesoro de su armonía A tí la entrega de amor se inunda Tu eres el fuego Que la fecunda.

Auras queridas, fragantes flores, Fuentes dormidas, cielo esplendente, Alegre bando de ruiseñores, Luna riellando, sol refundente, Idolo dulce de los amores, Venid volando Que están cantando Los trovadores.

G. BELMONTE Y MULLER.

ELISA.

Esa que yace sin calor ni vida Flor desprendida del paterno tallo, Hora por hora su matiz perdiendo, Brillo y encanto;

Esa que yace, á mi alicionada aguda, Tan sorda y muda cual si mármol fuera, Ciega al dolor que me traspasa el alma Como saeta;

Esa mi hija, mi pequeña Elisa, Mi dulce Elisa, mi preciada joya Ayer, no mas, para mis ojos era... Era mi gloria!

Ayer, no mas, como la flor se abría,

Y sonreía al susurrar del aura, Del beso en busca perfumado y dulce De la mañana.

Ayer, no mas, con infantil gracejo, Del tominejo remedaba el giro, Feliz, alegre, revolando en torno De árbol y nido.

Ella los ecos de mi amor oía, Y respondía, con su voz de arcángel, Truncas palabras de sonido grato Dulce, inefable:

Palabras solo de pueril dialecto, Mas ¡ay! de afecto fervoroso y puro, De los engaños mundanales libre, Libre y desnudo.

Ella pintaba en sus ojos bellos, Suaves destellos de la luz de su alma, La faz de aquel que embelesado siempre La contemplaba;

Y en lo azul lo de sus dos pupilas, Blandas, tranquilas, como dos luceros Leía absorto de su mente clara El pensamiento.

Y la miraba, y remiraba amante, Y á la insinuante seducción rendido, Era un querube, para él del trono Del Infinito.

Mas hoy la mira, y la remira... ¡muerta! Inmóvil, yerta, sin latirle el seno, De su ataud en el angosto y frío, Último lecho.

¡Silencio!... ¡Es ella!... al parecer dormida! Sf, sf, dormida... con su blanca veste, Con su guirnalda de cipreses y rosas Sobre la frente.

Rosada tiene la color... ¡Mentira! ¡Ay, cuál delira mi dolor de padre! Lívido el rostro, sin carmin el labio, Es como yacer

¡Pobre mi Elisa! Tus brácitos muertos Que estrechan, yertos, mis calientes manos, Que beso y mojo con el llanto mio, Ya me olvidaron!

Ya no vendrán á circundar mi cuellol Ni mi cabello que la edad calcina, Refrescarán con inefable halago Tus manecitas.

Ni de tus labios cariñosos beso, En el acceso de filial ternura, Tú posarás en mi abatida frente, Árida y viuda.

Ni en la mañana sonará en mi oído El grato ruido de tu voz de alondra, Triunando dulce tu primer saludo Al que te llora.

Ni en medio ya de tus demás hermanos, Festivos, vanos de llamarte suya, Tendré, de verte retoyando alegre, Yo la ventura;

Y el pensamiento que mi mente atrista Cuando la vista sobre todos fijo, Es, que tú faltas entre todos ellos; Es, tu vacío!

Ese vacío que hallaré do quiera Hasta que muera y de llorarte cese, Y que, dichoso, á la mansion divina Suba y te encuentre.

Sí, sí, mi Elisa; porque está ofrecida Mas alta vida al humana linaje, Y en esa vida, del Señor la gloria, Eres a un ángel.

¡Ay! Hasta entonces, mi adorada hija, Dura, prolija, mi alicionada extrema Hará que mire mi mansion de ahora Triste y desierta!

Triste y desierta la verá tu madre, Tu pobre madre, cuyo duelo santo Vela en silencio, porque allá no alcanza Labio profano.

Ella conmigo tu ataud bendice, Ella te dice por la vez postrera Adios conmigo, y tu nevada frente Avida besa.

¡Adios!... ¡Adios!... Con mi copioso llanto ¡Ay! Entretanto que á llevarte vienen, Tus manecitas y tus pies ligeros Deja que riegue.

¡No mas, no! ¡No! Que tus hermanos llegán... Ellos me niegan mi postrer ventura... ¡Adios, adios, mi idolatrada Elisa! ¡Vete á la tumba!

LORENZO MARIA LLERAS (1).

(1) Nació el 7 de Setiembre de 1811, en Bogotá (capital de la Confederación), donde recibió su educación y terminó sus estudios de jurisprudencia.

En los Estados Unidos publicó un tomo de sus poesías, y fue colaborador del *Mensajero Semanal*. Ha sido varias veces representante de la nación Desempeñó el rectorado del colegio del Rosario desde 1842 hasta 1849. En aquel año fundó el colegio del Espíritu Santo, que subsistió hasta 1855. En el año anterior había entrado al Gabinete, como secretario de Estado, en el despacho de Relaciones exteriores.

Dirigió durante cuatro años el teatro de esta ciudad. Ha sido en diversas épocas re actor de la *Gaceta*, de *El Constitucional de Cundinamarca*, *La Bandera Nacional*, *La Crónica del Colegio del Espíritu Santo* y de *El Neo-Granadino* en 1855. Fue co-redactor de *El Cachaco* de Bogotá y de *Los Principios*, colaborador de la *Biblioteca de Señoritas* y *El Mosáico* y de muchos otros periódicos políticos y literarios. Algunas de sus poesías se publicaron también en *El Parnaso* y *La Guirnalda*. Ha dado á luz una traducción de la *Democracia* de Sidney Camp, un *Tratado de Agrimensura* y otro sobre pronunciación, ortografía y prosodia de la lengua inglesa, y ha traducido varias piezas dramáticas del inglés y del francés. El Sr. Lleras reside actualmente (1860) en Bogotá consagrado á la enseñanza privada.

Madrid: 1871.—Imprenta de LA AMÉRICA.

á cargo de José Cayetano Conde. Floridablanca, 3.

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur 27 et 29, rue Palestro Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris 43, rue Réaumur 27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las neurosis de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el período adinámico de las calenturas tifoidales, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial a los convalecientes, a los niños débiles, a las mujeres delicadas, et a las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union Medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja Médica*, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demás tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C^o; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Américas.

LOS MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tífidea y de las enfermedades epidémicas. — *Desconfiese de las Falsificaciones.* — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

LOS INOFENSIVOS de esquisito perfume y de- vuelven instantaneamente al cabello y a la barba su color primitivo, por una simple aplicacion, sin desgarrar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar Enfermedades de ojos ni Jaquecas.

TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN QUIMICO, FARMACEUTICO DE 1^a CLASE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS 12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos Tintes perfectos, se abandonan esos tintes debiles LLAMADOS AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 10 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C^o.

IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam- pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numeros- as imitaciones esparcidas en el co- mercialo.

Precio: 14 à 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reúnen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera a su gusto. Todas las pelotillas son el interior de caucho maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla a la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE ALIENTE de DICQUEMARE año DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor. Esta tintura es superior a todas las usadas hasta el día de hoy.

Fábrica en Ruau, rue Saint-Nicolas, 39. Depósito en casa de los principales peluqueros y perfumadores del mundo. Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, unico Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demás medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de **LE ROY** son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos a una ó dos cucharadas ó a 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero Le Roy. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

Signoret
DOCTEUR-MÉDECIN
ET PHARMACIEN

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el **ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR**, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades símilicas nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empujes y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Herpes, sbeesos, gota, marasmo, catarrros de la vejiga, palidez, tumores blancos, zamas nerviosos, úlceras, sarra dejenada, reumatismo, hipocandria, hidropesia, mal de piedra, alidias, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto. Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — *Desconfiese de las falsificaciones, y exija la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Gervais.*

PEPSINE BOUDAULT

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada

A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el D^o CORVISART médico del Emperador Napoleón III

y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible, en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las

Gastitis	Gastralgias	Agruras	Nauseas	Eruetos
Opresion	Pituitas	Gases	Jaqueca	Diarreas

y los vómitos de las mujeres embarazadas

PARIS, EN CASA DE HOTTOT, SUCOR, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERIA MERCERIA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

Nota: La correspondencia debe dirigirse a Nicasio Ezquer- ra, Valparaiso (Chile.)

JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1^a clase de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los países, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarrros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espútos de sangre, ex- tincion de voz, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^o, calle d'Aboukir, 99, plaza del Caire.

Depósitos: en Habana, Lervierend; Reyes; Fernandez y C^o; Sara y C^o; — en Mejico, E. van Wingen y C^o; Santa Maria Da; — en Panama, Kratochvill; — en Caracas, Sturup y C^o; Braun y C^o; — en Carlagens, J. Velez; — en Montevideo, Ventura Garalcocha; Lascenas; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C^o; — en Guayaquil, Gault; Calve y C^o; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

GRAGEAS DE GELIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resultado de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gelis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las pérdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo a las jove- nes, etc.



PILDORAS DEHAUT

—Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.—Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arrear la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoja, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan según sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentación, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad.—Los médicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen a purgarse si pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instrucción. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs. y de 10 rs.

PASTA Y JARABE DE NAFE de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indudable eficacia contra los Romadizos, Gripe, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restituye a las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica a los niños y a las personas débiles, y, por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebres amarilla y tífoides. Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rúbrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en París.— Tener cuidado con las falsificaciones. Depósitos en las principales Farmacias de América.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite a la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comisión que se le confie.—Habana, Mercaderes, núm. 16.—E. RAMIREZ.

EL UNIVE SAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes, 8 reales. Provincias, un trimestre, 30 » Por comisionado, 32 » Ultramar y extranjero, 70 y 80

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ, REDACTOR DE "EL UNIVERSAL"

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introduccion, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto. Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias. Se halla en las principales librerías.

VAPORES-CORREOS DE LA LOPEZ Y COMPANIA.

Table with columns for Linea Transatlántica and Linea del Mediterraneo, listing routes and fares.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinación con los correos transatlánticos.

Table with columns for Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, and Cádiz, listing fares for different classes.

TENEDURIA DE LIBROS.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la práctica. Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del pais de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 500 páginas próximamente, en 4.ª prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante. B. recelona, Niubó, Espadería, 44.—Cádiz, Verdago y compañía.—Madrid, Bailly-Baillieres.—Habana, Chao, Habana, 100.



Juaneles, Callosidades, Ojos de Pollo, Uneros, etc., en 30 minutos se descombaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos.—3,000 curas auténticas.—Medallas de primera y segunda clases.—Por invitacion del señor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curacion se ha hecho constar con certificados oficiales. (Véase el prospecto). Depósito general en PARIS, 28, rue Geoffroy-Lesnier, y en Madrid, BORREL hermanos, 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS ANEMIA OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4 francos el frasco en Paris. Exíjase el frasco cuadrado, la firma del Doctor Churchill y la etiqueta marca de fabrica de la Farmacia Swanen, 12, rue Castiglione, Paris

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

Curacion instantánea de los más violentos dolores de muelas.—Conservación de la dentadura y las encías. Depósito Graal en España, Sres. I. Ferrer y O.ª, Maestran, 51, real, Madrid.

OBRAS DE TEXTO POR SALVADOR Y AZNAR. TENDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DORRE.—Novedosa edicion, aplicada a las ont billarías mercaderías, industriales, de la propiedad, la general del Estado y de fondos provinciales, 12 reales. PRÁCTICAS DE CONTABILIDAD MENCANTIL ó problemas en borrador de una contabilidad completa, para su redaccion en el Plano y Libro mayor, 8 reales. Librería Moya y Plaza, y principales de Madrid y provincias. El autor, que vive en Venecia, 5, principal, los envia por el correo á 15 rs. y 10 rs. en sellos ó libranzas.

CORRESPONSALES DE LA AMERICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions including Isla de Cuba, Santo Domingo, San Salvador, Nicaragua, Honduras, Nueva Granada, Méjico, Venezuela, Centro América, Filipinas, Brasil, Paraguar, Uruguay, Guayaguil, Chile, Plata, and Extranjero.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas. La correspondencia se dirigirá á D. Víctor Balaguer. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Carmen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68. Paris, librería Española de M. C. d'Enne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street. Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en Paris con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.